

507

El
CATOLICISMO
EN LA ESPAÑA LEAL
y en la zona facciosa

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

ARCHIVOS
ESTATALES

A E

ARCHIVO
ESTATALES



F-507

EL CATOLICISMO EN LA ESPAÑA LEAL

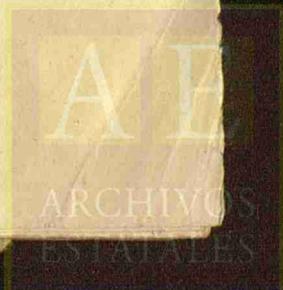
Y

EN LA ZONA FACCIOSA

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN
MADRID-VALENCIA

1937

R. 58.024





EL CATOLICISMO
EN LA ESPAÑA LEAL

1

EN LA ZONA
FACCIOSA

IMPRESION EN LA ZONA DE FACCION

IMPRESION EN LA ZONA DE FACCION

Talleres Gráficos de la
EDITORIAL RAMON SOPENA,
Empresa Colectivizada. - Barcelona

AE

ARCHIVO
ESTATALES

EN LA ESPAÑA LEAL

EX LIBRIS

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

LOS SACERDOTES HONRADOS, JUNTO AL PUEBLO

MANIFESTACIONES DEL CANÓNIGO ARBOLEYA

El ilustre sociólogo y profesor, canónigo Arboleya, en diversas ocasiones había manifestado adhesión a la causa de la República, hizo, en el mes de abril, las siguientes declaraciones:

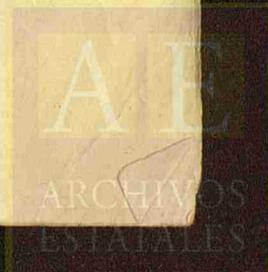
No creo en el motivo religioso de esta guerra. Creo que se trata de una cuestión económico-social. Desde principios de siglo vengo diciendo lo mismo: la justicia que se debe al obrero estaba atropellada. Debemos propugnar la justicia en sí misma y combatir por ella sin que ningún motivo nos aparte de este camino. El único medio que tenía la Iglesia para conservar al obrero a su lado era cumplir su deber de reparar la injusticia. Los católicos españoles no lo han entendido así, como no han entendido otras muchas cosas. Olvidaron que vivíamos en una democracia y que en las democracias manda la mayoría.

Durante la Dictadura hubo una verdadera borrachera de triunfo en ciertos sectores sociales, que no colocaron a los gobernantes en los altares porque éstos estaban ocupados. Pero en cualquier momento puede leerse en la «Revista Eclesiástica» cómo se colocaba a un delegado gubernativo en el presbiterio entre dos sacerdotes. Entre tanto, este catolicismo pretendía acercarse al pueblo con caridades, rebajándole y humillándole, no por la caridad en sí, que yo he de defender, sino porque se le daba limosna cuando se le negaba la justicia.

Las derechas españolas obtuvieron en 1933 una mayoría parlamentaria con menos votos de los obtenidos por las izquierdas, según los datos del Instituto Geográfico y Estadístico. Y creyeron que con esto lo tenían ya todo conseguido.

Surgió Octubre y los católicos españoles no comprendieron; pensaron que su papel era el de insultar, el de atacar, el de violentar, el de cerrar los Sindicatos, y lo hicieron.

Después del triunfo del Frente Popular, en los periódicos católicos aparecían artículos en los que se hablaba del tigre y del domador, del pueblo y del



demagogo, para pedir que al pueblo, como tigre, se le ponga en jaula. Evidentemente, ésta es la causa del actual doloroso momento en que vivimos; y en ello cabe una responsabilidad grandísima a los católicos españoles.

El pueblo ya sabe que Cristo y su doctrina le defienden; de lo que no está tan seguro es de que lo defiendan los eclesiásticos.

El pueblo penetra en las cosas y ha establecido la diferencia que existe entre Cristo y los católicos, entre las doctrinas y los eclesiásticos. A Cristo lo quieren; a nosotros, no.

Es triste confesar que los católicos españoles no han sabido ser cristianos, y es oportuno recordar que en la reciente visita que hizo al Papa el presidente de las Juventudes Católicas de Francia, el Sumo Pontífice le recomendó que con singular constancia recuerde a los católicos que son cristianos. «Los católicos, somos cristianos», dijo el Papa.

Tres veces recuerda el Evangelio las palabras de Dios a su profeta Oseas: «Prefiero la misericordia al sacrificio». Dios prefiere que el hombre se entregue al bien de sus hermanos antes que a su sacrificio. Dios prefiere que hagamos justicia, que brindemos amor, que lleguemos al pueblo, a que conservemos lo externo, lo suave y vistoso de la religión, viviendo de espaldas a la justicia. Y esto no lo habían entendido los católicos españoles.

CANÓNIGO ARBOLEYA.

UN SACERDOTE DEL PUEBLO

Se ha hecho creer que todos los católicos están al lado de los rebeldes. Esto es completamente falso.

Hay católicos españoles—los más eminentes—que condenan la guerra civil, y se han colocado decididamente al lado del Gobierno de la República. Y aún hay más: hay importantes regiones de España, como son, por ejemplo, Cataluña y el País Vasco, en las que los católicos luchan juntamente con los partidos del Frente Popular.

La pasión política se ha infiltrado en la Iglesia católica española, apartándola de sus deberes cristianos.

A la cabeza del movimiento están casi absolutamente los militares que han pecado contra su deber, como cristianos y como patriotas, al romper su juramento de honor y de fidelidad al Gobierno.

Otro grupo que está al lado de los rebeldes es el formado por la llamada aristocracia, alta burguesía y terratenientes. No necesito discutir el catolicismo de esta gente rica. Sólo sé una cosa: que la religión católica no tiene nada que hacer con su feroz egoísmo, por su privilegio de gozar las riquezas acumuladas con la sangre y las lágrimas de sus hermanos.

Otro grupo del campo rebelde son los carlistas. Sueñan con la restauración de los Austrias y con un despertar en España de la Inquisición. Unidos a ellos están los fascistas.

El terrorismo y la demagogia del fascismo español se han desarrollado gracias a la evidente y lamentable complicidad de los católicos y del clero.

Los eclesiásticos que se han unido a estos grupos políticos, en vez de dar ejemplo de sumisión y obediencia al Gobierno legítimo, han producido una gran inquietud en las almas verdaderamente cristianas.

LUIS SARASOLA.
Presbítero.

¿CUAL HUBIERA SIDO LA ACTITUD DE CRISTO?

He aquí lo que nos dice el canónigo J. M. Gallegos:

¿De qué lado deben inclinarse los católicos? He aquí algunas de las razones que yo he tenido para estar con toda mi alma al lado del pueblo:

Primero: ¿Cuál hubiera sido la actitud de Cristo? ¿Hubiera estado con los ricos saduceos, con los poderosos fariseos, con los escribas equívocos, o con los viles pecadores y las multitudes hambrientas?

Segundo: No tenemos más remedio que otorgar toda nuestra simpatía a los que defienden, no los odiosos privilegios, no los lujos superfluos, no los costosos vicios, sino, sencillamente, la posibilidad de una vida más humana y digna.

Tercero: Estoy al lado del pueblo para predicar y despertar su conciencia al bien y al amor, y no para ametrallar obreros ni matarlos salvajemente como si fueran perros.

Cuarto: Un sincero apostolado cristiano tiene muchas más probabilidades de éxito en el Frente Popular que en el lado contrario. Entre los marxistas hay una gran vida espiritual que se manifiesta corrientemente en su elevación moral, en su sacrificio por el ideal, en su magnífica solidaridad, en su desprendimiento cristiano de los bienes terrestres y en su ejemplo heroico de virtudes naturales.

Quinto: Cuando el pueblo está de un lado y todos sus opresores del otro, la elección está hecha y nos la da hecha el mandato de León XIII: con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

J. M. GALLEGOS ROCAFULL.
*Canónigo teologal de la catedral
de Córdoba.*

CÓMO RESPETÓ EL PUEBLO EL TESORO ARTÍSTICO ECLESIASTICO

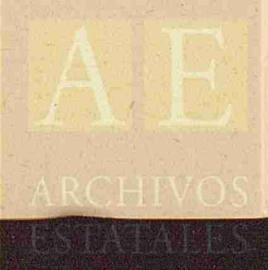
El Padre Lobo, que pertenece a la Junta de Protección del Tesoro Artístico, ha escrito un artículo en el «Servicio Español de Información», del que extraemos los siguientes párrafos:

Quiero destacar un aspecto de este Madrid, espejo y honra de España y del mundo. Unido a la Junta de Protección del Tesoro Artístico, cuya labor no será jamás bastante elogiada, he visitado multitud de iglesias respetadas por el pueblo. Ninguna molestia, ninguna dificultad; es frecuente el caso de trabajadores sin preparación que, pistola en mano, se opusieron a desmanes e incendios, salvando, con un hondo concepto de responsabilidad inapreciables tesoros y monumentos de la religión, del arte y de la cultura. Llevamos recogidos veintidós Archivos parroquiales—eran treinta las parroquias de la capital—e inmensa cantidad de ornamentos y objetos religiosos. El Jesús de Medinaceli fué entregado por las Milicias Comunistas a Margarita Nelken. La Confederación ha instalado en la iglesia del Carmen una preciosa exposición de estatuas y ornamentos; la Virgen de la Almudena continúa intacta sobre su pedestal; y recuerdo emocionado lo que me decían unos obreros en la parroquia de Maravillas al reclamarles un gran lienzo de Jesús crucificado: «Ése no se lo lleva; ése es nuestro; le mataron los facciosos de su tiempo por ser bueno y amigo de los pobres». Lo mismo ha sucedido con las personas. Cuando, pasados los primeros momentos de exaltación y rabia, el pueblo ha descubierto sacerdotes que le amaron y defendieron, les ha otorgado su confianza y su cariño. En Madrid viven en la actualidad centenares que han sido nombrados presidentes de comités de casas y aun de barriada; otros organizan secciones del Socorro Rojo, y no pocos fueron nombrados en pueblos y en la ciudad. Barajas, Vallecas, Guadalix, Becerril, Torrelaguna y otros guardan sus sacerdotes con verdadero cariño, y uno de Vallecas, en documento firmado, que conservo, dice: «El Comité acordó llevarme al Ayuntamiento »para que estuviese más seguro. Desde el coche en que me recogieron hasta »el local formaron dos filas apretadas de gente que no cesaba de felicitarme »y abrazarme. El Comité, compuesto, como es natural, por hombres de todos »los partidos, decidió después instalarme en una casa, y hube de salir al balcón »para expresarles mi gratitud. Declaro que el momento fué indescriptible. »Yo guardaré siempre en mi corazón gratitud inmensa para con el pueblo de »Vallecas, que así se ha conducido conmigo, sin hacer yo otra cosa con ellos »que tratarles con cariño y respeto.»

In la noie .i. a gra: Notum sit omnibz hominibz tam pbenit
qm lucis. Ad ego domini. Funditatu ps. ans ojolma. in humul
cum uxore ma. donna Sancia gomez. et cum nro filio don L. gon
salbec. mandam et ceteram ala casa de sea o dta hoc. et auos
magro Beralt. et adodos los fraires q despues d uos tnan et in la
casa d sea o dta hoc habitaron. q toda herdar q den los bones omis
ala casa. olos fraires pcedan qnar p ala casa. q la tenades latina et
lorina. assi como la herdar toda qnta s in anno de ojolma. Et nlla ho
mo nro ut alieno q isto nro lecto et nro mandamto uolunt dstrumpe
habat nra de omipotentia. et la nra. et cu judas traditore in inter
uina sit dampnat. et de mas parte in cozo a dos ojolma. qil. ante
et ala casa todo el dampno duplado. In ipso anno iudice in ojolma.
D. pet. Alchabals. D. gomez. Rodrian. D. iohs. J. pe d godiana
J. pe d p julian. Guill brun. Alcht in. don gil d carnal. G.
luzon. Sennor de ojolma. G. pe. Davidomo. L. martinez
de couas. Alenc. Rodrigo albayez. Alerno. D. abbad.
C.R.A. J. C. Lxxii.

Donaciones Año 1230.

Otro documento de la catedral de Sigüenza, hallado en poder de un prisionero italiano y rescatado por los soldados de la República.



Dimas Sigüenza, firmante de las palabras que transcribo, y otros, cuyos testimonios también conservo, son el mejor exponente en favor de un pueblo que cada día, con mayor precisión y justeza, sabe distinguir el problema político del hecho religioso. En Madrid son muchos los niños que se bautizan, los enfermos que reciben asistencia espiritual y los matrimonios según el rito de la Iglesia; conozco sacerdotes que, faltos de medios, reciben cada día el pan de manos de los trabajadores, estos hombres incomparables que han sabido guardar las imágenes de Mena, de Becerra, de Leoni, y los lienzos de Ribera y Zurbarán. Frente a ellos están, impotentes y traidores, los que bombardean Madrid, los que cañearon al pueblo y a los monumentos religiosos, los que han roto muros y bóvedas sagradas, San Sebastián, San Marcos, Santiago, San Ginés, San José, Las Descalzas, San Antonio, La Almudena, los detentadores de una religión que es justicia, paz y libertad.

LEOCADIO LOBO.
*Teniente vicario de
San Ginés.*

Valencia, julio de 1937.

UN SACERDOTE ANTIFASCISTA

Soy antifascista porque el fascismo es la negación de toda libertad. El fascismo es la forma más odiosa y vil del capitalismo que agoniza. Es la explotación más inicua del pobre. En el fascismo no hay piedad, ni sentimiento, ni caridad, la forma más sublime de fraternidad entre los hombres.

Indudablemente hay católicos que se han aliado con el fascismo en nuestra patria, particularmente las más grandes autoridades eclesiásticas; unos porque sinceramente creen que el fascismo defiende la religión; la mayoría de los otros no han sido jamás ni creyentes ni cristianos.

Había en nuestra España una masa enorme de explotadores sinvergüenzas que hacían de la religión un comercio, que han hecho alejarse de la Iglesia a grandes masas de personas honradas, asqueadas para siempre, desgraciadamente, de la fe y de las creencias.

Una aristocracia sin nobleza que tenía capellanes particulares, y dejaba morir de hambre a sus casi siervos en sus latifundios; señoritos parásitos con escapulario al cuello y misa los domingos, frecuentadores diarios de lupanares elegantes, adherentes a Acción popular o a Falange.

Nuestra guerra no es una guerra religiosa, ni una guerra ideológica; es una guerra monstruosa, impuesta al pueblo trabajador español por un puñado

de traidores a su patria, a la que han vendido miserablemente por conservar sus privilegios de inicuos explotadores del pueblo.

Traidores y perjuros, viles asesinos, fariseos a los que Jesús, si viniera al mundo otra vez, no los echaría del templo a latigazos, sino a puntapiés.

RAMÓN UGARTE.
*Sacerdote católico,
cura, hasta agosto de 1936,
de la iglesia parroquial de Santa María
de San Sebastián.*

LOS CURAS EN EL FRENTE VASCO

Para terminar y no hacer excesivamente larga, la lista de testimonios y escritos de los innumerables sacerdotes católicos que están al lado del Gobierno de la República, diremos que, según es sabido, por haberlo publicado toda la prensa, en el frente vasco hay más de 70 sacerdotes que actúan como Comisarios políticos, aparte, naturalmente, de los que realizan únicamente una función religiosa.

MINISTROS CATÓLICOS

En el Gobierno de la República tienen representación los católicos en la persona de don Manuel de Irujo, que desempeña la cartera de Justicia en el Gabinete actual, habiendo sido en el anterior ministro sin cartera.

En el Gobierno de Euzkadi hay cuatro ministros católicos, y el propio Presidente, don José María Aguirre, es asimismo católico.

A raíz de la brutal invasión del País Vasco por el fascismo italo-alemán, el Presidente Aguirre se dirigió a los pueblos de América con el siguiente manifiesto:

A los pueblos de la libre América: Como Bélgica en 1914, Euzkadi en 1937 sufre la invasión de las fuerzas de las tiranías europeas, que incendian, destruyen, violan y matan.

El pequeño pueblo vasco, regido por su gobierno autónomo, ha opuesto durante tres meses tenaz y heroica resistencia a las huestes invasoras integradas por alemanes, italianos, moros y fascistas españoles.

Eibar, Elgueta, Durango, Amorebieta, Munguía, Galdácano, Guernica, las villas de la industria, de la tradición y el arte de Euzkadi, destruidas por

el plomo alemán son espectro demostrativo de la gran tragedia que aflige al pueblo vasco.

Hay, no obstante, una diferencia esencial entre Bélgica en 1914 y Euzkadi en 1937. La invasión de Bélgica produjo la emoción del mundo y armó contra los tiranos a las democracias de la tierra, que vengaron a aquélla y repusieron sobre el territorio al gobierno legítimo.

Pero Euzkadi, la democracia vasca, la más antigua democracia en Europa, solamente ha merecido manifestaciones literarias de gran estimación y ayudas indirectas, valiosas, sí, pero no encaminadas a cerrar el paso a los invasores extranjeros, que se proponen raer del suelo de su patria a la raza de los vascos.

Los tres meses de asedio brutal, de persecución fatigosa, de torpe exterminio, no han bastado al mundo para encontrar entre los escombros de las fábricas de Eibar y de Galdácano, de las iglesias de Durango y Amorebieta, de los archivos y museos de Butrón y Guernica, a la raza que cae por la decencia de querer vivir para el trabajo, la libertad, la cultura y la paz.

Los vascos no impusimos jamás a pueblo alguno nuestra lengua, ni nuestra religión, ni nuestras instituciones, ni nuestro dominio. Creímos merecer del mundo el reconocimiento a los 20 siglos de existencia histórica, durante cuyo tiempo sólo nos batimos por defender nuestro territorio, nuestra independencia, contra aquellos que osaron atentar contra nosotros en nuestro mismo hogar.

Donde nos encontró el mundo a los vascos fué en los puertos de Europa, dedicados a servicios de navegación y empresas industriales; en los mares del Norte, por pesca de «gran altura»; en Filipinas y África; incorporados a empresas de colonización en las Repúblicas del Continente Americano, donde fundamos ciudades, poblamos campos, creamos estancias, levantamos empresas, esparcimos nuestros apellidos y, con ellos, el vigor de nuestra raza, de nuestra espiritualidad y de nuestro genio civil.

No queremos morir. No hemos de morir. Un pueblo no muere más que por su propia ignominia; pero hay algo en la conciencia universal que acusará ante la Historia el hecho monstruoso de que pueda permitirse por el mundo, sin un gesto eficaz de repulsión, el atropello, el vilipendio y la esclavitud de un pueblo que nació y vivió para el arte, el derecho al trabajo y la paz, y que defiende su libertad con la exaltada virilidad de los héroes.

¡Pueblo de la libre América! Se nos conduce paso a paso hacia la silla eléctrica que nos aniquile. La violencia, el atropello, el exterminio, la muerte son las armas de los invasores. El ajusticiado no es un régimen ni un sistema de gobierno; es un pueblo que fué engendrado libre en las manos creadoras de la Providencia, la guardia y respeto de cuya libertad y existencia están en vuestro poder.

Nosotros no nos resignamos a morir. No moriremos. Pero diré, recordando frases evangélicas: «¡ Hay de aquél, hombre o pueblo, que pudiendo evitar el atropello no lo hiciera; mejor le fuera no haber nacido!»

A 15-6-37.

JOSÉ M. DE AGUIRRE.
Presidente del Gobierno de Euzkadi.

PALABRAS DE IRUJO

Al tomar posesión de la cartera que desempeña actualmente el ministro don Manuel de Irujo, dirigió a los españoles las palabras siguientes:

Como vasco, como cristiano y como ministro de la República, envío mi saludo cordial a todos los que luchan. A los leales, para darles aliento en la pelea; a los rebeldes, para exhortarles a que hagan examen de conciencia de su conducta. Prolongar su resistencia sería tan sólo aumentar los montones de ruinas, cadáveres y odios, saldo de esta guerra cruel cuyo reflejo exacto lo ofrece al mundo el humeante caserío de Guernica, cuna de las libertades vascas.

Es preciso vencer a la facción para asegurar una vida de paz que se asiente, no en sublevaciones militares, sino en el trabajo del pueblo, en la igualdad social, en las libertades individuales, en la democracia política, en la Justicia y el Derecho, que son la forma y el contenido de la Ley.

Mayo de 1937.

MANUEL DE IRUJO.
*Ministro de Justicia del Gobierno
de la República Española.*

EMBAJADORES CATÓLICOS

Cuando los católicos españoles han sabido cumplir con su deber y, siguiendo las doctrinas de Cristo, se han puesto al lado de los humildes con toda lealtad, el Gobierno de la República no ha dudado un solo momento en colocar a estos hombres en los puestos que por su inteligencia y sus conocimientos habían de servir mejor. El hecho de representar a España en el extranjero varios diplomáticos católicos, entre ellos el ilustre juriconsulto don Ángel Ossorio y Gallardo, embajador primero en Bruselas y más tarde en París, y el profesor señor Semprún y Gurrea, encargado de Negocios en La Haya, demuestra la falacia de las noticias difundidas por el mundo, y según las cuales en la España leal se perseguía al catolicismo.

DON ANGEL OSSORIO Y GALLARDO ANTE EL MICRÓFONO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

A fines de agosto de 1936, pronunció nuestro actual embajador en París, ante el micrófono del ministerio de la Guerra de Madrid, estas breves, elocuentes y sinceras palabras:

Abundantes y elocuentísimas voces del Frente Popular han condenado la actual sublevación fascista. Quizá sea útil explicar por qué hay hombres cristianos y conservadores que en estos momentos tienen su alma puesta al lado de aquel Frente y colaboran tanto como pueden a su triunfo final.

Un cristiano no puede ser fascista, porque el cristianismo es liberación de espíritu, respeto a la personalidad humana, mientras que el fascismo es negación de la libertad, establecimiento de la opresión, imperio a la fuerza; y no para el servicio de las muchedumbres, sino para salvaguardia de los privilegiados. Un cristiano no puede servir a una doctrina en nombre de la cual se impone el predominio de una raza y se extermina a los judíos, a los masones, a los comunistas, a los liberales; porque la esencia de la doctrina de Cristo y lo que significa su revolución contra el mundo antiguo es precisamente la obligación de amar al enemigo lo mismo que al hermano, y aunque liberales, comunistas, masones y judíos fuésemos la gente más abominable del mundo, ningún cristiano tendría derecho a luchar para nuestro exterminio, porque está escrito que «no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». Un cristiano no debe tolerar que se utilice el nombre de Dios para atacar a un Estado constituido legítimamente, porque si tal hace olvida el mandato de «Dad al César lo que es del César». Un católico debe respeto y obediencia a la Iglesia, pero la Iglesia, depositaria inmortal de la doctrina más elevada, pura y generosa que vieron los siglos, no debe ser confundida con esa degeneración eclesiástica de los obispos cargados de joyas, que mezclan a Dios en las contiendas políticas y ponen de manifiesto al Santísimo Sacramento para que pierdan las elecciones las izquierdas, con lo que rebajando a Dios a la categoría de un beligerante, le han llevado a cumplir la ley del vencido, blasfemando de su divinidad; ni con las órdenes religiosas que atesoran millones, siquiera no sean para que los disfruten personalmente sus miembros; ni con los individuos, religiosos o seculares, que hacen fuego desde las torres de los templos, con lo que niegan su carácter sagrado y dan explicación a las ulteriores destrucciones; ni con los clérigos que se echan al campo armados de fusil o de ametralladora, con desprecio

de su ministerio, que los obliga a rezar por la paz de todos y no a tirotear a nadie, animado de sectarismo banderil.

Un conservador debe estar enterado de que el conservatismo no consiste en mantener inmóviles y anquilosadas instituciones desacordes con los tiempos, sino en crear cada día las más justicieras, evitando así que el pueblo las imponga de manera violenta, improvisada y perturbadora, por lo cual el buen conservador, en los actuales momentos de España, no será el que se aferre a sostener normas derribadas por injustas, por inadecuadas o por insuficientes, sino aquel que acierte a crear un orden revolucionario con el menor estrago y con la mayor garantía de subsistir.

Un conservador no puede pensar que los pueblos se conservan aprisionando a la mayoría en la pobreza y en la obediencia, mientras una minoría disfruta de la riqueza y del mando. Antes bien, ha de enterarse de que el elemento substancialmente conservador es el pueblo. Un conservador ha de defender la propiedad privada considerándola cual un complemento de la personalidad, pero ha de saber igualmente que en la economía del porvenir, que ya estamos tocando, la propiedad privada coincidirá armónicamente con otras modalidades de propiedad y ha de desear que desaparezca la propiedad monopolística, de tiempos imperialistas, principal causante de las guerras y de las desventuras de los pueblos, y en lugar de enfadarse con los partidos colectivistas, debe recordar que es el propio Pío XI quien ha dicho que cierta categoría de bienes ha de reservarse al Estado, pues llevan consigo un poder económico tal que no es posible permitir a los particulares sin daño del Estado mismo. Un conservador debe respetar la tesis fascista, como todas las teorías, en cuanto busque el éxito por los caminos de la propaganda y el convencimiento, pero ha de execrar con toda sus potencias que un partido político busque el triunfo sublevando al ejército del Estado contra el Estado mismo. Porque no cabe nada más demagógico, negativo y destructor. Al lado de ese ejemplo palidecen y pierden importancia los más frenéticos y descabellados movimientos revolucionarios. Un conservador ha de espantarse ante los crímenes que los sublevados cometan innecesariamente, por los crímenes mismos y porque le privan de autoridad moral para condenar las represalias que, por reacción inevitable, se producen en el sector agredido.

He ahí, en obligada síntesis, algunos de los motivos que a un hombre como yo, sin variar ni un ápice la fe y las doctrinas que viene propagando desde hace un cuarto de siglo, le llevan hoy a poner sus sentimientos al lado del Gobierno y del Frente Pópular. ¿Por la República? ¡Claro que sí! ¡Viva la República! ¿Por España? ¡Naturalmente! ¡Viva España! ¡Ah! Pero, además, por otros conceptos que están muy por encima de España y de su República: por los imortales valores del espíritu, por la civilización cristiana, por la emancipación económica y política de los trabajadores, por la autodeterminación de los pueblos y por la libertad de los hombres.

¿DÓNDE ESTAN LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES?

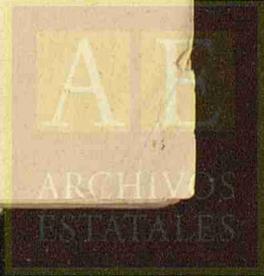
«*La Dépêche de Toulouse*», en su número de 24 de diciembre de 1936, publicaba un artículo de don Angel Ossorio y Gallardo en el que explica claramente la situación de los católicos en la España leal.

He aquí el referido artículo:

Ha podido parecer, en ciertos momentos, que existía un conflicto entre los republicanos españoles y la religión católica. Afortunadamente, no hay nada de esto. En España, nadie discute los dogmas de la religión católica, ni ataca la libertad de conciencia, ni contradice la autoridad de la Iglesia romana. El conflicto, si es que existe, es principalmente de orden político, por haber adoptado ciertos católicos una actitud política hostil a la República. Hace aproximadamente 25 años, se constituyó en España un grupo de intelectuales, de sociólogos y de escritores, que tomó el nombre de «Grupo de la democracia cristiana». Perteneían a él laicos y sacerdotes y, entre estos últimos, algunos dignatarios de la Iglesia cuya capacidad y virtudes eran ejemplares, tales como el deán de Oviedo, señor Arboleya; el canónigo de Valladolid, señor Amor; el dominico, padre Gafo, y otros muchos. Su programa era idéntico al que los social-católicos defendían entonces en Europa y en América: función social de la propiedad, evolución de los salarios hacia la participación de los obreros en la administración y en la propiedad de las industrias; humanización de las labores en las propiedades agrícolas, supresión de los **latifundia** y repartición de la tierra entre los campesinos pobres. En una palabra, este programa preconizaba una serie de reformas inspiradas por la recomendación del papa León XIII, «que los propietarios sean muy numerosos».

Yo no pertenezco nunca a ese grupo, pero soy un entusiasta de su doctrina. La he defendido y propagado mediante conferencias, libros, artículos, con toda la libertad que podía darme el no estar ligado por ninguna disciplina orgánica.

Tal era el estado de espíritu reinante en ciertos medios intelectuales católicos cuando la República instauró la libertad de conciencia y de cultos. Es preciso señalar que durante la Monarquía la libertad de cultos no existía; los cultos eran solamente tolerados. Un gran número de diputados quisieron suprimir las órdenes religiosas y confiscar todos sus bienes. Pero la mayoría del Parlamento decidió suprimir solamente la Compañía de Jesús—respetando las personas en todos sus miembros y apropiándose de sus bienes—y respetar todas las demás órdenes religiosas a la condición de que no se ocuparan ni de la enseñanza ni de la industria. En lo que concierne a la prohibición de enseñar importa igualmente precisar: los religiosos podían



mantener establecimientos de enseñanza para los novicios de sus órdenes y podían enseñar individualmente en los colegios privados y en el domicilio de los alumnos. Se les prohibía solamente enseñar como tales Congregaciones y en sus propios establecimientos. Las masas católicas, creyendo perseguida la religión, pusieron el grito en el cielo. Nadie ha perseguido la religión en España. He aquí la prueba: para combatir al Gobierno, los propios católicos se parapetaron tras el terreno religioso, invadiendo en masa las iglesias, recibiendo la comunión como jamás lo habían hecho y exhibiendo las damas crucifijos, medallas y otros emblemas, en coincidencia o alternándolos con la flor de lis o la bandera monárquica. Nadie se opuso a estas manifestaciones; pero, además, los diarios católicos dirigieron ardientes campañas contra la República y contra todos los hombres que la representaban, acusando a estos últimos de todos los vicios. Y yo quiero aprovechar la ocasión para declarar, solemnemente, que si España ha conocido políticos tan desinteresados y tan honrados como los que formaron parte del Gobierno en los dos primeros años de República, no los ha conocido ni más honrados ni más desinteresados.

Las Cortes Constituyentes fueron disueltas prematura e inoportuna-mente, y la división de los republicanos en varios grupos dió una mayoría parlamentaria a las fuerzas antirrepublicanas que fueron, imprudentemente, llamadas a gobernar y se dedicaron a destruir la obra republicana de los dos años anteriores. Persiguieron todo aquello que tenía algo de republicano, quitaron las tierras a los colonos republicanos y socialistas, y dieron los mandos militares y civiles a monárquicos acérrimos. Esto provocó el levantamiento de octubre de 1934. El Gobierno dominó la rebelión. Y es curioso hacer notar que, entonces, nadie sostuvo la tesis que ha servido ahora para justificar la revuelta de los militares. El Gobierno era legítimo y era preciso apoyarlo. Los miembros del Gobierno catalán fueron condenados a cadena perpetua. El ex presidente del Consejo, señor Azaña, permaneció encarcelado, durante varios meses, en un navío de guerra, sin que fuese posible saber la razón por la que ningún juez instruyese sumario contra él. En cuanto a la represión de la revuelta de Asturias, adquirió tales proporciones que ningún español podía hablar sin vergüenza ante un público extranjero.

Todo esto unió al pueblo en una misma protesta. Todos los partidos renunciaron a su programa porque se trataba ante todo de recobrar la libertad. Así nació el Frente Popular, en el que se enrolaron los republicanos de izquierda y de derecha, los socialistas de izquierda y de derecha, los sindicalistas y los anarquistas. Ningún programa fué dictado. Era preciso ante todo volver a ser hombres libres y reimplantar la República en España.

Disueltas las Cortes, bajo una enorme presión de la opinión, se constituyó un Gobierno de derecha, «camuflado» con el nombre de centro, para presidir las elecciones. Las ganó el Frente Popular, que obtuvo cerca de trescien-

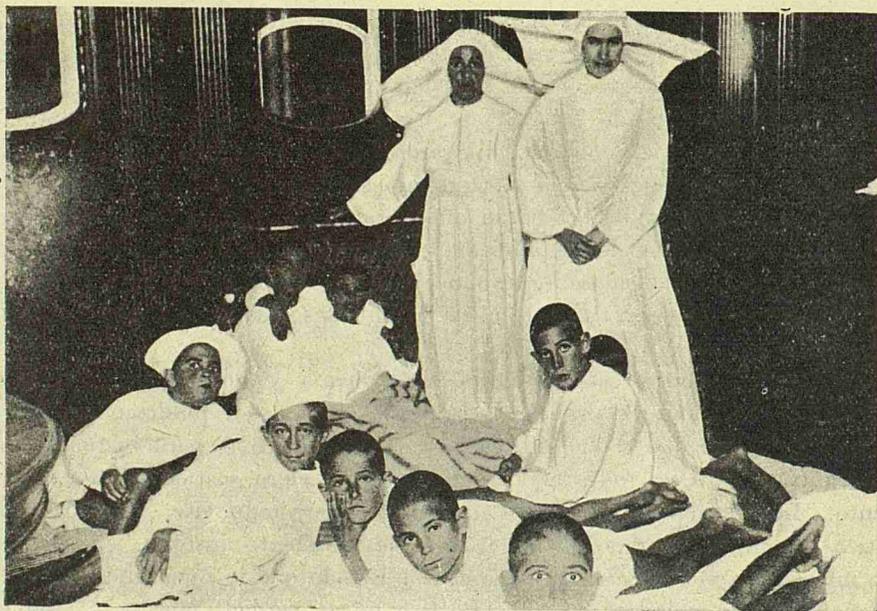
tos puestos, mientras que las derechas sólo obtuvieron unos doscientos. El examen de estas cifras basta para convencer de que no se puede hablar de maniobras, de falsificaciones ni de violencias en favor de nadie.

Desde la apertura de las Cortes, las derechas mostraron una implacable hostilidad hacia el Gobierno. Llegaron hasta abandonar el Parlamento. Es preciso recordar que, siendo el Gobierno estrictamente burgués, los partidos que se habían unido decidieron que durante la primera etapa ocuparan los puestos de Gobierno los republicanos, con exclusión de todos los demás. El programa era esencialmente republicano. Las fuerzas obreras se comprometieron a sostenerlo. Ya se decidiría, mientras se realizaba este programa, la actitud a tomar.

Fué, pues, contra este Gobierno republicano y burgués, contra este programa republicano y burgués, contra estos métodos republicanos y burgueses, contra los que el ejército español tomó las armas para instaurar un régimen fascista. Una mayoría de católicos y el clero sostienen este movimiento. Los obispos mismos tomaron parte, personalmente, en la acción política y militar. ¿Cómo justificar este levatamiento insólito, en el que todo un ejército vuelve sus armas contra el Estado que lo mantiene? ¿Librar a España de un gobierno comunista? Eso no es verdad, puesto que en el momento de la rebelión se encontraba a la cabeza del país un gobierno burgués. ¿Defender la religión? Nadie la atacaba; y todas las iglesias estaban abiertas y desbordantes de fieles hasta el 18 de julio. ¿Velar por la conservación de la pureza de los dogmas? También inexacto; lo prueban los moros que desempeñan el principal papel en los combates. Ya es bastante curioso pensar que los moros hayan vuelto a España para defender el dogma de la Santísima Trinidad y el de la Inmaculada Concepción. ¿Fortalecer los valores nacionales? Asimismo falso, puesto que los que se baten son mercenarios (moros, legión extranjera, regulares norteafricanos). Puede decirse, sin ambages: el movimiento es típicamente fascista y sus objetivos principales son el mantenimiento de la propiedad feudal y de la casta militar.

Naturalmente, el pueblo, traicionado y atacado, que se ha defendido durante meses sin armas, sin organización, sin mandos, hace la guerra al mismo tiempo que implanta los fundamentos de una economía nueva. No podía ser de otro modo. Los ricos propietarios y los militares no quisieron que el pueblo disfrutase del minimum de libertades que le concedía la Constitución republicana. En consecuencia, si el pueblo triunfa, no será para recuperar simplemente esas minúsculas libertades, sino para ir mucho más lejos.

Se dirá que en España se han cometido violencias contra las iglesias y contra el clero. Es verdad. Negarlo sería hipócrita. Pero esas violencias son la respuesta a las que el clero ha cometido contra el pueblo. Las iglesias fueron, desde el comienzo, transformadas en fortalezas desde las cuales se disparaba con fusiles y ametralladoras. Se han hecho fusilamientos en masa,



Niños enfermos cuidados por monjas.



Bendición de una bandera en el País Vasco.

matando a inocentes, culpables tan solo de estar emparentados con republicanos o con socialistas. Desde el momento en que tales hechos se producen, nadie osará pretender que los perseguidos no deban defenderse y que hagan la guerra con confites.

Debo agregar todavía que, a pesar de esa masa de católicos ridículos que defienden los valores terrestres y no los valores espirituales, se dibuja en España un movimiento puro que, sin que sea posible dudarlo, constituye la base del catolicismo de mañana. La importante revista católica «Cruz y Ray» está al lado del Gobierno.

En el seno del Gobierno actual (en el que figuran solamente dos comunistas) figura un representante de los autonomistas vascos, que son los católicos más convencidos y más fervientes de toda España. La Unión Democrática de Cataluña, constituida de autonomistas católicos, lucha igualmente al lado del Gobierno. En Valencia se inicia un movimiento similar. El obispo de Vitoria, señor Múgica, ha sido encarcelado por los militares por haber rehusado unirse a ellos.

En resumen, se puede asegurar que no existe en España una lucha de carácter religioso, ya que la Constitución y el Gobierno respetan la libertad de conciencia y de culto; que el levantamiento actual es enteramente de tipo fascista, militarista y clerical. En consecuencia, los que se crean verdaderamente católicos y conservadores deben estar al lado del Gobierno, porque él es el poder legítimamente constituido según las leyes de España, y porque Dios manda dar al César lo que es del César.

24-12-36.

ÁNGEL OSSORIO Y GALLARDO.
Embajador de España en París.

POLEMICA DEL ABATE LECLERCQ CON DON JOSÉ M. DE SEMPRÚN Y GURREA, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE ESPAÑA EN LA HAYA

En el mes de marzo del año actual el señor Semprún, ministro de España en La Haya y católico ferviente, publicó en la revista francesa «Esprit» un largo artículo, en el cual exponía la situación de la España republicana y, especialmente, la de los católicos. Dicho artículo motivó otro del abate Leclercq en la «Cité Chrétienne» del 20 de marzo, al cual contestó el señor Semprún en una carta abierta. La polémica dió origen a una serie de interesantes artículos de ambas personalidades católicas, escritos en un tono de máxima corrección, como correspondía a la altura intelectual de los polemistas.

La gran extensión de estos escritos, que bastarían por sí solos para llenar las páginas de este libro, nos impiden su publicación íntegra. Nos reduciremos,

por tanto, a la transcripción de algunos párrafos de las cartas de nuestro embajador en La Haya, demostrativos de las razones que miles de católicos españoles tienen para estar al lado del Gobierno legítimo de la República.

(Respuestas al comentario del abate Leclercq a la carta abierta del señor Semprún de 25 de abril de 1937):

IV). — En lo que concierne a los sacerdotes y los religiosos en el territorio del gobierno republicano, es preciso hacer una distinción muy importante. El hecho de que, por el momento, el culto público esté suspendido en la mayor parte de esas regiones, es un hecho cierto que los ministros y los dirigentes de los partidos políticos son los primeros en lamentar y tratar de ponerle remedio. Si, como hace ya varios meses lo propusieron ciertos ministros, las iglesias no han sido todavía abiertas, no es como usted dice por error, porque los católicos temen ser atacados, sino justamente por lo contrario, es decir, porque los católicos consultados, dolorosamente instruidos por la experiencia de las primeras semanas de guerra, temían que si las iglesias eran libremente abiertas y se permitía en ellas la entrada de todos los fieles sin distinción, se convirtiese otra vez en asilos o en centros de rebelión o en fortalezas para apoyarla.

Esta situación es profundamente lamentable; pero a propósito de ella se puede preguntar, ¿de quién es la culpa? Sobre la base de una legítima defensa quizá haya habido exceso, pero aquí, como en todo lo que concierne a la explosión de la catástrofe, la responsabilidad recae de una manera directa sobre aquellos que la han desencadenado y sobre aquellos que le han dado su carácter específico.

El culto, sin embargo, se restablecerá, está seguro.

Hay otro punto muy importante sobre el cual me pedís informe; helo aquí: en el territorio del Gobierno hay una gran cantidad de sacerdotes, de religiosos y de religiosas que continúan viviendo y son respetados sirviendo la causa del pueblo. Toda una comunidad de franciscanos de la Villa de Benisa ha sido absuelta por un Tribunal Popular y continúa viviendo, en el mes de abril, perfectamente respetada. He aquí los nombres: Juan Cendra Puigcerber, de 57 años; Roque Ivars, de 67 años; Miguel Cardona Ginestar, de 69 años; José Font e Ivars, de 41 años; Vicente Ivars, de 57 años; Nicolás Baidal Bañuls, de 57 años. Según otra información oficial del mes de marzo, las religiosas de un convento de Andújar sirven como enfermeras, respetadas y amadas por todos. Sus nombres se conocen también. Quizás sepa usted que en Madrid muchos sacerdotes se ocupan abiertamente de las gestiones necesarias para el restablecimiento del culto público. Su presencia y sus gestiones son universalmente conocidas. Recibo hoy mismo una información, según la cual, en una explotación agrícola de los alrededores de Madrid, el antiguo capellán del castillo de la villa ejerce las funciones de ins-

structor sin ser molestado en absoluto. Hay en Madrid una comunidad religiosa, cuyos miembros continúan viviendo juntos, aunque no habitan en su convento, y que trabajan para el pueblo. En una villa del litoral levantino, un sacerdote, buen químico, dirige un laboratorio.

Recientemente, un comisario y diputado ha testimoniado públicamente que, durante los acontecimientos militares de Guadalajara, las tropas gubernamentales descubrieron un amontonamiento de cadáveres; un sacerdote que se encontraba con estas tropas se detuvo y, ante los milicianos republicanos, socialistas, comunistas y sindicalistas, recitó la oración de los muertos.

No es necesario decir que en todos estos casos, como en tantos otros que omito por no ser demasiado largo, los sacerdotes, religiosos o religiosas, eran conocidos como tales y continuaban practicando su religión. (Recuerdo en este momento el episodio que precedió a la toma del santuario de la Virgen de la Cabeza: cinco sacerdotes de Jaén, que gozaban de la confianza de las autoridades gubernamentales, fueron enviados por éstas para invitar a los rebeldes a rendirse a fin de evitar muertes inútiles.)

Habréis podido notar que he omitido (y lo he hecho expresamente, pues no quiero hacer creer que abuso del ejemplo incomparable del País Vasco) referirme una vez más a la situación de Vizcaya, donde los sacerdotes que no han sido asesinados o encarcelados por los rebeldes, continúan ejerciendo públicamente el culto en las iglesias que no han sido bombardeadas por los alemanes. Continúan ejerciendo el culto, sirviendo al pueblo y recibiendo las más groseras y las más innobles injurias de la prensa rebelde (de la que, entre paréntesis, os recomiendo la lectura si vuestro buen gusto os lo permite), que les dedica, como en el diario rebelde de San Sebastián, «El Diario Vasco», de 26 de mayo de 1937, frases como la siguiente:

«No faltaba más que esto: en primer lugar, las indecencias del sacerdote Onaindía por la radio y los periódicos; y después los embustes, los «dulces embustes» insolentes del reverendo padre Arzuaga, de la Compañía de Jesús. Ahora son los carmelitas de Larrea, los Padres del famoso nido de Amorebieta, donde tantas villanías antiespañolas fueron «incubadas» durante estos últimos años, los que se desenmascaran.»

No, no, querido señor abate; en la España republicana, vasca o no vasca, el catolicismo no está muerto, cualesquiera que sean sus transitorios impedimentos, ni han sido suprimidos los católicos.

Pero, si no usted, algunos mal intencionados me harán la objeción de que las innumerables informaciones de la prensa republicana y socialista, concerniente a los incontables religiosos y religiosas respetados por el pueblo, quizá no sean verdaderas; que los actuales llamamientos que los políticos de izquierda en España hacen a los católicos no sean sinceras. Se me podrá objetar que los unos y los otros no son más que una táctica. Pero, aun acep-

tando tal suposición, se debe reconocer que sería una táctica de atracción, en ningún caso una táctica de exterminio o de persecución. Se podrá pensar, con mala intención, que la actitud tomada por el gobierno republicano, por una gran parte de la prensa y de los dirigentes de izquierda, respetando y cuidando a los católicos, utiizándolos en puestos de confianza y procurando devolverles en todo lo posible todas sus libertades, es una política interesada y de atracción. Pero, si se piensa de este modo, se debe renunciar al lugar común que atribuye al Gobierno o a los «rojos» intenciones de persecuciones a ultranza o de exterminio sistemático.

ESCRITORES CATÓLICOS

BERGAMÍN

José Bergamín, uno de los valores jóvenes de las letras hispanas, escritor católico y director de la revista católica «Cruz y Raya», ha desplegado desde que comenzó la guerra una gran actividad al servicio del Gobierno de la República. Las Universidades europeas han oído su palabra autorizada en conferencias en las que no recataba su condición de católico convencido; la gran Prensa se honra frecuentemente con su firma; los cenáculos literarios lo reciben con respeto. Como él, otros muchos escritores católicos han seguido su conducta y trabajan hoy día por la causa del pueblo. La posición de este grupo de hombres de letras cristianos la define acertadamente el siguiente artículo de Bergamín:

LOS QUE NO NOS HEMOS REBELADO

Para informar con veracidad y exactitud a los católicos y a todos aquellos que, por falta de esa información, puedan interpretar erróneamente la conducta de algunos católicos españoles «que no nos hemos rebelado», que hemos permanecido al lado de nuestro gobierno legítimo, dentro de nuestra ley constitucional, y, sobre todo, al lado de nuestro pueblo, quiero insistir, una vez más, públicamente, sobre aquellas razones fundamentales de nuestra conducta. Quiero desvanecer con ellas en las conciencias de los católicos de buena fe, de todos los hombres de buena voluntad, las dudas o confusiones que una campaña partidista, que no vacila en utilizar la religión al servicio de su interés beligerante, haya podido engendrar en ellas, desvirtuando la verdad o enmascarándola hipócritamente en beneficio de una causa que nada tuvo, tiene, ni podrá tener de religiosa.

El 13 de julio de 1936, gobernaba España, pacíficamente, un gobierno republicano, unas Cortes, un jefe de Estado, todo dentro de la ley constitucional, autoridad única legítima, por tanto, contra la que se sublevaron, en su gran mayoría, las fuerzas armadas de la nación, provocando la espantosa guerra que dura aún, destruyendo y ensangrentando España. Ante la brutalidad de este hecho, nosotros, españoles y católicos, cumpliendo en conciencia nuestro deber, con arreglo a lo que la doctrina de nuestra Iglesia, en todos sus textos de autoridad tiene establecido, permanecemos fieles a la **legalidad constituida**, a la autoridad del Gobierno frente al hecho brutal de la sedición y rebelión, expresamente condenado siempre por nuestra Iglesia. Especialmente recordamos, entonces, esta doctrina, con palabras de nuestras propias autoridades eclesiásticas, quienes, reunidas todas, en su pastoral publicada el advenimiento del régimen republicano, decía textualmente lo que sigue:

«La Iglesia... jamás de inculcar el acatamiento u obediencia debidos al poder constituido, **aun en los días en que sus depositarios y representantes abusen del mismo** en contra de ella, privándose, le esta suerte, del más poderoso sostén de la autoridad y del medio más eficaz de obtener del pueblo la obediencia a sus leyes. **Con aquella lealtad, pues, que corresponde a un cristiano, los católicos españoles acatarán el poder civil en la forma con que de hecho existía, y, dentro de la legalidad constituida, practicarán todos los derechos y deberes del buen ciudadano.**»

Todavía queremos recordar que en el periódico «El Debate», que **se consideraba** representante de los católicos españoles, con fecha 8 de octubre de 1934 se comentaba esta pastoral de todos los obispos reunidos, con estas palabras que copio:

«Hemos sido y seremos los paladines de la lucha legal y del acatamiento a los poderes constituidos. Ante todo, por razones morales. Respetamos otros criterios; pero nosotros creemos que **la rebelión propiamente dicha es ilícita**. Esta creencia encuentra firme e inequívoca corroboración en multitud de textos de León XIII. La pastoral colectiva de los prelados españoles, publicada precisamente a poco de instituida la segunda República, nos alecciona con la misma doctrina; y los prelados españoles, juntos en aquella declaración, **para nosotros, son la Iglesia (sic)**. Por si alguien las olvidó, repitamos sus palabras: **que no admiten la sedición y el complot.**»

La sedición y el complot que desembocaron en la sublevación militar de julio, fueron amparados por fuerzas ajenas a nuestra nación, pues de otro modo la rebelión hubiera sido sofocada rápidamente por el Gobierno; gracias a este apoyo, pudieron, también, como es **verdad conocida de todos**, desembarcar en nuestro suelo contingentes de fuerzas marroquíes, de color, tropas de moros de la zona del protectorado español en África, con los cuales man-

tuvieron y mantienen su lucha bárbara, destruyendo pueblos enteros, sacrificando ancianos, mujeres, niños, en una atroz empresa fratricida cuya finalidad, confesada y proclamada, es el aniquilamiento total y exclusivo del régimen republicano que, por su inmensa mayoría popular, nuestra nación se había dado pacíficamente, legalmente, a sí misma.

En esta lucha, que no es una guerra civil, sino la que han provocado y mantienen contra el pueblo, contra todos los pueblos españoles, los militares traidores a su patria, a su Estado, a su Gobierno y a su palabra, seguidos en su bárbaro empeño por las clases adineradas, defensoras de sus privilegios injustos e ilegítimos, y lo que es más espantoso y doloroso para nosotros, católicos españoles, seguidos por una gran parte de la representación jerárquica de nuestra Iglesia, de sus sacerdotes y de sus religiosos, con apoyo y colaboración, a nuestro parecer, a veces, sacrílegos; contrarios a nuestra doctrina, a nuestra fe; contrarios a nuestra moral y dirección política inclusive, en cuanto ésta se relaciona con aquel sentido de la conducta pública que aconsejan todos los textos autorizados de nuestra Iglesia; en esta lucha, digo, nosotros, unos cuantos, acaso pocos, católicos de buena fe, mantenemos nuestra protesta contra el criminal atentado que a la autoridad legal de España realizaron los militares rebeldes, causando todos los horrores que padecemos desde hace seis meses en nuestro suelo; **todos**, decimos, absolutamente **todos**, porque a la sedición y rebelión, iniciada y mantenida por ellos, corresponde toda su responsabilidad única y exclusivamente.

Por eso, nosotros, españoles, católicos, hemos llamado a la conciencia cristiana del mundo civilizado ante al bárbaro empeño mantenido por los rebeldes, que al estrellarse un día y otro, un mes y otro mes, frente al heroico, milagroso esfuerzo invencible de nuestro pueblo de Madrid, aumenta cada vez más, en términos de crueldad inhumana inconcebible, su destrucción de muerte; derramando sangre inocente de mujeres, niños, ancianos, enfermos, heridos; destruyendo los centros de nuestra riqueza, de nuestra cultura tradicionales: museos, bibliotecas, iglesias (también iglesias), que habían sido solícitamente amparados por voluntad de nuestro pueblo, defensor de nuestra cultura, y puestos al cuidado de sus legítimos representantes en el Gobierno.

Reclamamos de la conciencia cristiana, respuesta a nuestro dolor ante tanto crimen y justa, justísima condenación de sus inhumanos culpables. Lo hicimos, lo hacemos, apelando con todo el derecho y dignidad a nuestras más hondas convicciones de creyentes católicos que siempre hemos mantenido y mantenemos, ahora más que nunca, dentro de la doctrina religiosa y moral de la fe que profesamos, y con todo el acatamiento debido a nuestras autoridades correspondientes: en el orden espiritual, dentro de sus límites expresos, la de nuestra Iglesia; en el orden temporal y político, conforme la autoridad misma de nuestra Iglesia nos aconseja, declarándonos al lado, sometidos a la única autoridad legítima de nuestra nación, a la que por su

ley constitucional y por su gobierno legítimamente la representan como expresión única y pacífica de su voluntad popular; a la autoridad, en suma, del Gobierno republicano, así reconocida por nuestro pueblo y por todos los países civilizados del mundo.

Así reconocida también, en principio, por el Vaticano, que en su declaración por el discurso de S. S., ante algunos peregrinos españoles, no ha negado esta autoridad ni su pacífica voluntad de relacionarse con ella. Mucho menos ha pronunciado una sola palabra todavía para esclarecer nuestra conciencia de que, interpretando como lícita la rebelión a la autoridad legítima de nuestro país, nos aconsejase compartir este criterio con aquellos otros españoles que así lo hicieron, arrojando la responsabilidad criminal, a nuestro juicio, de todos aquellos actos inherentes a la espantosa guerra, con la rebelión provocada y cada vez más cruelmente mantenida.

JOSÉ BERGAMÍN.

UN PROFESOR ESPAÑOL EN INGLATERRA

En el mitin del Consejo Nacional de la Paz, en el que se congregaron gran número de personalidades inglesas, entre las que se contaban Lord Churchill, Sir Peter Chalmers Mitchell, cónsul de Inglaterra en Málaga, Mr. Barriett, etc., el escritor y profesor don Enrique Moreno hizo, entre otras, la declaración siguiente:

Lo más abominable de esta guerra es la actitud de aquellos curas que han convertido las casas de Dios en fortalezas. Como católico, y de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, me pongo al lado del Gobierno legítimo de mi país, elegido y apoyado por la mayoría del pueblo español.

ENRIQUE MORENO.

*Lector de Filología en la Universidad
de Oxford.*

MANIFIESTO DE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES A LOS DEL MUNDO

En el momento que estamos viviendo resulta difícil mantener la supremacía de la razón sobre los sentimientos. Son tales los horrores de la guerra civil desencadenada en nuestra patria, que el espíritu más frío no sabría vencer su dolor, su amargura, su indignación. Una terrible responsabilidad pesa sobre aquellos que, sin preocuparse de las reglas de la conciencia ni de las exigencias de la ley, han desatado esta guerra fratricida.

Nosotros, cristianos pertenecientes a diversos estados sociales, separados

tal vez por concepciones políticas diferentes, mas unidos por el lazo natural de la misma fe en los mandamientos de Dios, decidimos elevar nuestra voz modestamente y protestar contra tantas injusticias. Cada día nos trae nuevos crímenes. De hora en hora, los sombríos nubarrones de la guerra se amontonan sobre nuestras cabezas. ¿Es posible que después de veinte siglos de historia cristiana pueda haber hombres que diciéndose católicos olviden de tal manera sus deberes elementales? No.

No queremos ni siquiera exteriorizar nuestro sentimiento sobre las brutalidades de una guerra civil en la que se violan cruelmente las reglas más primitivas, aquellas que prescriben de respetar en tiempo de guerra a la población civil: Son solamente las razones de ética cristiana las que nos determinan a protestar, con toda la fuerza de nuestras convicciones, contra un acontecimiento tan detestable como el bombardeo de nuestro querido Madrid, capital de la República española, hecho que se repite diariamente.

Con justa razón se ha dado a la orgullosa ciudad de Oviedo el nombre doloroso y sangriento de «mártir entre todas las ciudades», pero, ¿con qué nombre tendremos que designar a Madrid, destrozada por las bombas extranjeras, cercada por un ejército colonial, herida en su corazón por los asesinatos de mujeres y niños? Iglesias y hospitales, escuelas y fábricas, barrios enteros, situados a varios kilómetros del frente, son arrasados sin piedad y entierran entre sus ruinas a centenares de víctimas inocentes. La pluma se niega a describir tan horrible cuadro; el aliento falta delante de una realidad que es aún más terrible y más triste.

Es por ello que ante Dios y ante la Historia, nosotros levantamos nuestra voz para decir a todas las potencias de la tierra nuestro horror frente a tantos crímenes. Nosotros estamos sinceramente convencidos de que todos los hombres de buena voluntad están a nuestro lado.

Firmado: ANGEL OSSORIO y GALLARDO, *abogado, ex ministro*; CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ, *profesor, ex ministro*; LEOCADIO LOBO, *vicario de San Ginés, Madrid*; GARCÍA GALLEGO, *canónigo de Segovia*; JOSÉ GALLEGOS ROCAFULL, *canónigo de la catedral de Córdoba, profesor de la Universidad de Madrid*; JOSÉ BERGAMÍN, *escritor*; JOSÉ M.^a SEMPRÚN, *escritor, ex gobernador de Toledo*; JOSÉ CARNER, *escritor*; EUGENIO IMAZ, *escritor*.

LAS JUVENTUDES CATÓLICAS

En el mes de diciembre de 1936 se celebró en París el Congreso de las Juventudes Democráticas antifascistas, al cual asistió una delegación de los jóvenes católicos vascos, que expusieron ante aquella asamblea un largo informe de la situación de la juventud cristiana en Vizcaya. Un párrafo de dicho informe decía:



Durango. Monjas conversando con las fuerzas motorizadas, después del bárbaro bombardeo de la aviación alemana.



Bilbao. Entierro de una de las víctimas de la aviación alemana.



Los niños que van a ser alejados de la barbarie facciosa son llevados por monjas al barco que ha de conducirlos.



Soldados vascos tomando la comunión antes de partir para el frente.

Los nacionalistas vascos católicos luchamos hoy con todas nuestras fuerzas contra el conglomerado fascista de militares, carlistas y falangistas españoles. Defendemos la memoria de inocentes sacerdotes y mujeres criminalmente asesinados por los militares y sus aliados en las provincias de Álava, de Navarra y de Guipúzcoa, sin juicio y, casi siempre, sin declaración alguna por parte de las víctimas.

Protestamos contra la muerte de millares de hombres caídos ante el furor fascista. Los lugares y los caminos más apartados de los cementerios y hasta las plazas públicas de las provincias vascas, gritan hoy y protestan contra un procedimiento tan inhumano.

Allí duermen su sueño eterno nuestros mártires.

EL CLERO VASCO SE DIRIGE AL PAPA

Carta que el clero vasco dirigió al Sumo Pontífice para hacer constar que la vandálica destrucción de Durango y Guernica se debió a la acción de los aviones alemanes.

Beatísimo padre:

El clero vasco de la diócesis de Vitoria, sometido al Gobierno de Euzkadi, postrado a los pies de Vuestra Santidad, representado por los sacerdotes que suscriben, testigos oculares algunos, y todos con plena y absoluta certidumbre de los hechos notorios que se exponen, a Vuestra Santidad, con el más humilde acatamiento, dicen:

Que, desde que el Gobierno vasco ejerce su autoridad (7 de octubre de 1936) en esta zona de la diócesis de Vitoria, el clero, no sólo ha sido respetado en sus derechos y en su acción sacerdotal, en el ejercicio del culto y en su vida e intereses personales, sino que ha recibido el apoyo del Gobierno para todo ello, como ha podido apreciarse en la organización del Seminario Conciliar, en la exención de los sacerdotes del cumplimiento de las leyes militares en los frentes de guerra, en las garantías y defensas que ha prestado para el ejercicio del culto y en todos los aspectos de la vida eclesiástica; aunque es cierto que, antes del advenimiento de este Gobierno, se cometieron atentados contra sacerdotes y lugares sagrados singulares, y alguno también después del 7 de octubre, burlando la vigilancia de la autoridad.

Que el 31 de marzo último fué bombardeada la importante villa de Durango, destruyéndose en gran parte, derrumbando su magnífica iglesia parroquial de Santa María y la iglesia moderna de los Padres jesuitas, causando la muerte a dos sacerdotes que en aquel momento ejercían su ministerio y a multitud de fieles que asistían a misa, arruinando el convento de religiosas Agustinas y matando a trece de ellas y causando innumerables víctimas.

Que, asimismo, el día 26 de abril la aviación al servicio del Gobierno del general Franco, bombardeó y ametralló horriblemente la venerada villa de Guernica, incendiando la iglesia de San Juan, dejando maltrecha la de Santa María, reduciendo a escombros casi todos los edificios de la villa, ametrallando sin compasión a sus habitantes cuando corrían despavoridos, huyendo de los derrumbamientos e incendios que los circundaban y causando centenares de muertos. Los aviones, que volaban impunemente, casi a flor de tierra, veían perfectamente las ruinas y víctimas que causaban, a las cuales perseguían con conciencia plena de lo que hacían.

Semejante conducta y parecidos efectos observaron y causaron en otros pueblos como Arbacegui y Guerricáiz, siguiendo la misma labor destructora de bombardeo en otros poblados y caseríos.

Estos hechos que aquí consignamos, de cuya realidad damos testimonio consciente, firme y sereno ante Vuestra Santidad, son los mismos que en sus informaciones oficiales ha publicado el Gobierno vasco, cuya verdad se ha querido negar, atribuyendo ruinas e incendios a los soldados del mismo Gobierno; y, ante esta difamación de nuestro pueblo, nosotros, el clero vizcaíno se cree en el deber de hacer llegar a Vuestra Santidad la voz de la realidad, que nosotros afirmamos y atestiguamos, ante Vuestra Santidad, nuestro Padre común, a quien necesitamos decir nuestro dolor y nuestra tribulación en estos días de guerra cruel.

En nombre de todo el clero vasco, de este pueblo fiel a su historia religiosa, aun en los momentos más duros de una guerra cruelísima, los sacerdotes que suscriben, accediendo al ruego respetuoso del presidente del Gobierno de Euzkadi, deseoso de hacer llegar a Vuestra Santidad la voz de la verdad, hacen esta declaración, que la consignan libre, serena y gustosamente, estimándola en toda razón y justicia, y ofrecen a Vuestra Santidad el testimonio de la humilde veneración y profundo acatamiento, con que se postran a los pies de Vuestra Santidad.

Bilbao, a 11 de mayo de 1937.

El vicario general, RAMÓN GALBARRIATU; canónigo chantre de Vitoria, PEDRO DE MENCHACA; cura ecónomo de los Santos Juanes (Bilbao), AGUSTÍN ISUSI; cura ecónomo de San Antón (Bilbao), ENRIQUE LEDESMA; cura encargado de San Nicolás, JOSÉ MARÍA DE MARCOARTU; cura ecónomo de Deusto (Bilbao), JOSÉ DE ELORDI; cura encargado de Begoña, FORTUNATO UNZETA; coadjutor de Guernica (testigo ocular), EUSEBIO DE ARRONATEGUÍA; arcipreste de Durango (testigo ocular), FRANCISCO DE ABAITÚA; cura encargado de San Vicente, FELIPE GASTAÑATORRE; cura ecónomo de Indautxu, GETULIO ARANZABAL; cura ecónomo de Santiago, ALEJANDRO DE ECHEVARRÍA; cura encargado de la Sagrada Familia (consiliario de las Juventudes Católicas de Vizcaya), JESÚS DE ORBE; cura ecónomo de Abadiano (testigo ocular), PEDRO DE ATUCHA; coadjutor de Murélagu (testigo

ocular), DIONISIO DE OAR-ARTETA; *coadjutor de Arabicequi (testigo ocular)*, PASCASIO ECHEZÁRRAGA; *coadjutor de Guericáiz (testigo ocular)*, EUGENIO ARANAZ; *coadjutor de Berriatúa, (testigo ocular)*, MATÍAS DE URIBE; *cura encargado de Elorrieta*, MANUEL DE MADARIAGA; *coadjutor de Santa Ana (testigo ocular)*, JUAN DE MENDIVE; *coadjutor de Larrauri (testigo ocular)*, JOSÉ M^a DE OAR-ARTETA; *coadjutor de Marquina (testigo ocular)*, JOSÉ ANTONIO DE OAR-ARTETA.

LOS ACTOS DE CULTO EN LA ZONA LEAL

LOS CURAS CUMPLEN CON SU DEBER

Eduardo Castillo, diputado a Cortes, y Marcelino Martín, comisario delegado de Guerra en campaña, dirigieron al embajador de España en Bruselas (actualmente en París), señor Ossorio y Gallardo, la siguiente carta:

Para que usted pueda contestar a los que hablan de la intransigencia religiosa del ejército del pueblo español; para que su conciencia de católico no tenga ni el menor resquemor de haberse sumado a nuestra causa, y para que sirva de respuesta y de trallazo a los que han invadido España con la bandera de la religión en alto, le enviamos el siguiente relato de una de las escenas de guerra ocurridas en el frente de Guadalajara:

Cerca del pueblo de Masegoso, de donde echó nuestra fuerza de la Brigada 72 a los invasores italianos, habían quedado abandonados por nuestros enemigos dos camiones repletos de munición y vestuario; por disposición del mando, un pelotón de 12 hombres, aprovechando la obscuridad de la noche, se acercó a los camiones abandonados. Iba en este pelotón un cura de aldea, el párroco de Copernal, Ambrosio Ayuso, que lucha a nuestro lado. El resto del pelotón eran camaradas socialistas, camaradas comunistas y un compañero de la C. N. T.

Al llegar al sitio donde los camiones estaban, se observó que yacían entre el agua y el fango ocho cadáveres de italianos que fueron abandonados por sus compañeros en la huida. Dos capitanes, un teniente y cinco camisas negras eran los muertos. El sacerdote que acompañaba al pelotón como Comisario político, se acercó a los cadáveres, se descubrió, rezó las oraciones funerales y encomendó a Dios el alma de los muertos. Nuestros camaradas socialistas, comunistas y sindicalistas ni lanzaron una protesta ni hicieron un comentario. Respetaron al sacerdote que cumplía con su deber, enterraron a los muertos y regresaron a nuestras líneas con los dos botines: el de las cajas de munición quitadas al enemigo y el de la satisfacción de haber cumplido un deber de tolerancia, de respeto y de perdón.

Lo que no supieron hacer los curas de almas del ejército italiano lo hicieron los soldados del ejército rojo, en el que florece siempre una flor de Humanidad.

El Comisario de la Brigada se complace en comunicarle el hecho para su satisfacción de católico y de amigo.

Cifuentes, 13-4-1937.

El Comisario de la División y Diputado,

El Comisario de la Brigada 72,

EDUARDO CASTILLO.

MARCELINO MARTÍN.

ORACIONES EN LAS TRINCHERAS

Toda la prensa publicaba en el mes de mayo uno de los muchos hechos de la misma naturaleza ocurrido en el frente de Madrid.

Durante uno de los combates habidos en uno de los sectores de las afueras de la capital, resultaron mortalmente heridos cuatro soldados republicanos. Uno de ellos recomendó se llevara a su madre un retrato de la misma que llevaba encima, juntamente con uno suyo.

Otro de los heridos expresó deseos de rezar un Padrenuestro, y como no se acordaba de la oración, el cronista de guerra del diario «C. N. T.» le ayudó a rezarlo. Los cuatro murieron pidiendo se pusieran cruces en su sepultura, deseo que fué cumplido por afiliados de la C. N. T.

LA REAPERTURA DE TEMPLOS

Uno de los ministros del actual Gobierno, hizo, en mayo pasado, unas declaraciones al representante de la «United Press», que publicó la Prensa que se sirve de esa agencia periodística.

Entre otras cosas el ministro de la República manifestó:

«La Iglesia católica apostólica y romana puede existir en España con los mismos derechos que cualquier otra Iglesia. El que, en momentos de revuelta y en algunas regiones y ciudades, las masas excitadas, y en muchos casos con razón, hayan creído ver identificados a los individuos principalmente jerárquicos del clero con los elementos rebeldes explican; pero no justifican, los lamentables vicios que el Gobierno cuidará de que no se reproduzcan.»

Por otra parte es sabido que en diversas ocasiones se ha hablado de la posibilidad de restablecer el culto público en aquellas ciudades que aun lo tienen interrumpido, y son muchas las gestiones que abiertamente llevan a cabo algunos elementos católicos, entre ellos varios sacerdotes, para conseguir la vuelta a la normalidad.

MANIFESTACIONES DEL SEÑOR IRUJO A LA PRENSA EXTRANJERA

A primeros de agosto el ministro de Justicia del Gobierno de la República, señor Irujo, vasco y católico, hizo a los informadores de la Prensa extranjera las siguientes manifestaciones:

El Gobierno legítimo de España reconoce la libertad religiosa. La ha reconocido en el pasado y no ha cambiado de actitud. Lo que ha sucedido es que la mayor parte de los altos dignatarios de la Iglesia unieron sus actividades a las de los rebeldes. Esto atrajo la enemistad del pueblo que defendía la República, y ha sido la causa de todas las violencias ocurridas. En un Consejo de ministros celebrado recientemente, yo toqué la cuestión de la libertad religiosa de acuerdo con las leyes vigentes, solicitando autorización para abrir todas las iglesias en todas las regiones de la España leal. El Gobierno está de acuerdo con mi programa, según quedó demostrado con las recientes declaraciones del señor Giral a la Prensa:

«El Gobierno no considera el momento actual como el más propicio para la apertura de las iglesias; en vista de lo cual ha decidido, por ahora, autorizar el culto en privado y volver a poner en vigor la ley de cultos y congregaciones para que la libertad de acción sea concedida a sacerdotes y monjas en todas las regiones de la España leal. De ahora en adelante se autorizará a los sacerdotes a celebrar en privado, y espero que esto permitirá muy pronto la completa aplicación de las disposiciones referentes a la libertad de culto.»

El número de religiosos que, como consecuencia de dichas manifestaciones y disposiciones, se beneficiarán de la ley, es de unos 14.000.

El domingo, 15 de agosto, día de la Asunción, se celebró ya la primera misa en privado, a la que asistieron el ministro de Justicia, algunos miembros del Cuerpo diplomático y muchos particulares.

MONJAS EN MADRID

En el refugio vasco que el Gobierno creó en Madrid, para atender a los refugiados de aquella región, viven varias religiosas que, procedentes de diversos conventos de Madrid, han acudido a atender las necesidades de sus paisanos.

En varias habitaciones del edificio viven las monjas y, excepto las más ancianas, todas trabajan. Hacen labores, limpian, cocinan y cosen para los

soldados. Se han adaptado rápidamente a su nueva vida y están contentas. Cada una cumple escrupulosamente con la función que le ha sido designada. Casi todas fueron de clausura. Las hay jóvenes y viejas. Desde la novicia hasta la que lleva cincuenta y seis años de vida conventual. He aquí sus nombres y las Órdenes a que pertenecían:

AGUSTINAS, de Colmenar de Oreja: *Dominica Larrañeta y Damiana Hernández*; CONCEPCIONISTAS, de Torrijos y Escalona: *Josefa Martínez, María Hicola, Matea Alonso, Engracia López Uribarri y Gabriela Albalá*; CARMELITAS, de Don Benito: *Luisa Azcoaga Lazcano, María Josefa Lizasoain y Rosa López Castell*; CAPUCHINAS, de Toledo: *Ramona Goñi y Pilar Jiménez*; ADORATRICES, de Madrid: *Úrsula Gárate*; ÁNGELES CUSTODIOS: *de Chamartin: Juana Guipúzcoa*; MERCEDARIAS: *María Luisa Unsurrungaza, Luciana Echevarría y Mirén Arrigazagaza*; HERMANAS DE LA CARIDAD: *Josefa Toribio Fernández y Adoración Martínez*.

El periodista Hernández Girval, de la redacción de la revista «Estampa», celebró una entrevista con estas religiosas. Hablando de los milicianos los colman de elogios.

«—Son muy buenos, muy buenos—dice, conmovida, Úrsula Gárate, anciana de setenta y cuatro años que lleva cuarenta y dos de religiosa—. El día que me sacaron del convento me llevaron a un centro comunista. Yo llevaba mucho miedo, pero duró poco tiempo. Unos jóvenes me trataron con todo respeto, me dieron de comer y prometieron que no me pasaría nada, y aquí estoy sana y salva y muy contenta. El pueblo es muy noble. ¡Si los ricos no le hubieran maltratado tanto!

—Mire, madre—dice Juana Guipúzcoa, una religiosa que posee el quinto año de Medicina—; la culpa fué de las altas autoridades de la Iglesia, por haber puesto la religión al servicio de los poderosos, en vez de al servicio de los humildes. Esto hizo Jesús. Lo demás es ir contra su doctrina. ¡Y quién sabe si, en verdad, era necesario un gran revulsivo para barrer muchas cosas y que vuelva todo a su primitivo estado de pureza!

—¿Usted espera ese momento?

—¡Cómo no! El pueblo pelea con la razón y es lo suficientemente inteligente para distinguir lo bueno de lo malo. Conservará aquello y hará desaparecer esto. Yo me he horrorizado viendo cómo la aviación rebelde convertía en ruinas las iglesias y mataba a los niños. ¡En nombre de Dios no se puede matar! No es cristiano quien piense lo contrario. ¡Dios mío, que horror de guerra!

—Yo ingresé en el convento por vocación—me dice la hermana Mirén Arrigazagaza—. Mi padre era un liberal muy significado. Pertenecía al partido nacionalista vasco, y durante la dictadura de Primo de Rivera fué muy

perseguido. Al fin lo encarcelaron y en la cárcel murió. A mi hermano le cogió el movimiento en Mondragón, que está en poder de los facciosos, pero huyó y se presentó a nuestro Gobierno en Bilbao. Ahora está en el frente del Norte.

—¿Y, usted, se encuentra satisfecha?

—Estoy muy agradecida a todos. No han tenido para mí más que atenciones. ¡Son muy buenos con nosotros!

La más vieja de las refugiadas, Ramona Goñi, capuchina de Toledo, tiene 75 años.

—Sinceramente, ¿esperaba usted que las acogieran de una forma tan cariñosa?

—Sí—me dice sin vacilar.

—¿Cuántos años llevaba usted de clausura?

—Cincuenta y seis.

—¿No ha sido una sorpresa para usted comprobar que no somos tan malos como les decían?

—Era falso todo, ¡todo!—repite con energía—. Nadie me hizo mal desde que salí del convento. Yo he estado entre republicanos, entre socialistas, comunistas y anarquistas; pero a mí me han tratado con respeto. Pecaría si dijese que no había sido así. Dios sabe que es cierto cuanto digo. El les pague todo cuanto por mí han hecho.»

Como puede verse por el anterior ejemplo, que no es, ni mucho menos único, en Madrid las religiosas viven satisfechas y respetadas por el pueblo.

MONJAS DE ANDALUCÍA

El diario «Ahora», órgano de las Juventudes Socialistas Unificadas, publicaba el 2 de abril de 1937 la siguiente crónica de su corresponsal en Andújar:

Cuando estalló la sublevación, había en Andújar un colegio de niños dirigido por monjas.

—Estad tranquilas—se les dijo—; contad con nuestro respeto. Más aún, con nuestra protección. Si queréis, podéis marcharos, pues nosotros mismos os facilitaremos medios.

Ninguna quiso marcharse.

—Nos quedamos aquí. Para algo serviremos. Que disponga el pueblo de nosotras. ¿Para qué nos necesitáis?

Se las necesitaba para enfermeras. Y de enfermeras fueron, y como tales trabajan en el Hospital Municipal.

Eran ocho. La superiora, sor Concepción; sor Teresa, sor Manuela, sor Joaquina, sor Asunción, sor Henar, sor Eloísa y sor Magdalena.

—Nos tratan muy bien—dice una.



Antiguas monjas franciscanas, que ahora son enfermeras de un hospital de Andújar.

—Estamos contentísimas.

—Comemos mejor que nunca.

—Ustedes perdonen que les hable de esto: ¿Siguen haciendo sus prácticas religiosas?

—En común, no; no tenemos tiempo; casi nunca estamos todas reunidas.

—¿Entonces...?

—Sí, particularmente, todas seguimos siendo lo que éramos, pero mejores...

—¿Se las ha insinuado algo en este sentido?

A coro contestan:

—¡No, no; nunca! Nadie nos ha dicho nada.

—¡Ni al principio! El señor coronel, el alcalde, que es socialista, únicamente se interesó por el funcionamiento del hospital. Y don Antonio Valdés, el médico, ha tenido con nosotras muchas delicadezas.

—Don Antonio Valdés, ¿está significado políticamente?

—Sí; es comunista.

He aquí las monjas que no quisieron abandonar a los «rojos». Entre sus plegarias habrá, seguramente, alguna para los hijos del pueblo ametrallado aquellos días por los asesinos fascistas, quizá para nosotros mismos...

MONJAS DE CASTILLA

En la turbamulta de los primeros días de la rebelión fascista muchos conventos fueron abandonados por sus residentes, que creyeron estar en mayor seguridad refugiadas en domicilios particulares.

A fines de julio de 1936 un grupo de diez religiosas fué detenido cuando deambulaban por las calles en busca de un hogar donde acogerse. La detención duró poco. Las mujeres antifascistas prepararon una residencia para que estas monjas pudieran vivir tranquilas.

Los primeros días de vida en común fueron difíciles; la nueva existencia era, sobre todo, una vida distinta. Pero lo más importante de todo lo nuevo es la delicadeza con que las atienden y las han provisto de un confortable alojamiento. No podían comprender que aquella gente, de la que tan mal concepto habían formado, se ocupasen de unas religiosas.

Una de las monjas, la más vieja, murió a los pocos días. Sus compañeras la rodearon en silencio.

Las monjas parecían no atreverse a algo.

Alguna miraba con miedo a la calle, por la que desfilaban los soldados.

Cuando se acercó una joven camarada que conocía el fallecimiento, se volvieron todas con sus miradas hacia ella.

—Si quieren rezar, ¿por qué no rezan?

No le contestaron.

—Nadie se opone a que recen, y nadie va a interrumpirlas.

Cuando abandonó la sala, dos de aquellas monjas comenzaron ya su rezo, lento, monótono.

Y el coro se hizo cada vez más alto, más rítmico y emocionante.

Este primer núcleo de diez religiosas fué aumentando hasta quedar constituido por sesenta. Cosen ropas de soldados, prendas para los combatientes.

Comen bien. Nada les falta, y por ningún motivo se las coacciona.

Una pobre viejecilla, que estuvo siempre entre enfermos, preguntaba si nosotros perseguíamos la religión. Se le explica que no, y dice:

—Créame usted. Cuando en una iglesia se ponen ametralladoras, deja de ser la casa de Dios.

Es la misma que al salir he sorprendido llorando en un pasillo de la casa, frente a los «afiches» del 5.º Regimiento en los que hay fotografías de mujeres y de niños muertos por las bombas de los aviones alemanes.

Una alma buena, como tantas y tantas otras envenenadas por un catolicismo sin espíritu cristiano.

(Extracto de un artículo de «Estampa» firmado por Mariano Perla.)

LA RELIGIÓN EN EUZKADI

Las personalidades extranjeras que han visitado la zona leal han podido comprobar que si bien el respeto a la religión es, actualmente, la norma en toda la República, en el País Vasco es donde más exaltado está el sentimiento religioso. J. E. Putterman ha escrito en la Prensa extranjera varios artículos. En uno de ellos describe su visita a Vizcaya.

«En el País Vasco no existe conflicto alguno entre las aspiraciones republicanas de la población y la Iglesia. Son demasiado numerosos los sacerdotes vascos fusilados por los facciosos por haberse negado a hacer causa común con los enemigos del pueblo. Yo he encontrado en Bilbao más de un cura que se vió obligado a huir del infierno fascista. Y el mismo obispo de Vitoria se ha visto obligado a abandonar su obispado, hoy bajo la dominación de Franco, para ir a refugiarse en Roma.

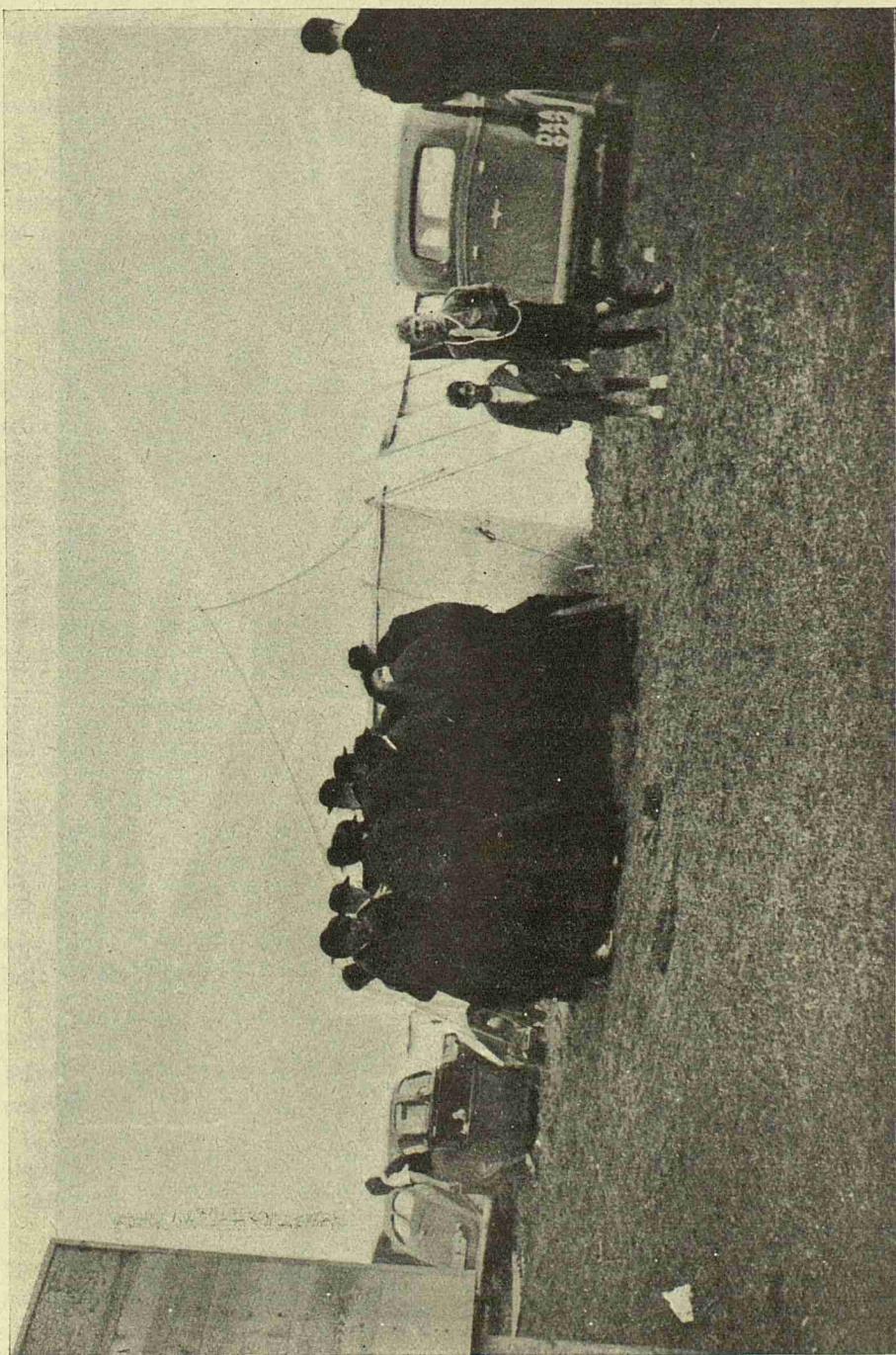
He aquí la iglesia de San Vicente, en Bilbao. Es domingo. Las misas se suceden sin interrupción. Una multitud densa sale de la iglesia. Otra multitud espera en el atrio para entrar. Hombres, mujeres, niños. A las nueve, un batallón, con sus jefes y clases, abandonan la iglesia. Una orden breve. Se forman las filas y, a paso lento, los milicianos vuelven a su cuartel.

Un cuarto de hora más tarde vuelvo a observar escenas parecidas ante otras iglesias de la ciudad.

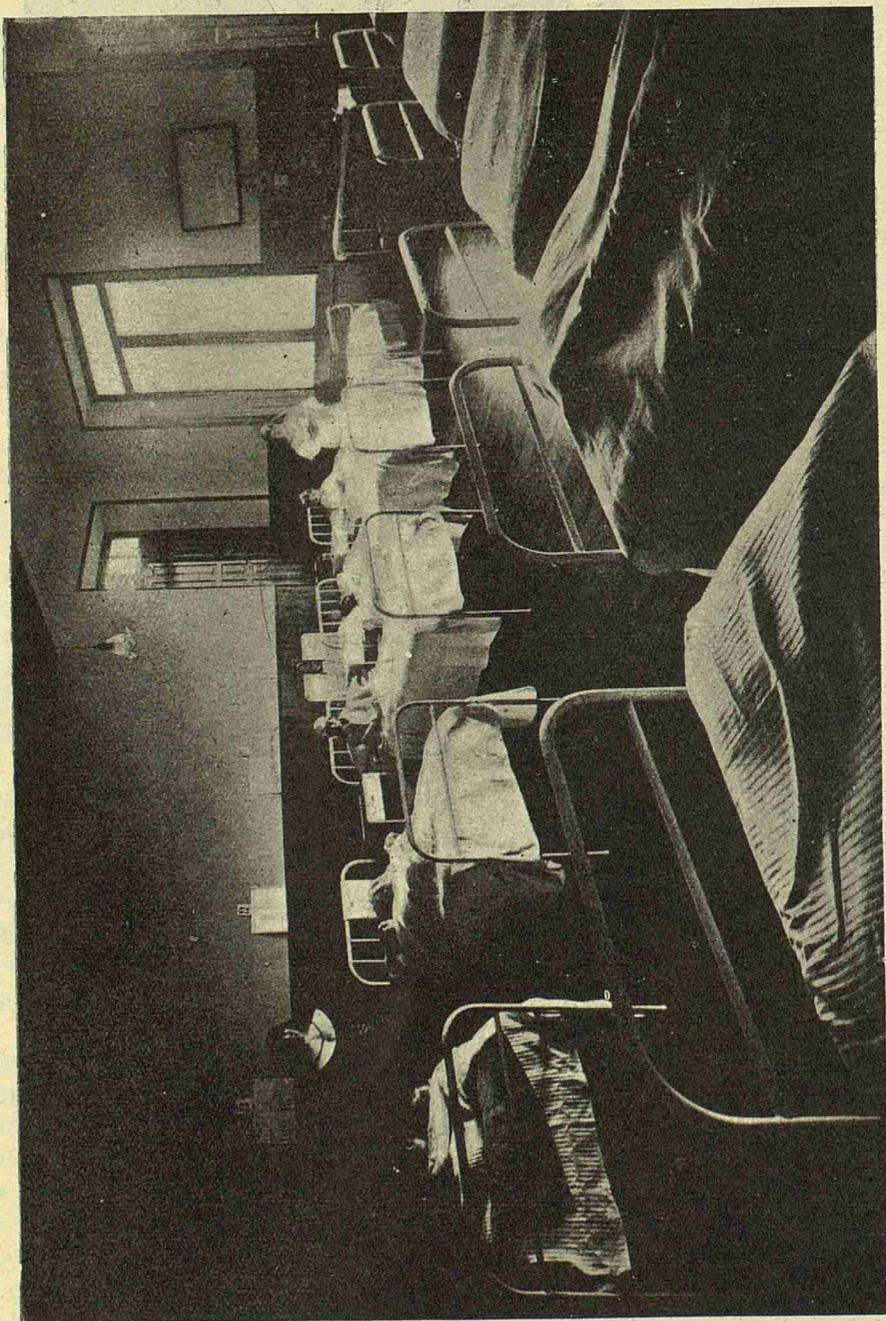
A la mañana siguiente tuve ocasión de asistir a una misa de campaña celebrada en el frente. Todos los batallones tienen sus limosneros. Sus curas acompañan a los combatientes a las primeras líneas, bajo el fuego enemigo. Uno de ellos me dijo:

—No, no estamos armados. Para servir a Dios no es preciso llevar armas. Parece que en el otro lado hay curas disparando el fusil o la ametralladora. Nosotros, sacerdotes vascos, no queremos ir contra el pueblo. Por otra parte, no hacemos más que seguir el ejemplo de nuestro obispo.

He visitado también el claustro de Ochandieta, a una veintena de kilómetros de Bilbao. El magnífico edificio, cuya construcción data del siglo XVII, permanece intacto. Los hermanos (cuyo noviciado es célebre en todo el mundo católico), se pasean tranquilamente por el jardín. He podido asistir a una misa celebrada en la capilla del convento. Los milicianos estaban confundidos con los demás fieles. El padre superior me permitió subir al coro. Una atmósfera de perfecta serenidad reinaba bajo la sombra de las bóvedas. Un hermano, con los ojos cerrados, se había sentado ante el órgano. Sus dedos ágiles corrían sobre el teclado. No. Ni él ni ninguno de los hermanos que le acompañaban en sus cánticos tenían el aire de hombres martirizados.»



Sacerdotes españoles que dirigen un campo de niños refugiados.



Preventorio infantil atendido por religiosas.

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

Por su parte, el periodista Paul Gillet escribía en la Prensa extranjera el siguiente artículo:

«Domingo. Sobre Bilbao luce un sol espléndido. Desde el bar donde tomo el aperitivo, veo desfilan la vida más ordenada, normal y animosa.

Ante un estruendo marcial de trompetas y tambores, salgo, como todos los demás que llenan el bar, a ver el desfile. ¡Entusiasta desfile! Las gentes desbordan de entusiasmo; sobre el noble airón de boinas y bayonetas, van flotando dos banderas: la republicana y la de Euzkadi libre. El sol, la mañana y las cornetas me hacen seguir al batallón como uno de tantos mozuelos. Y veo (sin asombro, porque ya me lo habían anunciado) que las filas uniformadas entran por la puerta ojival de San Vicente, donde, como en todas las iglesias de Bilbao, se dicen misas desde el alba y salen los fieles, «los católicos republicanos», de otra misa anterior. En todos observo algo del atuendo que la guerra impone: muchachas con las chaquetas milicianas y el velillo; hombres con la estrella antifacista en la solapa. Todos estos son los católicos de la España roja, que siguen oyendo su misa y dando su entusiasmo—y lo que es más, su sangre heroica—por la República democrática.

Sin embargo, donde me espera la mejor confirmación de todo esto es en un convento de las cercanías. Después de recorrer la magnífica serie de fábricas vizcaínas, en las que trabajan con el mismo ahinco nacionalistas vascos y comunistas, anarquistas y católicos; donde no se apagan los hornos y las chimeneas, que siguen vomitando densos humos que se expanden sobre Bilbao; después de oír a fabricantes y soldados, todos con gran impaciencia por ganar la guerra, he llegado hasta este convento situado en lo alto.

Un campanillazo sonoro me franquea la puerta. Un hermano, viejo y cegato, con antiparras y hábito color de chocolate, me invita a pasar.

Y aquí veo lo que me faltaba para redondear mis notas de viajero y mis ojos de observador. Aquí me encuentro con que el monasterio es medio cuartel, medio convento; con que monjes y milicianos fraternizan hasta tal punto que éstos, los soldados de la República, comen en el refectorio de los frailes, bajo la gran cruz que lo preside y junto a las inscripciones devotas.

Aquí un fraile me cuenta cómo un hermano suyo en religión tuvo que huir de la furia fascista, y que elevan preces por el triunfo popular, y que el propio obispo de la diócesis ha tenido que marchar de su residencia habitual perseguido por los falangistas y las hordas de Franco.

Ante la impresionante emoción del órgano místico y el son escandaloso de las trompetas, del olor a incienso y bulla fusilera, el fraile que me muestra el convento quiere explicarse. Y me dice esto:

—Ninguno de nosotros tomará un arma en sus manos, porque eso lo castiga Dios. Pero todos deseamos, con todas nuestras fuerzas, el triunfo de estos valientes muchachos que defienden el país de la invasión y luchan por la independencia de la patria.»

*

El deán de Canterbury, que fué a Bilbao formando parte de una delegación expresamente enviada para investigar las cuestiones religiosas en España, afirmó, desde la Radio Bilbao, el 2 de abril de 1937, que «el Gobierno vasco nos ha dado todas las facilidades para investigar y examinar. Hemos visitado iglesias, y varios de nosotros hemos oído misa esta mañana. Yo mismo fui a la iglesia próxima a mi hotel, una iglesia grande en la que cuatro sacerdotes estaban celebrando en diferentes altares. En una de las más grandes y más famosas de Bilbao, el cura nos dijo que habían administrado la comunión el domingo anterior a 7.000 personas».

*

Miss Mónica Whitly, miembro del Labour Party inglés, y miss Beer, escritora inglesa, ambas católicas, escribieron: «No existe en el País Vasco escisión alguna entre la vida social, la vida política y la vida religiosa. Sacerdocio y pueblo forman un todo único, y, en toda la región vasca en poder de los leales, no hay una sola iglesia que no haya sido respetada por los republicanos».

Tal era la situación de los católicos en el País Vasco en toda la zona que permaneció leal a la República. Ya veremos, páginas más adelante, cómo ha cambiado la decoración en cuanto Franco ha ido dominando parte de aquel territorio.

MONJAS EN VALENCIA

Cuando la corresponsal de la «Agencia España» visitaba el convento y, acompañada de la superiora, penetró en una gran galería de cristales que da a un jardín deslumbrante de sol y de flores rojas, unas cien mujeres, inclinadas sobre las labores, cosían en silencio. Tan sólo se oía el ruido apagado de las máquinas de coser, procedente de la habitación contigua.

Estas obreras, que hacen camisas para los soldados y blusas para los prisioneros, son religiosas de diferentes órdenes: franciscanas, agustinas, hermanas de San Vicente de Paúl, del Santo Sacramento, de San José de la Montaña. De las ciento cuarenta religiosas que viven en el convento, ochenta y dos son Hermanitas de los Pobres, que antes del levantamiento se ocupaban de los servicios del Asilo de Ancianos, que se encuentra en el mismo edificio. Las religiosas pertenecientes a las otras órdenes proceden de distintas zonas de guerra, de donde han sido evacuadas. De la misma procedencia llegaron el 2 de agosto a Madrid doce Hermanas de San Vicente de Paúl.

La instalación en el convento del taller de costura, ha permitido a las hermanas ganar dignamente su pan. Cosen de ocho a nueve horas diarias, «más

Bien nueve—declaró la superiora—, pues muchas son aprendizas, aún lentas en el trabajo».

Como la práctica del culto está autorizada, las religiosas se reúnen todas antes y después de las comidas, rezan juntas el rosario, las letanías y oraciones de la tarde y comentan textos piadosos. El ministro de Justicia tiene la intención de enviarles, en fecha próxima, un sacerdote que sea a la vez director espiritual y administrador.

Al notar la corresponsal en el dormitorio, al pie de una estatua de San José, una minúscula cesta de papel llena de objetos heterogéneos y diminutos, la superiora le explicó que las Hermanitas de los Pobres sienten una especial devoción por San José, que las protege. Las Hermanitas le habían pedido, hace algunos días, les suministrara de todo lo que habían colocado en pequeñas cantidades en la cesta: garbanzos, aceite, leña, carbón y jabón. El «milagro» se cumplió ayer: las hermanas recibieron lo solicitado. Pero el camión que traía los víveres venía directamente del ministerio de Asistencia Social.

Este convento de Valencia no es el único que está abierto. Según ha declarado la superiora a nuestra corresponsal, de veintidós casas de Hermanitas de los Pobres, catorce han permanecido siempre abiertas. Y en todas estas casas ha sido instalado un taller o un lavadero como el de las Hermanitas de los Pobres de Castelló, encargadas de cuidar la ropa de los hospitales de Benicasín. («Agencia España», París.)

EL TESORO ARTÍSTICO ECLESIASTICO

El enviado especial de «Le Petit Journal» publicaba en las páginas de este rotativo el siguiente reportaje:

«Desde hace siglos existe en España una aristocracia religiosa que ha dejado de servir a la religión cristiana para convertirse en casta privilegiada, alejada del pueblo y de su inmensa miseria, y puesta exclusivamente al servicio de las clases dominantes.

Es natural que en los sitios donde la Iglesia se ha mostrado como enemiga del pueblo, éste la haya considerado como tal.

Los «nacionales» deberían mostrarse menos sorprendidos que nadie, pues en el País Vasco han ejecutado a muchos sacerdotes «culpables» de haber permanecido fieles a la causa del pueblo.

Los aviones rebeldes han destruído iglesias, como destruyen hospitales.

Los tesoros artísticos que contenían las iglesias de la zona leal han sido salvaguardados.

En el arzobispado de Madrid, la mayor parte de las salas están cerradas y guardadas. Se protegen los tesoros artísticos, las Biblias iluminadas, los esmaltes, los muebles y tapices antiguos.

El responsable de Intendencia nos ofrece visitarlos.

—Voy a llamar al archivero—dice.

Vimos entrar un muchacho alto, con una barba de tres días y con el fusil colgado al hombro. Era el archivero. Nos inició en los misterios de sus dominios. Los papeles no se han ordenado todavía, pero nadie tiene derecho a tocarlos, ni siquiera para ordenarlos, sin autorización escrita del responsable. Hay allí elementos de un museo educativo que probará la alianza del alto clero con los enemigos del pueblo: fotografías dedicadas de Alfonso XIII, de la boda de Gil Robles, un Libro de Oro en el que se mezclan las firmas de los generales rebeldes, de los duques y de los banqueros.

Ante una caja de caudales, el archivero nos explica que, el año pasado, un hermano suyo tenía enfermo a su hijo, y careciendo de dinero para cuidarlo pidió al obispo un socorro de cien pesetas, a lo que el obispo hizo contestar que no podía concedérsele. Y el niño murió. El día 19 de julio, después de la toma del Cuartel de la Montaña y del fracaso de los rebeldes, el padre del muchacho muerto fué uno de los primeros en entrar en el arzobispado y tuvo que abrir la caja de caudales. Se hallaron allí diez y ocho millones de pesetas en billetes del Banco de España, que fueron remitidos a los poderes constituidos sin tocar un céntimo. Esta anécdota muestra de una manera definitiva lo que era el clero español ligado a las potencias del dinero, y los católicos franceses no podrán comparar la actitud del obispo de Madrid con la del cardenal Maurín, que murió empobrecido por la caridad.»

LOS CATÓLICOS ANTE LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA

Entre las personas que los tribunales de la República han procesado por agresiones comprobadas o supuestas al régimen, se encontraban, como es lógico, algunos católicos, e incluso sacerdotes. Los procesamientos, como es de suponer, nada tenían que ver con la condición religiosa de los acusados; se trataba, simplemente, de dilucidar la parte de culpabilidad que tuviesen en la sublevación fascista, bien por haber sido sorprendidos en flagrante delito o bien por sospecharse de ellos.

La Justicia republicana, al contrario que la facciosa, hace honor a su nombre. Los fallos de los jueces, para nada tenían en cuenta las ideas de los procesados, y sí, únicamente, los delitos que hubiesen cometido.

La Prensa publica a diario absoluciones de católicos, pertenecientes a agrupaciones políticas y de sacerdotes.

Un tribunal de Barcelona dictó una sentencia que merece ser destacada, porque en ella, además de los resultandos y considerandos, propios de estos documentos, se hacía constar que las ideas no delinquen. Se trataba de un acusado de actividades fascistas. Declaró que era católico. La prueba le fué favorable, y el tribunal le absolvió, haciendo presente que no condenaba las ideas, pues las ideas no delinquen. El fallo fué acogido con gran complacencia por el público que asistía a la vista.

*

Veamos algunos extractos de Prensa en los que se da cuenta de sentencias de este mismo tipo.

«Se ha visto la causa contra Pedro Pujadas, al que le fueron ocupados gran cantidad de objetos religiosos.

Los testigos dieron buenos informes del procesado. El fiscal ha retirado la acusación, por entender que a quien hay que perseguir es a los rebeldes y a los que se han sublevado contra la República; pero no por el mero hecho de tener ideas religiosas, pues esto no es delito.»

*

«Barcelona, 27-2-37.—Ante el Tribunal Popular ha terminado la vista de la causa contra los curas Francisco Serra y Juan Toldrá. El presidente del tribunal manifestó que el informe que se tenía de los procesados era de que éstos intentaban huir al extranjero. No se les ha impuesto ninguna pena, y únicamente se les ha proporcionado trabajo. Los procesados agradecieron al tribunal su justa actitud.»

*

«Recientemente, los Tribunales han juzgado a dos religiosas, detenidas por acusárselas de hostilidad al régimen.

Eran las procesadas sor Carmen Strani Martí, de la Orden de Hermanas de San Francisco, y sor Joaquina Pollarnelo Mallo.

Fueron absueltas, ingresando la de más edad en un refugio para ancianas, y la otra, que era cocinera de una comunidad religiosa, fué enviada con el mismo cargo a un asilo de refugiados.»

*

A continuación publicamos una estadística de sentencias absolutorias, demostrativa de la austeridad y profundo sentido humano con que actúan los tribunales de Justicia en territorio leal, que, sin el menor estímulo de represalia, se atienen estrictamente al resultado de las pruebas practicadas.

**SACERDOTES Y ELEMENTOS PERTENECIENTES
A ÓRDENES RELIGIOSAS**

Benjamín Crespo Farinos. — Sacerdote. Coadjutor de la parroquia de Benasal. Absuelto el 27 de febrero.

Isabel Marcos Pellicer.—Monja. Procesada por actividades derechistas. Absuelta el 23 de febrero.

Patricia Gómez Ruiz.—Monja. Procesada como la anterior y absuelta en la misma fecha.

Rafael Ireberri Sanmartín.—Sacerdote de la Orden de los Maristas.

Carlos José Citar.—Sacerdote de la Orden de los Maristas.

Cristino López Sánchez.—Sacerdote de la Orden de los Maristas. Éste y los dos anteriores fueron detenidos cuando huían, ocupándoseles unas listas e importante cantidad en metálico. No llevaban documentación. Fueron los tres absueltos el 23 de febrero. Se les facilitó documentación y se les dió trabajo en el Hospital de Valencia.

Vicente Morell Sanz.—Sacerdote. Absuelto el 26 de febrero.

Luis Sáez Laguna.—Sacerdote. Capellán del Hospital de Requena. Se le ocupó un salvoconducto falsificado a su nombre. Absuelto el 20 de enero.

Cristóbal Martínez Sanz.—Sacerdote. Vicario de Carlet. Absuelto en 1 marzo.

Miguel y Manuel Colomina Barberá.—De Acción Católica. Absuelto en 5 de marzo.

Eduardo Corredera Gutiérrez.—De la Congregación de los Hermanos Maristas en Murcia. Fué detenido en Valencia y absuelto en 10 de marzo.

Sebastián Bort Ferrando.—Presidente de la Juventud Católica de Rocafort. Absuelto en 17 de marzo.

José Alejos Piles.—Presidente de la Juventud Católica de Torrente. Absuelto en 29 de marzo.

Francisco Fernández Roig.—De la Congregación del Corazón de Jesús. Absuelto en 29 de marzo.

Luis Pérez de las Navas.—De la Congregación del Corazón de Jesús. Absuelto en 29 de marzo.

Trinidad, Josefa y Mercedes Rams Fernández.—De la Congregación del Corazón de Jesús. Absueltas en 29 de marzo.

Antonio Palop Monteagud.—Sacerdote. Cura párroco de Fontañes. Absuelto en 30 de marzo.

Alejandro Moreno García.—Sacerdote. Capellán del Colegio de las Religiosas de la Pureza, en Alcacer. Se le procesó por haber falsificado un pasaporte a su nombre. Fué absuelto en 2 de abril.

Angeles Villalonga Villalba.—Novicia de la Congregación de las Hijas de María. Absuelta en 3 de abril.

Rosario Villalonga Villalba.—Monja en Chamartín de la Rosa. Absuelta en 3 de abril.

Pilar Villalba Iriarte. — Tesorera de la Congregación de San Vicente de Paúl. Tenía escondidas en su casa a las dos anteriores, y éstas, al ser descubiertas en un registro, dieron nombres supuestos. Fué absuelta en 3 de abril.

Josefina Ferrer Martínez.—Del Sindicato Católico de la Aguja. Absuelta en 3 de abril.

Amparo Lázaro Mosquera.—Propagandista del Sindicato Católico de la Aguja. Absuelta en 5 de abril.

Asunción López Blas.—Monja. Profesora del Colegio religioso de la Gran Vía de Ramón y Cajal. Absuelta en 10 de abril.

Esperanza López Blas.—Monja. Hermana de la anterior. Absuelta en 10 de abril.

María Yoldi Bajo.—Monja de la Orden Terciaria. Absuelta en 10 de abril.

Luis Payá Mejías.—Fraile capuchino del convento de Orihuela. Acusado de relaciones con elementos sospechosos en varios pueblos. El procesado alegó que realizaba aquellas visitas para pedir dinero. Absuelto en 10 de abril.

María de los Dolores Santonja.—Monja. Acusada de realizar actividades políticas subversivas, en unión de las también monjas, Julia S. Mercader y Adelaida Barona. Estas dos fueron puestas en libertad antes de la celebración del juicio, y aquélla fué absuelta en 19 de mayo.

Francisco Novella Ferrer.—Sacristán de la Capilla de la Virgen. Acusado de haber hecho disparos contra el pueblo. El procesado confesó el hecho; pero dijo que había disparado al aire, para producir alarma y lograr que acudiese la fuerza pública. Fué absuelto en 21 de mayo.

Manuel Pérez Soriano.—Religioso. Absuelto el 19 de mayo.

Baldomero Galo Expósito.—Sacerdote. Absuelto el 19 de mayo.

Eugenio Galo Pérez.—Sacerdote. Absuelto el 19 de mayo.

Isabel Tejada.—De Acción Católica, de Granada. Detenida en Valencia y absuelta el 3 de agosto.

Mercedes Gómez.—De Acción Católica, de Granada. Detenida en Valencia y absuelta el 2 de agosto.

Francisco Gómez.—De Acción Católica, de Granada. Detenido en Valencia y absuelto el 2 de agosto.

José Tejada.—De Acción Católica, de Granada. Detenido en Valencia y absuelto el 2 de agosto.

Agustín Gómez.—De Acción Católica, de Granada. Detenido en Valencia y absuelto el 2 de agosto.

Hemos dado tan sólo una pequeña parte de los nombres para no hacer excesivamente extensa la lista. El número total de sacerdotes, religiosos y elementos de derecha, absueltos por los Tribunales de la República, asciende a varios centenares.

LAS OPINIONES DE LA INTELLECTUALIDAD CRISTIANA EXTRANJERA

«CATOLICISMO Y REBELIÓN», POR EL CATÓLICO FRANCÉS LUIS MARTÍN CHAUFFIER

Ha circulado profusamente en Francia un folleto titulado «Catolicismo y rebelión».

El autor, Luis Martín Chauffier, es un creyente católico practicante, que pone todo su sentimiento religioso al servicio de la verdad, que no admite que ese sentimiento se ponga al servicio de ideas que rechaza el verdadero cristianismo.

Se pronuncia contra la unión del cristianismo y de la Iglesia con la rebelión fascista en España.

«Es un verdadero sacrilegio—dice—que Franco trate de presentarnos a Cristo a su lado, que intente hacerle su cómplice, que lo comprometa.

No conozco nada tan falso—agrega—, tan estúpido y antirreligioso como las palabras «Gott mit uns» o «Gesta Dei per Francos».

Habla de las proclamas rebeldes, que dicen que Franco hace la guerra en nombre de Cristo, y lo califica de evangelista corruptor del templo.

Profundiza, ahonda el autor en la Historia de España, en su desenvolvimiento político y social, en las oscuras tinieblas de los hechos, para demostrar que los casos de abuso y adulteración de los principios cristianos han abundado siempre en la Península Ibérica.

Añade el autor:

«La Cruzada contra los moros infieles, una guerra de expansión política; la expulsión de los judíos, un apoderarse de su bolsa; la conversión con la ayuda de la hoguera, una operación de policía. ¿No veis las impuras y lejanas fuentes de la «cruzada» contra los marxistas?»

Chauffier considera como un error de principio el «mezclar la rebelión con el catolicismo para atraer al lado de Franco, y más concretamente al del fascismo, a los católicos extranjeros».

Recoge también el autor palabras y declaraciones de personas cuyo catolicismo no puede ser puesto en duda.

Y entre estas declaraciones de personalidades eminentes, llama la atención sobre las palabras que el jefe del Gobierno de la región vasca, señor Aguirre, dirigió al jefe del Gobierno de la República y al Frente Popular.

«Considero justo expresar que nuestro País Vasco, que nosotros todos,

estamos con vosotros, contra el imperialismo y el fascismo, y esto en virtud de nuestros principios estrictamente cristianos y católicos. Y estad seguros que somos y seguiremos leales, de todo corazón, a vuestro lado. Cristo no tomó la bayoneta ni el cañón para conquistar el mundo. Nos damos cuenta de todo lo que vuestro movimiento proletario encierra de verdadero y justo. El movimiento cristiano, el nuestro, justifica los progresos sociales.»

Le sugiere también profundas consideraciones el juicio emitido por don Angel Ossorio y Gallardo, reconociendo que la República española ha respetado siempre la libertad de creencias.

Al introducir la enseñanza laica en las escuelas públicas reconoció, igualmente, la enseñanza religiosa en las escuelas privadas.

Decidió disolver la Compañía de Jesús y nacionalizar sus bienes, pero no intentó expulsar a los jesuitas de las fronteras del país como, por ejemplo, hizo Carlos III.

Martín Chauffier cita también el juicio de la célebre «Pasionaria», la cual expresó que «el valor con que el bajo clero del País Vasco mantiene a la población a nuestro lado es digno de admiración».

Pero puede ser que lo más curioso sea el final mismo de «Catolicismo y rebelión». El autor enumera varios crímenes realizados contra protestantes por los partidos de los facciosos.

«...Estas ejecuciones son tremendas por sí mismas. Pero se encuentran en ellas todavía el horrible y sombrío remate de que todos los protestantes asesinados, todos los que se aprehenden y persiguen son condenados como herejes, y en nombre de la fe católica. Esta tremenda usurpación, este engaño rebotante de presunción, esta sangrienta hipocresía que pasa a la factura de Cristo las fechorías cometidas en su nombre y contra su doctrina, deben bastar por sí solas para alejar a todo cristiano del partido que puede decirse que es enemigo íntimo de Dios y se introduce astutamente en la Iglesia para destruirla desde dentro.»

ALOCUCIÓN DEL DEAN DE CANTERBURY, PRONUNCIADA EL 2 DE ABRIL DE 1937 POR «RADIO BILBAO»

«Hablo desde Bilbao, puerto español sobre el Atlántico y en poder del Gobierno español. Soy miembro de una delegación que investiga las cuestiones religiosas y otras parecidas en España, en general, y en el País Vasco, en particular.

Mis compañeros son:

Miss Cycely Whiteley, miembro del London County Council; miss Beer, profesor; John Mac Murray, profesor de Filosofía en la Universidad de Londres; míster D. Daviès.

El Gobierno vasco nos ha dado todas las facilidades para investigar y examinar. Hemos visitado iglesias, y varios de nosotros hemos oído misa esta mañana. Yo mismo fui a la iglesia próxima a mi hotel, una iglesia grande, en la que cuatro sacerdotes estaban celebrando en diferentes altares. En una de las más grandes y más famosas de Bilbao el sacerdote nos dijo que habían administrado la comunión, el domingo anterior, a 7.000 personas.

Hemos inspeccionado los campos de concentración, orfanatos y hospitales de niños, donde las monjas hacen de enfermeras.

Esta tarde acabamos de presenciar un espectáculo desgarrador. Hemos visitado Durango, una población grande, a veinte millas de Bilbao y seis de la línea de combate, y hemos visto la destrucción causada por un «raíd» hace dos días, en el que dos religiosos y catorce monjas fueron muertos en la iglesia durante la misa, junto con otras muchas víctimas.

Cuando nos acercábamos al pueblo, los aeroplanos volvieron. Les vimos dar vueltas encima de nosotros, y cuando estaban encima del pueblo, oímos espantosas explosiones y vimos levantarse densas nubes de humo. Después visitamos la terrible devastación. La pequeña ciudad estaba completamente deshecha.

Felizmente, la mayoría de los habitantes había pasado el día en el campo para mayor seguridad. Les vimos volver cuando abandonábamos la ciudad, aunque los pobrecitos no tenían nada por qué volver.

Hay un valor admirable entre esta genté aldeana, profundamente religiosa. Era terriblemente patético ver a los niños y ancianos en circunstancias como aquéllas, que hacían temblar los nervios más fuertes. Algunos de los niños vinieron corriendo a colocarse donde nosotros estábamos en el campo, al lado de la carretera. No podré olvidar tan pronto el terror de sus caras. No me extraña que las iglesias estén llenas.»

OTRA OPINIÓN DEL DEÁN DE CANTERBURY

«Como miembro de la delegación inglesa, estoy investigando la situación religiosa y social en el territorio del Gobierno.

Primeramente visitamos el País Vasco, pudiéndonos convencer de que las iglesias estaban abiertas y que las misas se dicen como de costumbre. No tenemos nada más que admiración por la manera en que los servicios sociales de un carácter avanzado progresan, a pesar de la guerra.

Nuestra salida del País Vasco se retrasó debido al bombardeo de Bilbao. Al llegar a Toulouse, sin embargo, decidimos extender nuestra visita a la otra parte de España, con objeto de llevar a cabo el programa original y, de este modo, completar nuestras investigaciones. Ahora estamos doblemente

contentos de haberlo hecho, porque, según se nos ha dicho, al llegar a Madrid, las radios facciosas habían dicho que habíamos decidido volver a Inglaterra desde Toulouse debido a los horrores que habíamos visto mientras estábamos en el País Vasco. Los horrores que vimos en esa tierra no fueron perpetrados por el Gobierno, sino por los rebeldes en su bombardeo a Durango, del cual ya he hablado en mi charla radiada desde Bilbao. Desde Toulouse, vinimos en coche a Madrid, visitando Tarragona, Tortosa, Castellón y Valencia. El país, según podemos observar, mantiene el orden, la disciplina y la confianza y, junto con las provincias católicas vascas, forma un frente democrático unido contra la ofensiva fascista.

El programa del Gobierno que se está ejecutando, aun ahora en que las dificultades de la guerra civil, con relación a las escuelas, guarderías, hospitales, agricultura, etc., es admirable y progresivo, y la decisión de proporcionar a todos la cultura, tanto física como intelectual, da la promesa de la consecución de un orden social más cercano a las intenciones de Cristo que todo lo que he visto en España durante cualquiera de mis visitas anteriores.»

LA DUQUESA DE ATHOLL

«Londres. — Interrogada sobre la situación religiosa en la España leal, la duquesa de Atholl, que acaba de regresar de Madrid con la misión parlamentaria, ha declarado que espera que las iglesias católicas podrán volver a abrir sus puertas. Mientras, podrá decirse misas en las casas particulares.

Ha añadido que el Gobierno restaurará completamente la libertad religiosa.»

DEL DIARIO CATÓLICO CHECO «OBRANA PRACE»

«*Obrana Prace*» semanario de los Sindicatos Católicos de Checoslovaquia, publicaba en el mes de abril lo siguiente:

«Nos hemos acostumbrado a mirar el conflicto español, bajo la influencia de los lemas nacionalistas (por los que combaten en España los marroquíes, los italianos, los alemanes y Dios sabe quién) y de los lemas religiosos católicos (por los que luchan los mahometanos, los neopaganos germanos, etc.), y olvidamos el aspecto político de la cuestión.

La victoria de Franco no garantizaría la libertad religiosa del pueblo español, y sí, en cambio, nuevas intranquilidades en Europa, y supondría un refuerzo del frente fascista y antidemocrático. Por ello precisamente, esa victoria constituiría un grave peligro para nosotros.»

CON EL PUEBLO ESPAÑOL VENCERA
LA VERDADERA FE CRISTIANA,
AFIRMA EL CATÓLICO FRANCÉS
ROBERT HONNEST

«Quiero simplemente recordar — dice el católico Robert Honnest en «Regards» —, no con comentarios, sino con textos pedidos a católicos indiscutibles, por qué yo, católico francés, estoy al lado del Gobierno de Valencia.

El malestar que precedió, durante largos años, a la revolución, fué a menudo expresado en términos inolvidables:

«España es casi enteramente católica, pero lo es poco, debido a la escasa densidad del pensamiento católico y al escaso dinamismo de millares de sus ciudadanos. Se ha sustituido la roca viva de nuestra fe por las arenas movezizas de una religión de credulidad, de sentimentalismo, de rutina y de inconsciencia... No se ha logrado enseñar a la conciencia católica todo lo que el deber cristiano ha conseguido en el orden civil, político y social.»

Así ha hablado en 1933 el cardenal-arzobispo de Toledo y primado de España, en una pastoral.

Entre esta advertencia y la página ardiente de José Bergamín, escrita en plena batalla, no encuentro ningún abismo. Dice así:

«La explosión del odio popular contra los sacerdotes es, desgraciadamente, inevitable en España. Hace tiempo que nuestro clero ha dejado de servir a Dios. Rapaces, holgazanes, fuera de una vida verdaderamente religiosa, nuestros sacerdotes se han puesto abiertamente al lado del puñado de hombres que explotaban al pueblo con una crueldad sólo comparable a la de los peores momentos de la época feudal. Habiendo acumulado riquezas formidables, la Iglesia española ha llegado a ser uno de los más temibles opresores de la clase trabajadora. Bancos, Montes de Piedad, compañías de navegación, ferrocarriles, explotaciones mineras, por todas partes se encontraba en cifras enormes el capital de la Iglesia. En estas condiciones, ¿cómo no se iba a haber levantado el pueblo, antes que nada, contra estos explotadores que le predicaban la humildad y la abstinencia? Y, ¿qué decir de sus aliados, esas grandes familias que poseen las tres cuartas partes de la riqueza del país y que hoy pretenden defender la religión asesinando al pueblo? Su religión no tiene nada que ver con el cristianismo: Encenagados en su orgullo impío, exigen que se sirva a Dios a domicilio; todas ellas se habían hecho construir en sus palacios, afeados desde hace tiempo por la vulgaridad del gusto burgués, capillas particulares, en donde iban a oficiar sacerdotes, con el fin de evitar a esta

casta degenerada el contacto con el pueblo... Cuando a fines de julio me encargó el Gobierno que tomase posesión de un convento, no tuve ningún escrúpulo de cumplir con mi deber: la fe, a la cual yo estoy profundamente unido, ya no existía allí... Me es más fácil hablar de la doctrina cristiana con un comunista que con un sacerdote. Desde hace varios años, en mi revista «Cruz y Raya» combato la impiedad de la religión oficial, y me he adherido con alegría a la «Asociación de Escritores Revolucionarios», que agrupa a los mejores representantes de las letras españolas. En España, la victoria del pueblo será también la victoria de la verdadera fe cristiana.»

No es necesario decir que la mayoría de los católicos franceses están privados de leer páginas como las anteriores, por una prensa oficial, que hace de su timidez una triste virtud; y que, a veces, las mutila y las hace motivo de burla. Y, sin embargo, ¿qué hay de más grave, más emocionante y más propio para la reflexión que esa elección hecha por verdaderos católicos españoles, que, para la reespiritualización de su fe, encuentran un clima más favorable entre aquellos a quienes se quiere hacer pasar por encima de todo como agentes del infierno, que entre sus hermanos ahogados por la materia?... ¿Hay afirmación más rotunda que ésta de Ossorio y Gallardo?

«Pero, ¿era atacado el catolicismo? A menudo se oye esta acusación—dice Ossorio y Gallardo—. ¿La guerra ha estallado porque los católicos estaban perseguidos? ¿Era necesario luchar por la defensa de la libertad del catolicismo?

Yo contesto ante ambas acusaciones: ¡Falso! ¡Falso!

Todas las iglesias en España estaban abiertas. En todas las iglesias se practicaban los sacramentos. Toda la gran masa de católicos españoles asistía a los oficios en las iglesias. ¡Esto es libertad! Es la Constitución, es la ley de congregación religiosa. Es la libertad de cultos y de conciencia, que la República española había declarado y practicado con la mayor lealtad, casi con la mayor inocencia.

Pero, ¿qué sucedió a partir del 18 de julio? La mayor parte del clero y de los católicos se colocó, desde el primer momento, al lado de los militares rebeldes y se proclamó fascista, y el pueblo ha contestado. ¿Debo yo, como católico, mostrarme satisfecho de esos sucesos? En absoluto, pero yo soy hombre de lógica. Como abogado, estoy acostumbrado a conocer y a apreciar las causas y las consecuencias. Y cuando considero la conducta del clero y de algunos católicos de mi país, comprendo y lamento las represalias de las masas populares.

...Entonces, si no es cierto que el Gobierno fuese comunista, si no es cierto tampoco que la libertad de conciencia estuviese perseguida, ¿por qué la rebelión?

Es muy sencillo. En España, los ricos, los grandes propietarios, tienen de la propiedad un concepto feudal. El Ejército tiene de su misión un concepto de

casta, de casta privilegiada. Y todo ello se iba a terminar con la República, una República, sin embargo, burguesa, lenta en sus procedimientos y respetuosa con los intereses de los conservadores. He aquí el porqué de la guerra. No hay que buscar otra explicación.

A menudo, cuando se habla de los rebeldes, se oye decir: «Ellos defienden la religión». ¿La religión? ¿Con los moros? ¡Pero si desean resucitar la legislación del siglo xv! Así, asistiríamos a la persecución de los judíos—lo cual no sería muy original, hay que reconocerlo—, asistiríamos a la persecución de los socialistas, de los masones, de los liberales.

La cuestión, que para algunos puede ser un caso de conciencia, habría sido, huelga decirlo, más fácilmente resuelta, si en los primeros días de la rebelión, algunos religiosos regulares o seculares no hubiesen sido maltratados o asesinados, únicamente porque eran religiosos. Por mi parte, yo creo que estos asesinatos no tienen disculpa; pero no hay un hombre de buena fe, creyente o no, que no los desaprobe. Y como la situación, tal como la he tenido que resumir, demasiado brevemente, muestra que se trataba evidentemente de un «arreglo de cuentas» entre hombres, yo no aprovecharé nunca ningún argumento del hecho de que unos exaltados e indeseables hayan llegado demasiado lejos, para abandonar el conjunto de tropas que se defienden legítimamente.»

Y no puedo decir nada más fuerte que lo que predicán los dominicos ingleses en un texto que todos los creyentes debían conocer:

«En lo que concierne a las persecuciones religiosas, conviene hacer una aclaración: o los sacerdotes y los religiosos de España son mártires, o no lo son. Si, en efecto, lo fuesen, es sacrilego explotar su sangre y sus sufrimientos para excitar la guerra fratricida y para pedir una ayuda extranjera en favor de los rebeldes. ¿Ha de hacerse Dios mismo fascista? No es honroso querer hacer de Dios un policía del Estado, encargado de guardar los bienes materiales de la Iglesia.»

Afortunadamente, gran parte de la opinión católica se niega a seguir el camino que le indican las fuerzas de la reacción, que sólo defienden sus privilegios.»

¿POR QUÉ ESTÁN CERRADAS LAS IGLESIAS?

El reverendo E. O. Iredell ha hecho las siguientes manifestaciones:

«Sabemos y comprendemos perfectamente por qué las iglesias se han cerrado. Si el clero de la Iglesia católica hubiera sido tan leal a la República como lo fueron los protestantes y los católicos vascos, las iglesias de España estarían seguramente abiertas.»

Al preguntar al vicario de la iglesia de San Clemente de Londres, si consideraba que nuestra Constitución salvaguarda suficientemente el respeto a las creencias religiosas y la libertad espiritual del pueblo, respondió:

«De una manera perfecta; su artículo 26 es, sobre este punto, terminante, definitivo.»

UNA INFORMACIÓN DEL «MANCHESTER GUARDIAN»

El gran diario inglés publicaba, en su número del 27 de julio, el siguiente artículo de uno de sus colaboradores que reside actualmente en Barcelona.

«La Iglesia Católica Romana ha perdido el carácter que tenía en España antes de la guerra; su existencia como institución, gran propietaria que toma parte activa en la vida económica, social y política de España. Los clérigos políticos, como el obispo de Barcelona, que mandó a sus feligreses votar por la victoria de las derechas en las elecciones de febrero, no pueden volver. La religión, como tal, no es perseguida. Aun en Barcelona no existe virtualmente propaganda antirreligiosa, y el «sacerdote combatiente» ha desaparecido por completo de los carteles. Durante la última Feria del Libro se vendió públicamente la Biblia, y con éxito, por la Sucursal de la Sociedad Bíblica, que nunca ha sido molestada. El Comisariado de Propaganda de la Generalidad publica un boletín religioso en inglés, en el cual puede encontrarse abundante información sobre esta materia.

»El padre jesuita, Luis Rodés, director del Observatorio del Ebro, recibió recientemente una carta del doctor Negrín dándole las gracias por el envío de un folleto, y el padre Rodés declaró, en una entrevista que le hizo la semana pasada un periodista, que no había sido molestado en lo más mínimo y que no tenía miedo de pasear con traje talar. En Gijón, capital de la Asturias «roja», puede verse todos los días en la calle al padre Sánchez Guerra de Llano, pariente del general Queipo de Llano, charlando con los milicianos anarquistas y comunistas. Hay todavía siete hermanos legos trabajando en la Escuela Parroquial de Llanes.

»Un católico, Manuel de Irujo, es miembro del Gabinete Negrín. En el partido de Acción Catalana, admitido recientemente en el Gobierno catalán, hay muchos católicos. Un católico, el señor Ossorio y Gallardo, es embajador de España en París. El partido Comunista español, en un reciente proyecto de unir todos los movimientos juveniles de España, hizo un llamamiento especial a la juventud católica leal a la República. José Bergamín, uno de los intelectuales más destacados de España, es una figura principal del movimiento católico juvenil.

»De hecho, hubo católicos opuestos a la política y actitud de la Iglesia

española que condenaron sin reservas su participación activa en la rebelión militar. Los que con más bríos defendieron esta opinión y más sufrieron por ella, fueron los vascos. El presidente del País Vasco es católico. Yo mismo he asistido a misa de campaña en el frente vasco. Pero, aun antes de la gran ofensiva rebelde en este frente, antes de la caída de Bilbao, fueron fusilados por los rebeldes unos cuantos sacerdotes en Vitoria y Pamplona. En febrero se tenía ya la lista comprobada de catorce nombres. Cuando cayeron San Sebastián y Bilbao, los nacionalistas vascos dejaron una guardia especial en las iglesias, para defenderlas del saqueo y del pillaje de los elementos maleantes sin control político que pudieran aprovechar las circunstancias para sus abusos.

»Por consiguiente, no existe persecución de la religión en cuanto a tal. Hay, más bien, indiferencia. Mucho antes de la guerra civil, la Iglesia, por su propio materialismo, había perdido su ascendiente sobre la mayoría de la población masculina, exceptuando, naturalmente, los distritos tradicionalmente dominados por ella, como Navarra, Toledo, Burgos y Salamanca. En las últimas elecciones pudo observarse que, aun las mujeres, que habían sido movilizadas por la Iglesia para ganar las elecciones de 1933, eran mucho menos accesibles a su influencia en 1936. Hay, por supuesto, ciertos sectores opuestos en principio a la religión; pero están en minoría. Aquí entra en juego la idea corriente española de abandonar los excéntricos a sus propias excentricidades. Portavoces autorizados de todos los partidos han declarado que todo el mundo puede profesar las ideas que guste con tal de que no se opongan al régimen, que no se haga propaganda de ellas con demasiada ostentación y que no se intente forzar a nadie a adoptarlas.

»Hay razones por las cuales se mantienen cerradas las iglesias y están prohibidas las reuniones privadas para celebrar ceremonias religiosas. Una de ellas es que la experiencia ha enseñado que tales reuniones son, con frecuencia, la cubierta de la conspiración y el espionaje. Los fascistas acostumbraban a usar las iglesias de Madrid como punto de reunión para sus conspiraciones antes de que estallara la guerra.

»Merece la pena hacer constar que carecen de fundamento la inmensa mayoría de las versiones espeluznantes de martirios y asesinatos de sacerdotes. He hablado con muchos sacerdotes que se pasean tranquilamente por sus pueblos, que se han mostrado muy sorprendidos a algunos extraños rumores que circulan sobre lo que los «rojos» han hecho con ellos antes de matarlos.»

DECLARACIÓN DE MADAMA MALETERRE-SELLIER

Mme. Maletierre-Sellier, delegada del Gobierno francés en la Sociedad de Naciones, pronunció en la sesión de clausura de la Conferencia Internacional de Ayuda a España, celebrada el 17 de enero de 1937, las siguientes palabras:

«He estado recientemente en España, y mi testimonio debe unirse al de aquellos que han visto las cosas por sus propios ojos. Amo a España y, además, soy católica y cristiana. Estamos aquí, no sólo para exponer las razones que tenemos para desear la victoria de la España leal, sino para encontrar nuevas razones de amor y suscitar nuevas simpatías.

»No he ido a España tan sólo como mujer republicana, sino como mujer católica. Donde quiera que he preguntado si después de la guerra podrá cada cual profesar su religión en paz y si los católicos podrían sostener la España republicana, la contestación ha sido unánime y categórica: ¡sí!»

PALABRAS DEL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA ANTE UN GRUPO DE CATÓLICOS FRANCESES

No hay un solo católico español que pueda decir que ha sido perseguido desde el día en que estalló la insurrección. Los católicos sinceros están con el pueblo. La República no persigue las creencias religiosas.

Nos hemos ofrecido a abrir determinado número de iglesias para uso de los católicos privados de oportunidad para asistir al culto. La oposición a este ofrecimiento ha venido del mismo clero adicto y de los mismos católicos leales, que temían que los malos católicos usasen las iglesias como locales de conspiración y arsenales de guerra contra el pueblo.

JESÚS HERNÁNDEZ.
*Ministro de Instrucción Pública
de la República Española.*

UN ARTICULO DE MARTIN CHAUFFIER

Verdades y leyendas sobre las atrocidades religiosas en España.

«No es posible hablar de las «pretendidas» atrocidades del Frente Popular español sin denunciar antes las atrocidades «reales» que fueron cometidas, tanto al comienzo de la República como en el momento de la rebelión: iglesias y monasterios saqueados e incendiados, sacerdotes y religiosos muertos, por no hablar más que de la persecución religiosa.

No es necesario ser católico para horrorizarse de tales hechos y reprobar con vehemencia la violencia y el homicidio, cualesquiera que sean los culpables y las víctimas, cualquiera que sea la ocasión, cualesquiera que sean los móviles profundos.

Pero guardémonos de dejarnos llevar por la energía misma de nuestra reprobación hasta culpar a los que no son en modo alguno responsables, y que, por una injusta confusión, soportan el peso de estos horribles desórdenes, cuya explosión no han podido impedir, pero que han sido reprimidos en cuanto ha sido repuesta la autoridad. Las «atrocidades» no deben ser cargadas ni a la cuenta de la República, cuando sucedió a la monarquía, ni a la del Frente Popular, cuando la rebelión de los oficiales facciosos provocó el desorden.

Pillajes y asesinatos no han sido ejecutados **por orden, sino contra las órdenes** (ya veremos más adelante que no ocurre lo mismo en el otro campo). El Gobierno de la República española era un gobierno de orden y partidario de la libertad religiosa. Las medidas «laicas» que tomó no estaban dirigidas contra la religión, sino contra una excesiva ingerencia del clero en los asuntos temporales que no eran de su incumbencia. Estas medidas, lejos de ser agresivas, no constituían más que una defensa, un restablecimiento del orden natural que debe regir las relaciones entre lo espiritual y lo temporal. Se reconocerá que tales medidas fueron bien modestas, y que la libertad religiosa bajo la República estaba mucho mejor salvaguardada que en los Estados totalitarios donde la Iglesia, o bien se ha convertido—en Italia—en un servicio de Estado, o bien—en Alemania—comparte con los judíos y con los marxistas el honor de ser considerada como el enemigo número uno.

A esta moderación, el clero respondió con una hostilidad feroz. No estaba contra la República porque amenazase la religión. Sus sentimientos nacían de una fuente menos pura. Temía por sus inmensas riquezas de iniquidad, amasadas a lo largo de los siglos; por el poder embrutecedor que hacía pesar sobre las masas (su papel no consistía en enseñar el Evangelio, sino en mantener al pueblo, por la ignorancia y la superstición, en completa esclavitud espiritual; la aparición de una conciencia cristiana hubiera sido para él una catástrofe).

El clero vió en la República al enemigo de su corrupción, un régimen que pretendía libertar el espíritu y hacer progresar la cultura. Bajo este régimen, el espíritu cristiano, en un país tan profundamente religioso, hubiera podido ponerse a la cabeza de ese movimiento liberador.

A algunos sacerdotes y algunos laicos que así lo comprendieron se los encuentra hoy en los primeros puestos de la República o tumbados, acribillados a balazos, en los cementerios de Franco. Pero el grueso del clero, el gran clero, casi enteramente, rehusando estas ventajas espirituales de las que no hubiesen sabido qué hacer y de las que temían amenazadoras promesas, se inclinó, naturalmente, del lado de sus beneficios, declarándose enemigo del pueblo. No confesándolo con cinismo, sino hipócritamente, invocando, para explicar su elección al Cristo que traicionaba, al Evangelio que escarnecía hacía siglos.

El pueblo comprendió que este clero que venía engañándole hacía siglos, rehusándole las verdades religiosas, pecando él mismo contra el espíritu de Cristo, que es pobreza y amor a los pobres, era su enemigo y amigo de sus enemigos. No hay más que ver el asombro, la alegría, casi la exaltación de las masas cuando, verdaderos cristianos, le muestran hoy la verdadera religión y, con su ejemplo, le hacen conocer el valor de una conciencia cristiana y el sentido de una vida cristiana. No hay más que ver, también, el fervor con que los vascos rodean a su clero, que era el único religioso de España, y que en la gran disputa que desgarró el país se colocó, desde el comienzo, al lado de su hijo, el pueblo.

Estos descubrimientos llegaron a sus extremas consecuencias cuando, al estallar la rebelión de Franco, la inmensa mayoría del clero abrazó el partido de aquél, en quien veía al defensor de sus iniquidades.

Se ve el origen de las atrocidades, se ve también quién las ha cometido. La expulsión espontánea del furor de las víctimas, oprimidas durante siglos, que de repente ven claro y se vengan y recuperan sus bienes. Fanáticos, ebrios de cólera. No excusamos su gesto, pero se comprenden las razones.

No es esto todo. Se ha reprochado al Gobierno español no haber querido, o podido, reprimir estos sangrientos choques; se le han quejado del desorden que ha permitido tales excesos.

¿Qué desorden? ¡La rebelión! La autoridad escarncida y momentáneamente desbordada; pero, ¿por quién? ¡Por los rebeldes! Fué Franco quien, sublevándose contra el orden establecido, creó las condiciones que hicieron posible el salvaje y libre desbordamiento de los instintos populares. Es a su cuenta a la que deben ser cargados los asesinatos; carga ligera para él.

El Gobierno no lanzó la orden de asesinar; reprobó al principio y reprimió en seguida, desde que volvió a tener en sus manos la autoridad alterada por los facciosos.

Las «atrocidades» contra los sacerdotes y los religiosos han sido muy limitadas en el tiempo y menos numerosas de lo que se ha dicho.

Por cada sacerdote muerto, una propaganda interesada os expone diez mártires de la fe.

Han sido muertos sacerdotes e incendiadas iglesias. Pero éstos ni eran sacerdotes ni templos. El cura de aldea, muerto mientras disparaba con la ametralladora desde lo alto de su campanario, ¿es un mártir de la fe? ¿Es un sacerdote muerto por cumplir vocación sacerdotal? Y cuando una iglesia se transforma en fortaleza, ocupando una ametralladora en el altar, el lugar del cuerpo de Cristo, los que la quemán, ¿son sacrílegos?

Es preciso cortar de una vez este intolerable abuso que cometen con Cristo y con su Iglesia los que, después de haberse enriquecido, cubren con su pabellón la mercancía de Satanás, y engañan, en Francia y en el resto

del mundo, a millares de conciencias honradas, persuadidas de que la guerra de España es una guerra de religión, **cuando la religión nada tiene que ver con ella.**

¡Se quieren atrocidades, repetidas, permanentes, sancionadas por la autoridad, ordenadas por ella y que no justifican ni la breve y brutal explosión de la venganza, ni las necesidades militares! ¡Atrocidades frías, meditadas, cuyo único fin es extender el terror! Es a Franco a quien hay que pedirle ejemplo.

No hablemos ni de los millares de obreros mutilados o asesinados porque su traje de trabajo los hacía sospechosos de marxismo; ni de los cientos de burgueses, decenas de escritores, de sabios y de artistas abatidos porque eran liberales; ni de los centenares de protestantes fusilados, en nombre de la religión católica, por los requetés, algunos de los cuales llevaban a su cabeza un oficial sacerdote.

No, todo eso no les interesa a ciertas conciencias; de esa sangre no vale la pena hablar; la única que cuenta para ellos es la sangre cristiana. Franco, que no sabe negarles nada, les ha arrojado los cadáveres de mujeres, de niños, de ancianos, de sacerdotes católicos, muertos a millares—por capricho—lejos del frente, lejos de todo centro militar, de Durango a Guernica.

El mayor crimen del muy cristiano jefe que quiere «libertar» a España con la ayuda de los moros musulmanes, de los alemanes que asesinan en su país a los católicos, de los italianos que han sometido a la Iglesia a tutela; el mayor crimen es aportar el testimonio de Cristo ante el pueblo que defiende su libertad. Pues este testimonio auténtico es la mejor denuncia de su abuso de confianza. Si los vascos han tenido el privilegio de un martirio más cruel aún, que los demás, es que ellos descubrieron el verdadero rostro de Satanás.»

(De «A l'Ordre du jour», agosto de 1937.)

UNA INTERVIU CON EL PADRE RODÉS

Los facciosos han dicho que el Padre Rodés, eminente astrónomo, director del Observatorio del Ebro, que pertenece a la Compañía de Jesús, ha muerto asesinado. La noticia no ha sido publicada únicamente por las hojas oficiales que han sustituido a los periódicos en la zona rebelde, sino que las emisoras de que disponen los fascistas de diversos países y los órganos oficiales de los partidos totalitarios la han reproducido, difundiéndola por todo el mundo.

Y esta noticia es absolutamente falsa. El Padre Rodés vive, ejerce su función, se desenvuelve normalmente y ha recibido pruebas de admiración

y de respeto de los hombres que ocupan los más elevados puestos en nuestra República. Una carta del jefe del Gobierno, doctor Negrín, publicada últimamente en la Prensa, lo atestigua. El presidente del Consejo, agradece en su misiva la gentileza del Padre Rodés al enviarle su última obra, titulada: «¿Influye la luna en el tiempo?»

Como prueba irrefutable publicamos en estas páginas un retrato del eminente astrónomo, en su laboratorio de trabajo, y un autógrafo firmado en el que puede leerse a continuación de la firma las letras S. J. de los jesuitas.

¿Cómo ha vivido el Padre Rodés durante los doce últimos meses? ¿Dónde le sorprendió el movimiento? ¿Cómo le trataron los soldados del pueblo, mientras aviones alemanes destruían e incendiaban las poblaciones vascas, asesinando a sus católicos moradores?

Un colaborador del «Servicio Español de Información» se trasladó al Observatorio del Ebro, para celebrar una entrevista con el director y oír de sus propios labios la historia de sus vicisitudes.

He aquí algunos fragmentos de la entrevista celebrada con el famoso jesuita:

En Tortosa me advierten que el Padre Rodés abandona rarisima vez su puesto, en el que podremos encontrarle siempre, sin previo aviso.

Efectivamente, apenas esperamos unos segundos en la sala de visitas, llena de silencio y penumbra.

—A usted, sin duda—le decimos—, la costumbre de contemplar de cerca millones y millones de estrellas, junto a cualquiera de las cuales la Tierra es como un grano de mostaza, le hará parecer insignificante las cosas de los hombres.

Hasta que hemos formulado esta opinión, nuestro diálogo no ha salido de las habituales fórmulas de cortesía. Al oírnos decir esto, afirma con seguridad:

—No lo crea usted. La grandeza de los astros es extraordinaria, pero los hombres tienen el pensamiento.

Le hablamos de la lucha que el pueblo sostiene en defensa de la libertad, y hace patente su deseo de que exista libertad religiosa.

—Yo pienso—advierte—que la libertad es la mayor prerrogativa concedida por Dios al hombre y lo que más nos eleva en el orden de la creación. Necesitamos poder hacer uso de esa facultad de discernir, de determinar nuestros propios actos.

El Padre Rodés no es un hombre claudicante. Mantiene la integridad de su vocación religiosa. Ni una sola vez ha ocultado su sacerdocio.

—Dedico la mayor parte de mi esfuerzo a la ciencia, pero no pierdo mi carácter. Ahora bien, creo que la Religión se propaga por convicción, no por la fuerza. Siempre he tenido respeto para los demás, y se me han dado también

pruebas de ese respeto. No hace mucho recibí una carta de un astrónomo ruso en la que me decía: «Dios proteja a usted y a su institución».

A instancias nuestras, el Padre Rodés nos refiere cómo le sorprendió la sublevación y la guerra.

—Estaba en Tarragona, a donde había ido a comprar algunas cosas indispensables para el Observatorio. Los sucesos se iniciaron un sábado, y yo permanecí en Tarragona hasta el lunes. Con mi sotana, mi teja y mi manteo, anduve por las calles y nadie me molestó lo más mínimo ni me llamó la atención. Allí me enteré de cuanto había ocurrido en Barcelona. Me trasladé a Tortosa, atravesé la ciudad, así como Ferrerías y Roquetas, y no se me hizo la menor indicación. Pude llegar al Observatorio sin tropezar con ningún obstáculo.

—Y posteriormente, ¿ha ocurrido algo en el Observatorio?

—El Observatorio, edificios que lo integran y todo su personal auxiliar, ha sido respetado por todos. En dos ocasiones distintas nos visitaron patrullas armadas que llegaron de Barcelona. «Os encontráis con un amigo del pobre y un amigo del obrero», les dije, invitándoles a visitar el Observatorio. No hallaron otra cosa que libros y aparatos científicos, y se cercioraron de que vivíamos muy modestamente. Al despedirse, ambas me ofrecieron colocar una guardia para la custodia del Observatorio, y yo, después de agradecer su buena voluntad, les contesté: «Parece lo mejor que nos vaya defendiendo nuestra conducta».

Dirigimos la conversación hacia la actitud del Gobierno respecto a la institución.

—Se ha portado muy bien—asegura—. La institución y su carácter particular ha sido respetado. Al disolver la Compañía de Jesús, se reconoció la personalidad jurídica del Observatorio del Ebro, como entidad particular, desligada de la Compañía y considerada de utilidad pública. La subvención oficial no se ha interrumpido nunca. Hasta ahora se nos entregaba la cantidad asignada «a justificar». Este último año se nos ha dado ya en firme. A pesar de que viene a nombre del director, ni yo ni el subdirector cobramos sueldo alguno. Es más, lo que he sacado de la venta de mis libros y publicaciones lo he aplicado al Observatorio. De él viven cinco o seis familias. Yo soy hombre muy parco. Mis gastos personales, incluido vestido y comida, no pasan de 2'50 pesetas diarias. Hemos estado bien atendidos.

El Padre Rodés nos invita a visitar los pabellones del Observatorio. Comenzamos por el pabellón sísmico y pasamos por los magnético, eléctrico, meteorológico, astrofísico, etc. En cada uno de ellos escuchamos una breve y sustanciosa explicación:

Al entrar en la biblioteca, explica:

—Recibimos unas quinientas revistas. Estamos en relación con todos

OBSERVATORIO DEL EBRO

TORTOSA

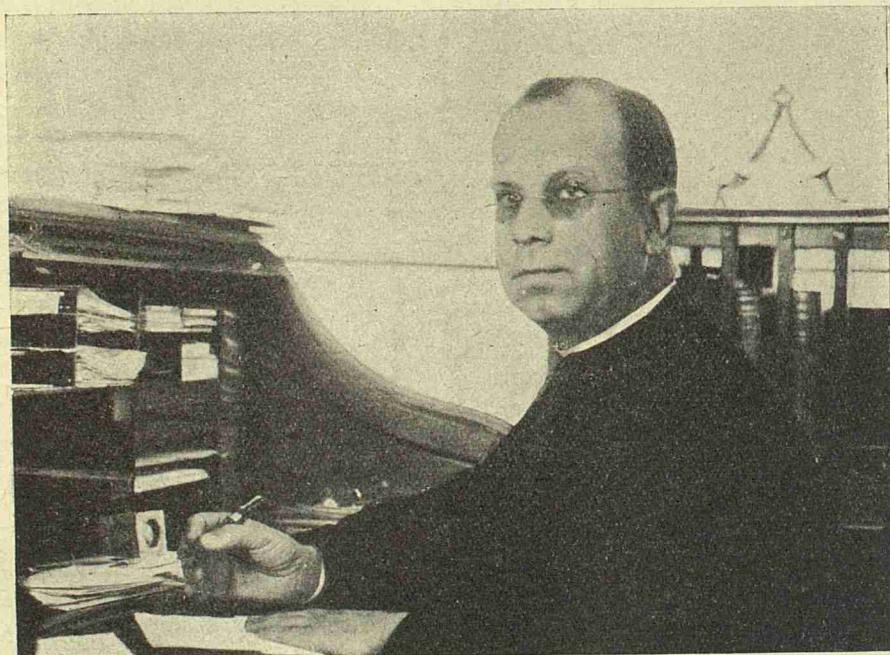
DIRECCIÓN

Debido de las dificultades inherentes a las presentes circunstancias, me complazco en manifestar que la labor del Observatorio del Ebro ha continuado en marcha normal, sin cambio alguno en el personal director y auxiliar

P. Rodés S.N.

10 de Julio 1937.

Autógrafo del P. Rodés.



El P. Rodés (S. J.), director del Observatorio del Ebro.

los observatorios del mundo. Nuestra actividad no se ha interrumpido. El «Boletín Mensual del Observatorio del Ebro» ha continuado publicándose normalmente. Puede decirse que durante el presente año ha publicado más texto que en ningún otro, en volumen y en cantidad.

Actualmente, el Padre Rodés se ocupa de la impresión de la segunda edición de su obra fundamental «El Firmamento», y un trabajo de sismología. Una a una estudia las observaciones realizadas durante treinta y dos años, para relacionar los microsismos con la meteorología.

La República respeta y atiende a este padre jesuita, que es un hombre de ciencia, y le presta toda la ayuda posible en estos difíciles momentos. Pero es que la República es la ley y la justicia.

Sin poderlo evitar, recordamos la «justicia» de los sublevados que asesinan a los poetas como García Lorca, a los sacerdotes católicos como don José de Ariztimuño, eminente en el dominio de las letras vascas, y a los hombres de ciencia como don Leopoldo Alas, rector de la Universidad de Oviedo, por cuya vida suplicaron inútilmente todas las universidades del mundo.

EN LA ZONA FACCIOSA

APOLLOTA E. C. 1788. 1. 1. 1.

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

PREAMBULO

En las páginas siguientes se exponen aspectos de la situación de los católicos en el campo faccioso.

Sabemos que en la zona de Franco las iglesias están abiertas; se celebran procesiones a diario; el santoral y las fiestas religiosas ocupan toda una página de los periódicos; la comunión se administra a miles de personas. Pero, todas estas manifestaciones externas de un culto ¿constituyen la religión?

¿Puede, sin cometerse un sacrilegio, celebrarse la misa en templos que cobijan ametralladoras entre sus campanas y ocultan arsenales de armas bajo sus altares?

¿Puede, sin irse contra la humildad cristiana, hacerse alarde de riqueza en las procesiones, junto a la miseria del pueblo?

¿Se puede comentar en la misma página de periódicos sedicentes católicos los actos de culto y los fusilamientos de inocentes personas, sin ir contra los mandamientos de la ley de Dios?

¿Es lícito administrar los Sacramentos a la fuerza, pregonando después falsas conversiones «milagrosas»?

Mediten los católicos del mundo que aún creen en la buena fe de Franco. Profundicen en los hechos, sin dejarse deslumbrar por lo superficial. Escuchen a aquellos católicos que, llevados por sus ideas religiosas, acudieron a visitar la zona facciosa y volvieron horrorizados de la experiencia.

Nada tan lejano de la doctrina de Cristo, como el «ideal» de los facciosos españoles.

INFORMES SOBRE SACERDOTES VASCOS FUSILADOS POR FRANCO

No es posible dar una relación completa de las persecuciones de que ha sido objeto el clero vasco por parte de los militares y sus cómplices, los carlistas y Falange Española.

De conocerse, los hechos no podrían dejar de provocar una reacción inmediata y profunda en el pueblo vasco, tan eminentemente católico y tan respetuoso con sus sacerdotes, a los que envuelve con un vivo afecto. Por otra parte, los militares tratan de ocultar cuanto pueden sus manejos. Para ello:

a) Prohíben que se haga saber a las familias que uno de sus miembros, perteneciente al clero, ha sido fusilado.

b) Prohíben que se doblen campanas y se celebren funerales en las iglesias en que ejercían su ministerio los fusilados.

c) Han prohibido que el «Boletín Eclesiástico» de las diócesis de Vitoria publique los nombres de los sacerdotes ejecutados con el carácter de «muerte violenta». El número de este Boletín, de fecha primero de noviembre, publica, simplemente, la lista de los sacerdotes que durante el mes anterior han fallecido de muerte natural, y la redacción del «Boletín Eclesiástico» añade escuetamente: «Se asegura que han fallecido otros sacerdotes, pero no podemos publicar sus nombres hasta el momento en que se nos comunique oficialmente la noticia de su muerte».

Como se ve, esta nota parece significar que los sacerdotes de que se trata han perecido por muerte natural, pero el vicario general de la Diócesis afirma positivamente que han sucumbido mártires de estos pretendidos «defensores de la religión».

El obispo de Vitoria, monseñor Múgica, hubo de abandonar su diócesis por orden de los militares, cuya injerencia en materia eclesiástica se ha mostrado escandalosa. Se le obligó igualmente, a destituir su vicario general y a nombrar otro, que tiene actualmente a su cargo intereses eclesiásticos de los vascos. El obispo se encuentra en la actualidad en Roma, y Radio San Sebastián, al servicio de los militares, ha precisado que se le había expulsado «por razón de su trato con los nacionalistas vascos y porque no sentía debidamente el fervor patriótico español».

Importa certificar:

a) Que ni un solo sacerdote pertenece al Partido Nacionalista Vasco como afiliado, mientras que en España son muchos los sacerdotes que forman parte de una organización política de derechas.



Un «salvador de España».

b) Durante toda la guerra civil el clero se mantuvo completamente aparte, ejerciendo, simplemente, su ministerio sagrado, respetado por todos, incluso por los «marxistas».

c) Que durante los primeros meses no hubo ningún capellán en los batallones, porque el Gobierno vasco ha sido el primero que recientemente ha realizado esta organización, de que ningún sacerdote esté armado, ni siquiera los capellanes, para su propia defensa.

Por el contrario, es de notoriedad pública, es innegable que en la España rebelde los capellanes llevan pistola al cinto y no siempre la abandonan para celebrar la Santa Misa. En la provincia de Álava, que, desde un principio, está en poder de los militares, numerosos sacerdotes jóvenes, obligados a empuñar las armas, han sido enrolados en los cuerpos de tropa, con arreglo a su reemplazo. El Gobierno vasco, en cambio, pide a los jóvenes sacerdotes que únicamente ejerzan su ministerio.

A este respecto, se ha calumniado al clero vasco; hase pretendido que había tomado las armas para batirse contra los militares. Es un embuste y una

calumnia; no puede citarse el nombre de ningún sacerdote que haya estado en el frente, y nadie puede conceder crédito a semejantes propósitos.

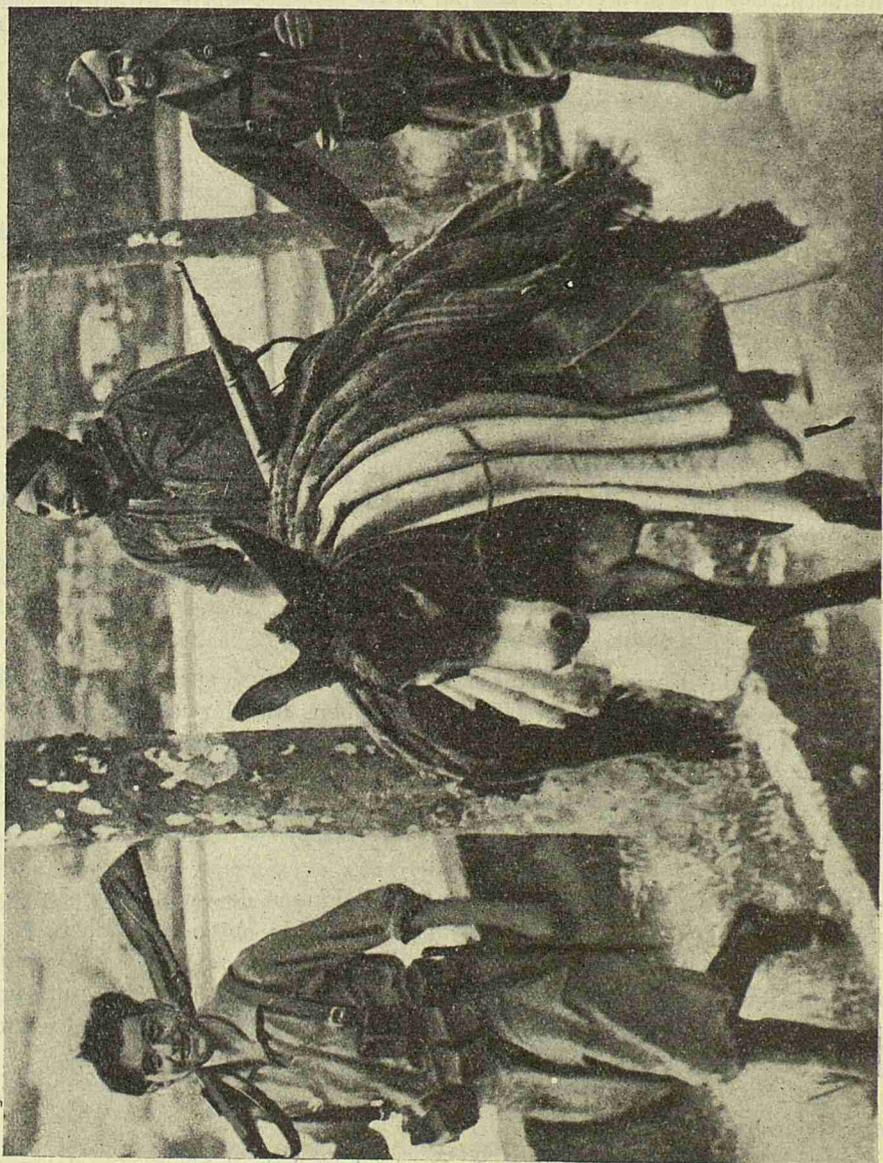
El clero vasco, ciertamente, se ocupa, con toda actividad, por medio de sus capellanes, de cumplir su misión sagrada, y no se sabe hasta qué punto la mayor parte de los «rojos», en la hora de la muerte, reclaman los Sacramentos y se reconcilian con Dios.

*

La muerte de los sacerdote vascos ha sido cuidadosamente silenciada por la prensa mundial, que, o bien no lo creía, o bien quería ocultarlo. Lo cual no es extraño en periódicos carentes de independencia. El número de sacerdotes muertos en Méjico es mucho menor que el de los sacerdotes vascos abatidos por los militares, en Guipúzcoa solamente, y no obstante la Prensa publicó sus nombres, y su memoria recibió el homenaje del mundo católico entero, porque, junto a la lista fúnebre, los diarios relataban, también, las circunstancias de su ejecución. Hoy, nadie, ni siquiera «L'Osservatore Romano», publica



Los llamados por Franco «salvadores de la civilización cristiana».



Hordas del Tercio al servicio de Franco.

nada sobre la muerte de los sacerdotes vascos. Los preladados de España conocen su ejecución, pero ni aun el obispo de Vitoria, hoy en Roma, y que está particularmente calificado para saberlo, ha elevado la voz «públicamente», a fin de protestar contra ella, lo que no ha impedido que este prelado se haya levantado para acusar a los «rojos» de haber fusilado en España a los religiosos.

¿Es que no existirá un dignatario de la Iglesia que haga entender su voz al mundo civilizado?

*

A propósito de los sacerdotes vascos fusilados:

a) No han comparecido ante ningún consejo de guerra; no se les ha instruído causa, y ni siquiera se les ha interrogado.

b) Las razones de su ejecución quedaron secretas.

c) Se obligaba a jurar al confesor que callaría el nombre de la víctima, la fecha y el lugar de la ejecución.

d) El condenado sabía que iba a morir sólo unos minutos antes de su ejecución, en el momento en que, en plena noche, se venía a buscarle a su celda. Llegada su última hora, no le permitían que oyese misa, ni tampoco que se recogiese en sí mismo. En el lugar del suplicio, un religioso escuchaba sencillamente su confesión y le suministraba la Hostia.

e) Los sacerdotes han sido arrojados a la fosa común, sin el menor asomo de ceremonia.

*

Los sacerdotes vascos aman sus ovejas, su lengua, sus costumbres; son dichosos desarrollando las obras sociales; saben «ir al pueblo», y éste les corresponde con el respeto de que los rodean. Y precisamente las víctimas se significaban entre el clero vasco por su ardor en las obras sociales, para las que las parroquias educan a la juventud por medio de la sinceridad de su fe.

*

A continuación va a leerse el relato de algunas de estas ejecuciones de aquéllas, sobre las que, con certeza, hemos podido obtener detalles; no es el caso de todas, efectivamente, porque han quedado secretas, y los testimonios eran tanto más difíciles de recoger por cuanto que los confesores mismos hubieron de jurar el secreto, como hemos dicho, en cuanto se refiere al nombre de las víctimas, el día y el sitio en que fueron ejecutadas.

Don Alejandro Mendicute.

De 45 años de edad, capellán de Hernani (Guipúzcoa), gran orador vasco y sociólogo; fué detenido en su pueblo y recluso en la cárcel de éste, donde permaneció diez días. Por demanda de su hermano, cura de la misma localidad,

fué libertado. Más tarde vino a su casa un joven a detenerle de nuevo. Se trataba de Juan José Praderas, hijo de una aristocrática familia de San Sebastián, reaccionario, quien le injurió groseramente, pronunció los peores insultos para su madre, y por fin hizo que lo encarcelasen en la prisión de Ondarreta, de San Sebastián. Ocupaba la celda número 11, y, sin hacerle comparecer ante un consejo de guerra, en la noche del 23 al 24 de octubre se le fusiló sobre las losas del cementerio de su aldea, y, según rumores públicos, en presencia de su hermano el cura, quien no había querido abandonarlo en esta hora trágica.

Don Martín Lecuona y don Gervasio de Arbizu.

El primero de 29 años de edad y el segundo de 64; ambos de la parroquia de Rentería (Guipúzcoa). Permanecieron en su parroquia, cumpliendo los deberes de su ministerio sagrado, todo el tiempo que duró la dominación de los «rojos», vestidos con sus sotanas y respetados por todos. Cuando se procedió a evacuar la población civil, porque se temía la explosión de los depósitos de gasolina de la CAMPSA, permanecieron ambos en su puesto junto a los fieles que no habían querido marcharse. Llegaron los militares, con quienes ambos sacerdotes vivieron en buena inteligencia, durante mes y medio, hasta el momento en que dieron principio las persecuciones contra el clero. Entonces, fueron detenidos. Los falangistas obligaron al sacerdote Lecuona a que se despojase de la sotana, y se condujo a ambos sacerdotes a la cárcel de Ondarreta, de San Sebastián. Allí permanecieron varios días; luego se les dijo que iban a ponerlos en libertad, y, creyéndolo, firmaron el acta de libertad. Mas esto sólo fué una trampa; un coche los esperaba en la puerta de la cárcel, tuvieron que montar en él y fueron conducidos a Galarreta, una aldea de Hernani, donde se les fusiló. Sus cuerpos, según un rumor público, fueron cargados en un carro para ser transportados al cementerio. Don Martín Lecuona fué el primer secretario del grupo vasco de Acción Social Cristiana de Guipúzcoa, que después se convirtió en el Secretariado Social Diocesano; además, fué el fundador de la primera organización local de la Juventud Obrera Cristiana Vasca.

Don Joaquín Arín, don José Martiegui y don Leonardo de Guridi.

El primero, cura arzobispo de la muy importante parroquia de Mondragón (Guipúzcoa), y los otros dos, vicarios de la misma parroquia.

El arzobispo tenía 64 años; sus vicarios alrededor de 38.

Don Joaquín Arín gozaba de una excelente reputación en la diócesis; se mantenía enteramente apartado de los movimientos políticos, querido de sus fieles, sembrando el bien a su alrededor; los jóvenes sacerdotes lo secundaban de una manera notable como pastores esclarecidos; el abad Martiegui era un

escritor vasco, y ambos se dedicaban a las obras de educación de la juventud. Los tres sacerdotes fueron detenidos en sus casas y conducidos a la prisión de Ondarreta (San Sebastián), donde la celda número 5, en el piso bajo, les sirvió de calabozo. Se les fusiló a los tres sobre las losas del cementerio de Hernani en la noche del 24 al 25 de octubre, día en que se celebra en España la fiesta de Cristo-Rey.

Don José Sagarna.

Don José Sagarna, de 24 años, vicario de la pequeña parroquia de Berriatúa (Vizcaya), recibió las órdenes en 1935, al mismo tiempo que otros cinco jóvenes, nacidos como él, en Ceanuri (Vizcaya). Celebró su primera misa el día del Sagrado Corazón, al igual que los otros cinco nuevos sacerdotes que tomaron los hábitos al mismo tiempo que él. Toda Vizcaya se asoció a esta fiesta, que presidió el arzobispo de la diócesis. El abad Sagarna era un sacerdote de costumbres angelicales. Cuando los militares entraron en la parte del pueblo que tuvieron que abandonar casi en seguida, apresaron al sacerdote, pretendieron que simpatizaba con el movimiento vasco, y lo fusilaron. El sacristán de los requetés (milicias carlistas), que escuchó su confesión, no pudo comprender por qué habían ordenado su muerte, pues él podía dar testimonios de la inocencia de esta alma.

El padre Otaño.

De la Congregación del Corazón inmaculado de María, en Tolosa (Guipúzcoa). Fue detenido bajo la denuncia de un religioso de la misma orden. El padre Otaño vivía muy retirado, era poco conocido y casi nadie conocía su simpatía por el movimiento vasco. No se conoce ni el día ni el lugar de su ejecución.

Don Joaquín Iturri Castillo.

Cura de Marín (Guipúzcoa). Tenía alrededor de 50 años. Fue detenido y conducido a la prisión de Ondarreta el 6 de noviembre: el día mismo que se recibió en San Sebastián un telegrama de Franco prohibiendo las ejecuciones de sacerdotes. No obstante, el abad Iturri Castillo fue fusilado la noche del 6 al 7 de noviembre en la carretera de Articuza, en la montaña, al mismo tiempo que otras varias personas.

Don José Peñagaricano y don Celestino de Onaindía.

El primero de 63 años, y el segundo de 38. El primero era vicario de Marquina-Echevarría, y el segundo de Elgoibar. El primero abandonó el pueblo porque su hermano se hallaba en la línea de fuego; el día 9 de octubre pasó a

la zona de operaciones y llegó a casa del abate Onaindía. El abate Onaindía se encontraba en su parroquia desde el 20 de septiembre, cuando los militares ocuparon la aldea. No se les inquietó por ningún motivo, hasta el 21 de octubre, día en que fueron detenidos en la misma iglesia y conducidos a la cárcel de Ondarreta. Fueron reclusos en la celda número 5, en la planta baja, con los otros tres sacerdotes de Mondragón a que antes hicimos referencia. En la noche del 27 de octubre se fusiló al abate Peñagaricano, y en la del 28 al abate Onaindía. No comparecieron ante ningún consejo de guerra, y, por consiguiente, no fueron interrogados. Se les empujó por los hombros hasta el coche y se les hizo subir, tocados siempre con sus bonetes. No se sabe dónde ha muerto el abate Peñagaricano, y se supone que el abate Onaindía ha sido fusilado en el cementerio de Oyarzun. Este último sacerdote, en el momento de su ejecución, pronunciaba el «Te Déum» y dejaba correr sus lágrimas, que eran, según el religioso que le asistió, no la expresión de su dolor, sino la de su emoción, porque sentía que iba a entrar en el cielo. El abate Peñagaricano decía cada día el oficio divino, de rodillas ante el Santo Sacramento; se confesaba diariamente, y, cuando sonaba la hora, aunque no estuviese entre creyentes, se descubría ante todos para decir el Avemaría. El abate Onaindía era director de las Hijas de María; cada semana dirigía dos Círculos de estudios sociales de los obreros, así como el día de Recogimiento mensual que seguían setenta jóvenes; en fin, ocupábase de una Asociación de setenta personas que hacían cada día sus meditaciones, escuchaban lecturas religiosas, etc... Ambos fueron, como los otros sacerdotes, enterrados en la fosa común, con otros fusilados, sin homenaje alguno a su memoria. No se permite hoy a las familias dar una sepultura digna a todas sus víctimas.

Don José de Ariztimuño (Aitzol).

De 39 años de edad; detenido el 15 de octubre a bordo del barco «Galerna», que iba de Bayona a Bilbao, y conducido a la prisión de Ondarreta. Parece ser que se le interrogó, pero no se le hizo comparecer ante ningún Consejo de guerra. Se le ha fusilado al mismo tiempo que a otras diez y ocho personas, entre las cuales una joven, sobre las losas del cementerio de Hernani. A la primera descarga, el abate Ariztimuño, gravemente herido, pero vivo aún, murmuró la oración: «¡Piedad, Señor, piedad!» Le dieron el golpe de gracia. Un joven señorito, perteneciente a una de las familias más acaudaladas de Bilbao, se encargó de esta tarea.

La personalidad de este sacerdote era eminente en el dominio de las letras vascas. Antiguo secretario de la Unión del Clero de España, organizador del Congreso de las misiones, celebrado el 1929 en la Exposición de Barcelona, había fundado y dirigía dos revistas que trataban de las cosas de este orden; más tarde fué el director fundador de «Euzcaltzalea», así como de la revista de alta cultura vasca «Yakintza»; periodista de talento, autor de

varias obras, había recogido tres mil poesías vascas del folklore regional; era el fundador y el animador de «El Día de Euzkera», de «El Día de la Poesía Vasca», de «El Día del Teatro Vasco». Hay que notar que la mayoría de los artículos por él publicados trataban de los problemas sociales, que tomó la palabra en asambleas de obreros para defender su propaganda, y que, en fin, emprendió controversias públicas con los «rojos». Fué duramente combatido por las derechas, como nacionalista vasco, y por los comunistas en su órgano «Euzkadi Rojo» por su acción social. La prensa reaccionaria de San Sebastián, dando cuenta de su detención, dijo: «que era un mal español, un vasco peor y un sacerdote perverso». Cuando anunció su encarcelamiento lo calificó así: «El energúmeno Aitzol». Según confesión del que en último momento recibió la suya, su muerte fué sublime. Su cadáver desapareció acto seguido de la ejecución.

Don José de Adarra.

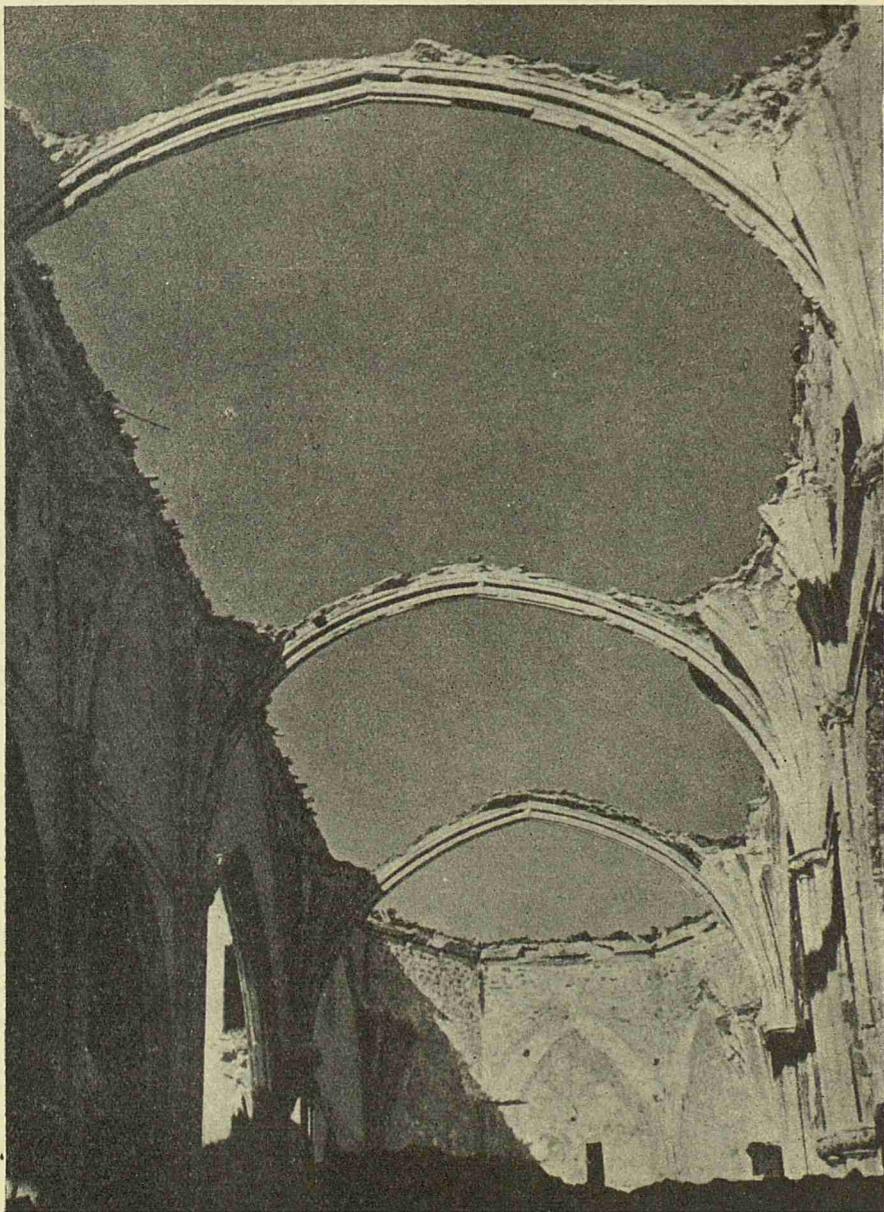
Un sacerdote muy anciano. Se le fusiló al mismo tiempo que al abate Ariztimuño.

Los rumores públicos calculan en unos 30 el número de sacerdotes fusilados. No podemos, sin embargo, certificar esta afirmación, por falta de pruebas concretas; pero es muy probable y hasta casi seguro que el día 18 de noviembre se inhumaran cuatro cadáveres de sacerdotes en el cementerio de Vera (Navarra), donde han sido fusilados más de 150 guipuzcoanos.

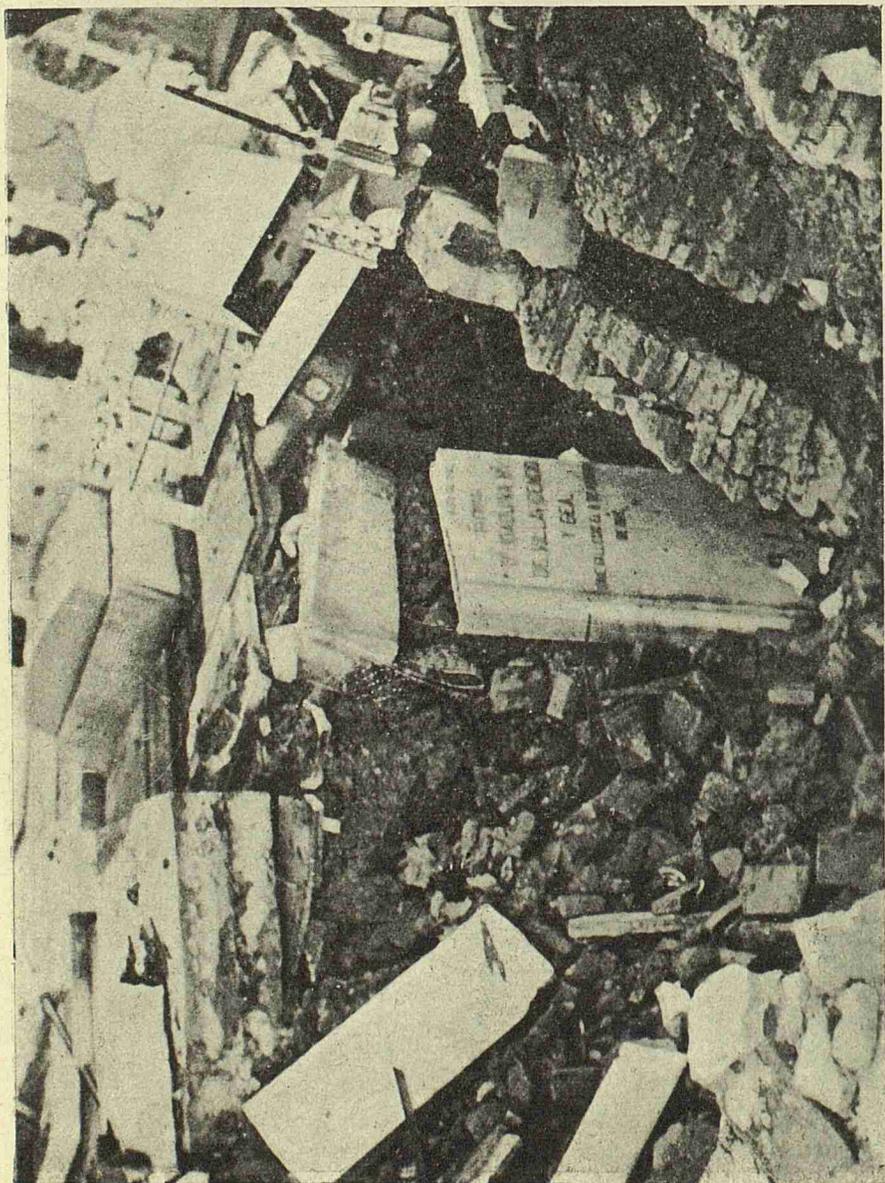
Indagar sobre estas muertes y completarla con fechas y lugares exactos, no es, en efecto, tarea fácil, porque todo ello ha sido rodeado del mayor misterio.

Más de 150 sacerdotes han sido encarcelados; muchos de ellos reclusos en las mazmorras de las cárceles ordinarias, otros, encerrados en conventos convertidos en cárcel. Y esto sólo se refiere al clero de la provincia de Guipúzcoa. Se sabe que más de cien religiosos y sacerdotes han huído de esta provincia para refugiarse en el extranjero; por último, muchos otros se hallan en Vizcaya, bajo la autoridad del Gobierno Vasco, rodeados de respeto y cariño.

Los militares han presentado al señor vicario general de la diócesis una lista de unos 1.500 sacerdotes vascos considerados «indeseables». Muchos de los cuales no eran ni son todavía lectores del diario católico «Euzkadi», órgano del Partido Nacionalista Vasco, de marcada tendencia social. Algunos de ellos han sido enviados a otras diócesis de España, donde, por ser vascos, vivirán odiados por la población. Debe saberse que, en efecto, en muchas regiones españolas, principalmente en el Sur, la población ha dejado de cumplir, casi



El patio trilingüe de Alcalá de Henares, destruido por la aviación alemana.



Cementerio de San Isidro (Madrid), destruido por la aviación del ejército invasor.

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

por completo, sus deberes religiosos. Sobre este punto se han publicado diversas estadísticas y estudios.

A otros, se les obligó a que pidiesen ellos mismos su traslado fuera de la diócesis de Vitoria. Sabemos que los tres vicarios de San Pedro y Santa Marina de Vergara (Guipúzcoa) han sido trasladados a Burgos, donde el arzobispo de esta archidiócesis les ha quitado el derecho a celebrar la Santa Misa, diciendo: «Si son católicos, no tienen más que oír misa los domingos».

El periodista Tusquets, que ha publicado varias obras contra la masonería, ha dicho en sus «Orígenes de la revolución española» que existe en las logias masónicas el acuerdo de rechazar fuera de sus regiones a los cleros vasco y catalán, trasladándolos a otras diócesis. Este autor es, en la actualidad, uno de los sacerdotes que más se distinguen por su ardor hacia el movimiento militar. El traslado del clero catalán se está realizando, actualmente, en lo que se refiere a los sacerdotes refugiados en Roma; se les envía a Andalucía, Castilla o Extremadura.

No tenemos noticia de que ninguna autoridad eclesiástica haya censurado la escandalosa manera con que se comete esta injerencia en la Iglesia; los puestos que deben ocupar los sacerdotes dependen únicamente de la autoridad eclesiástica, la cual no puede sufrir la presión de los militares. En todas partes, la Iglesia se preocupa, por encima de todo, de defender su libertad de acción.

Uno de los centros religiosos más perseguidos es el Seminario Diocesano, donde más de 360 seminaristas prosiguen sus estudios filosóficos y teológicos, además de los 250 que estudian latín. Es un seminario modelo, como reconoció hace tres años el visitador apostólico que vino en inspección canónica.

Actualmente, numerosos sacerdotes han huído de Guipúzcoa o han sido expulsados. La autoridad militar ha pretendido dar instrucciones a los predicadores, a veces procurarles, incluso, el tema de los sermones, con el fin de que únicamente se traten asuntos que disimulen el verdadero problema de la rebelión militar, exaltando ésta, por el contrario, y la guerra santa, etc.

En muchos pueblos se ha prohibido que se predique al pueblo en la única lengua que conoce y que se practica en muchas de nuestras regiones: el vasco.

UN CANÓNIGO CONDENA LA DESTRUCCIÓN DE MADRID

La Prensa francesa reprodujo la siguiente noticia procedente del campo faccioso:

Perpiñán, 21-2.—Noticias de San Sebastián anuncian que ha sido arrestado, sin que se sepa su suerte, un prestigioso canónigo, simpatizante con los nacionalistas, por el solo hecho de haber censurado el bombardeo de Madrid. Durante la misa mayor que se celebraba el domingo último en una iglesia de la

ciudad donostiarra, que se hallaba repleta de fieles, el sacerdote en cuestión había dicho al final de su plática:

«Y ahora, hermanos, esto tendrá que terminar. Debe acabar esta lucha inhumana que hace verter tanta sangre inocente. Hemos de acordarnos de que, sobre todo, somos cristianos. El criminal bombardeo de Madrid, donde la población civil está sufriendo grandemente, debe cesar. Tenéis delante de vosotros un hombre que os ha expresado el sentir de su conciencia, como cristiano y como católico. Quizá estas palabras harán que se me arreste, pero no me importa: estoy satisfecho de haber cumplido con lo que considero que es mi deber.»

UN EPISODIO DE LA TOMA DE SAN SEBASTIAN

En las últimas horas en que San Sebastián estuvo en manos de la República, al organizarse la retirada hubo unos cuarenta o cincuenta jóvenes vascos que pidieron quedarse para guardar los templos hasta que llegaran los fascistas, por temor a que en el tiempo que mediara entre la retirada de unas fuerzas y la entrada de otras, alguien intentara profanaciones e incendios en las iglesias. Así se hizo. A la entrada de los legionarios de Beorlegui en San Sebastián, los «jeikides» se hallaban haciendo aquella especie de «guardia santa» a las puertas de los templos.

—¡Eh!... ¿Qué hacéis aquí vosotros?—les preguntaron los fascistas.

—Guardamos las iglesias—respondieron—, seguros de que, como cristianos, nos agradeceréis este rasgo...

Por toda respuesta, recibieron ésta:

—¡Daos presos!

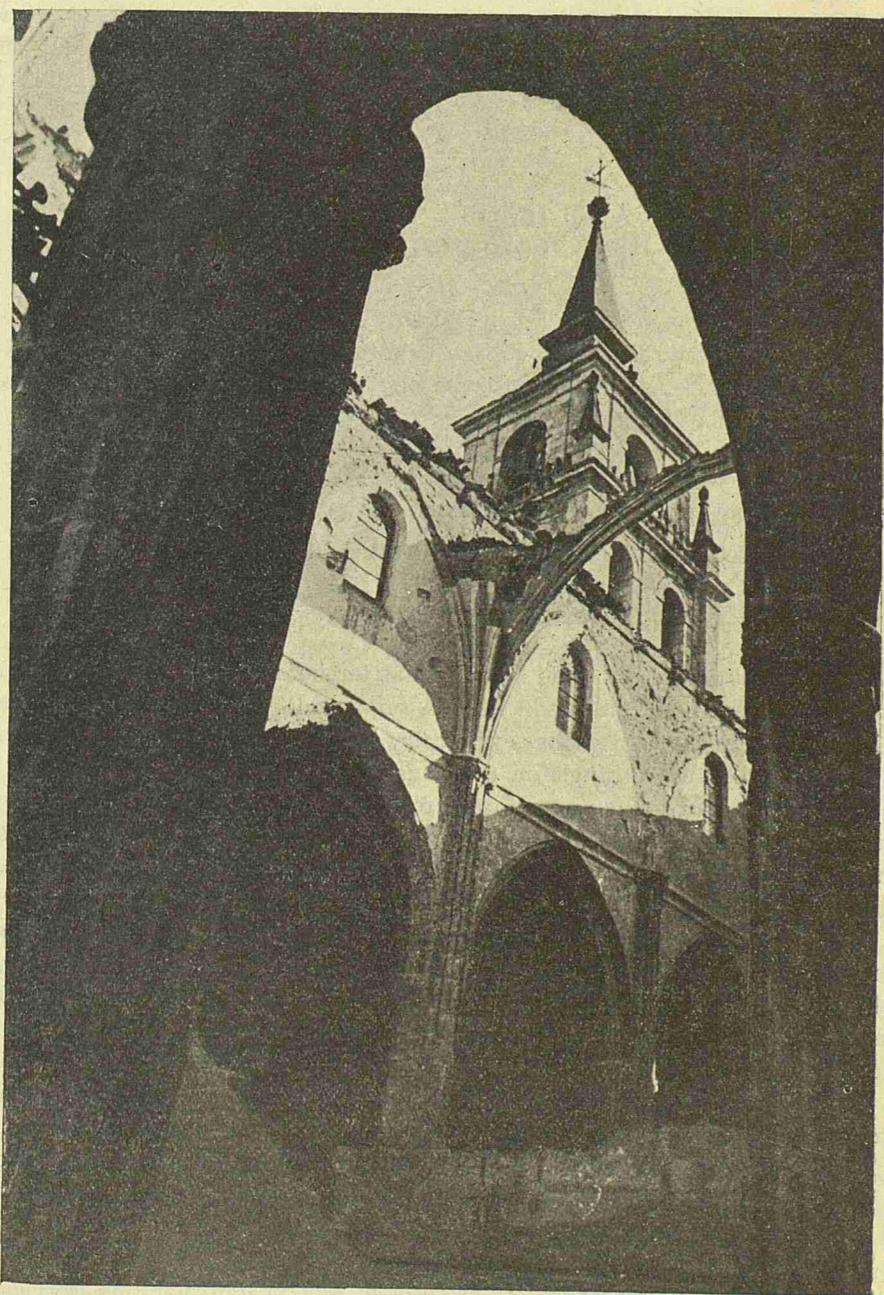
Los cándidos combatientes católicos así lo hicieron, y dos horas más tarde eran fusilados, sin comprender la grandeza de su acción.

Este episodio romántico dice mucho en favor de aquellos «jeikides», en favor de su fe religiosa.

LAS MONJAS SE MUEREN DE HAMBRE EN TERRITORIO FACCIOSO

El «Correo de Andalucía», de Sevilla, del 8 de mayo de 1937, publicaba lo siguiente:

«El gobernador civil ha facilitado una nota diciendo que las religiosas agustinas de Huelva están en Sevilla, donde «se mueren de hambre». Se encuentran acogidas en el convento de San Leandro, «cuyas monjitas también están en la miseria y no pueden socorrerlas».



Iglesia magistral de Alcalá de Henares, destruida por la aviación boche.

»El gobernador termina su patética nota exhortando al vecindario para que se sume con sus donativos a una suscripción que él encabeza con 20 duros.»

Ese caso de que se mueran de hambre las monjas aún no se ha dado en el territorio leal. Aquí prestan servicios en los hospitales o en las guarderías; comen y están atendidas.

UNA RELIGIOSA SE OFRECE COMO SIRVIENTA PARA PODER VIVIR

En los periódicos de la zona facciosa se leen anuncios como éste, que copiamos de «La Voz de España», de San Sebastián:

«Religiosa, culta, sabiendo corte, se ofrece para niñera. Sabe su obligación. Pensión Villa María Inmaculada.»

UN COMENTARIO FACCIOSO QUE DEMUESTRA EL RESPETO DE LOS REPUBLICANOS PARA LOS RELIGIOSOS

Del periódico «Boinas Rojas», de Málaga. Junio, 1937

«Se comenta el heroísmo de las religiosas terciarias carmelitas. Estas benditas esposas de Dios, que pasan la vida sembrando el bien en las cárceles, en los hospitales, en las escuelas, y, en fin, en todas las partes donde ponen sus sagradas plantas, se fingieron milicianas rojas.

»Ellas entraban a su antojo en las cárceles y elegían a todos los que podían salvar de las iras rojas. «Éste me lo llevo yo.» «De éste me encargaré yo de darle lo que se merece; ya sé yo quién es el bribón. ¡No la va a tener buena!» Y así fueron salvando a todos los que pudieron.

»Entraron las tropas nacionales en esta capital y hemos visto a esas heroicas monjitas. «¡Oh, lo que se parecen estas monjas a unas milicianas que andaban con los rojos!» Y estas santas heroínas nos aclaran su proeza, que la confirman, con grandes elogios, muchos que, gracias al ingenio de ellas, consiguieron escapar de las garras de la muerte.»

Cualquiera, por torpe que sea, comprende que en una ciudad pequeña, como Málaga, no podían ser desconocidas todas las monjas de una comunidad. Así, pues, el pretendido heroísmo de dichas religiosas no hace sino demostrar la libertad y el respeto de que disfrutaron mientras Málaga estuvo en manos del Gobierno de la República.

La verdad es que las monjas se quedaron en Málaga por su propia iniciativa y recibieron la paga y la protección del pueblo por los servicios prestados.



Monjas carmelitas de Durango, víctimas de la aviación alemana.

LOS JESUITAS FINANCIAN LA REBELIÓN

En un artículo que puede leerse en «El Correo de Andalucía», de Sevilla, se dice: «La Compañía de Jesús lleva dados a la lucha, para el exterminio de los rojos, más de 10.000 vidas y más de tres mil millones de pesetas.»

»Todo ello—se añade en otro párrafo—, además del numen de los padres, que habrá de consagrar la Historia de esta guerra por su sabiduría infinita.»

FUSILAMIENTO DEL PADRE REVILLA

La historia del padre Revilla encierra un gran interés. Este hombre había estudiado la carrera militar, en la que llegó al grado de capitán. Pidió después la separación del ejército. Educado en un hogar de tradición católica, ingresó en la orden franciscana. Cuando el desastre marroquí del año 21, este fraile se alzó acusador, frente a Berenguer, que impidió los trabajos de los franciscanos para salvar la vida de los prisioneros de Monte Arruit, dejados morir cobardemente por «el general de las derrotas».

Cuando estalló la actual sublevación, el padre Revilla se encontraba en Burgos, visitando a su anciana madre. Iniciada la tremenda era de asesinatos, protestó de aquello que estaba en pugna con el espíritu cristiano.

Entonces se le detuvo, preguntándosele si era enemigo del fascismo. Contestó que no era político, sino cristiano; pero que si el fascismo era los asesinatos que estaban cometiendo en nombre de Cristo, protestaba del fascio.

Bastó esta noble declaración para que se le formase juicio sumarísimo y se le condenase a muerte por «rojo».

Murió vestido con su hábito franciscano y abrazado a un crucifijo. Ante el piquete de ejecución, al que él mismo dió la voz de fuego, cayó gritando: «¡Viva la República!»

UN GOBERNADOR CATÓLICO

Cuando estalló la guerra era gobernador de Valladolid el católico republicano don Luis Lavín. Fué inmediatamente encarcelado y fusilado al poco tiempo. Antes de morir escribió a su madre la carta que reproducimos:

«Cárcel de Valladolid, 16 de agosto de 1936.

»Adorada y santa madre: te escribo desde mi celda siete horas antes de morir. A la cinco de la mañana me habrán fusilado ya. ¿Por qué? No te asuste, madre mía; no me fusilan por nada que pueda avergonzarte; me fusilan por ser gobernador; nada más.

»Una última petición te voy a hacer. No temo la muerte, no me importa sino lo que se queda. ¡Ellos, mis hijos, son los que en este momento me desgarran el alma! Mamá: a ellos y a mi santa y resignada mujer, quiérelos como a mí, y en lo que tú puedas, ayúdales a llevar su vida; se les abre desde hoy como un camino de espinas y de dolor. Enséñales a no odiar a nadie; que a todos amen y que «amor» sea la única palabra con la que venguen y protesten de la muerte de su padre.

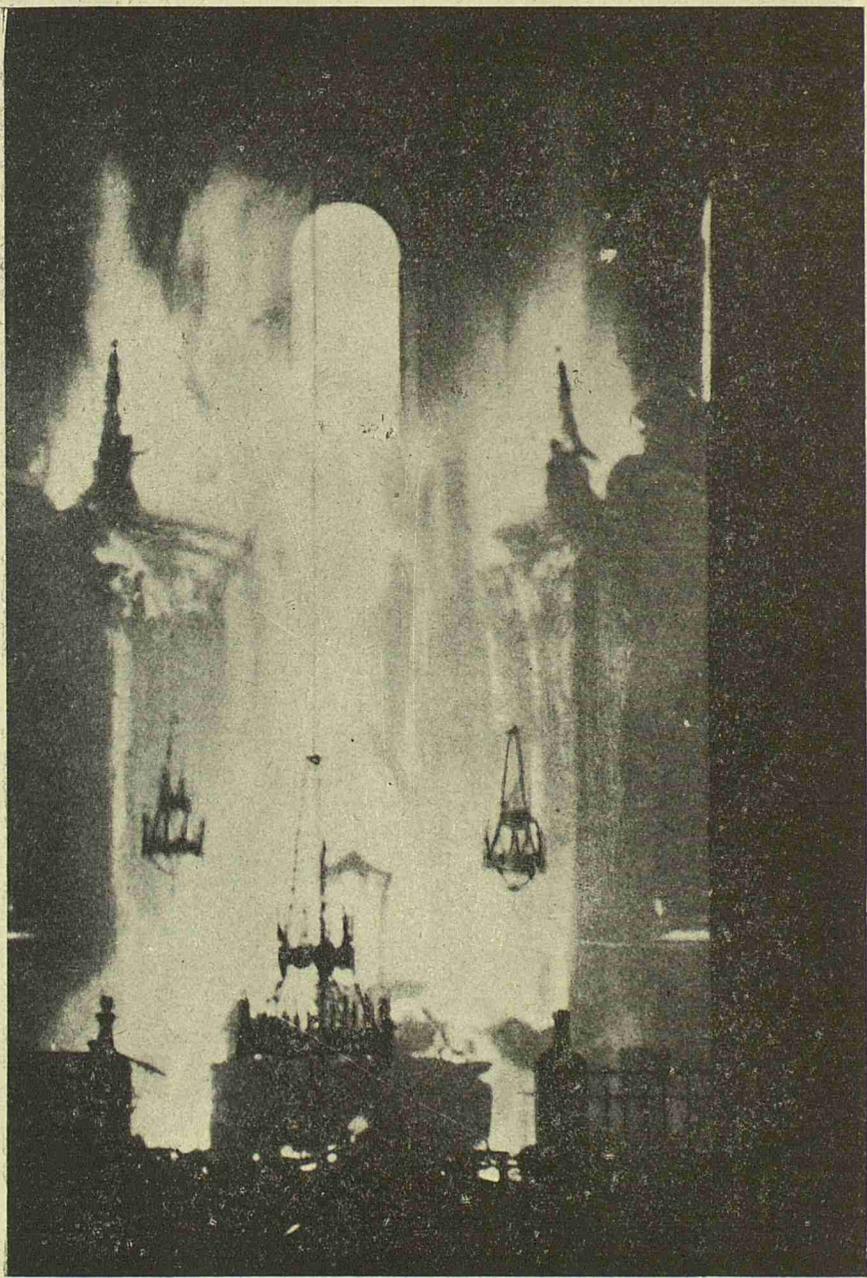
»Cuando alguien te dé el pésame, cuando alguno te recuerde mi muerte, ¡levanta la cabeza, alta, muy alta, y di que tu hijo no fué fusilado por traidor, ni por mal español; ni por mal cristiano, ni por mal caballero! ¡Que la muerte de tu hijo no deshonra el apellido inmaculado de mi santo padre! ¡Que he ido ante el piquete con la seguridad, con la firmeza y la plácida sonrisa del inocente, del bueno!

»Con esta carta te entregarán el escapulario de la Virgen del Carmen que en mis últimas horas llevo al cuello. ¡Para ti, madre mía!

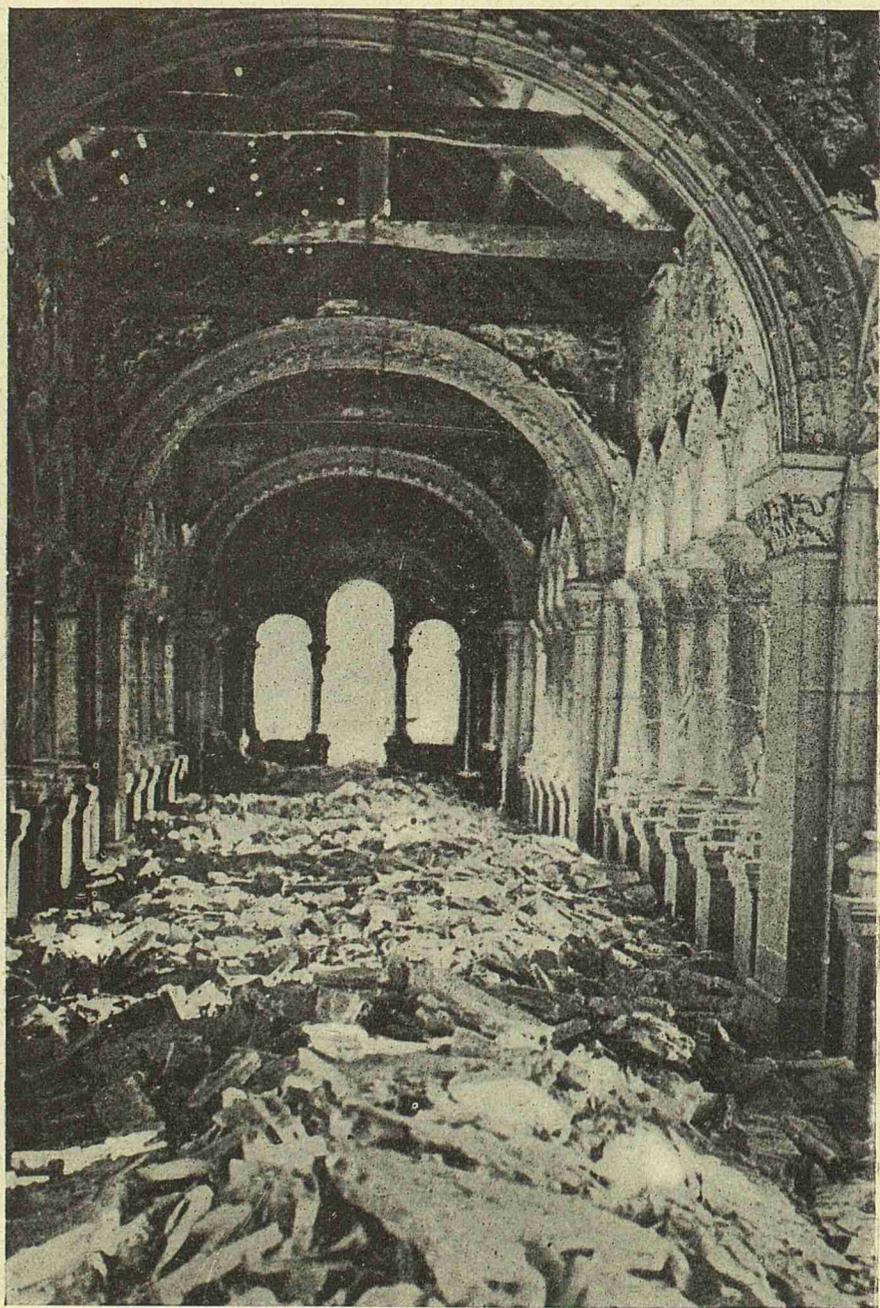
»¡Adiós; hasta el cielo, mamá santa!

»El último y más fuerte beso de tu hijo

LUIS.»



Una iglesia de Durango destruída por los «salvadores de la religión».



Otra iglesia de Durango, después de un bombardeo alemán.

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

GUERNICA Y DURANGO

De los terribles destrozos ocasionados en los templos y en el resto de las ciudades de Durango y Guernica, así como de las víctimas causadas entre la población civil y religiosa de dichas ciudades está ya el mundo enterado por la profusión de datos que se han divulgado sobre tan inauditos hechos. Aquí vamos a incluir tan sólo algunos sucintos relatos de personalidades católicas.

CARTA DEL VICARIO ECLESIASTICO DE BILBAO

Vicariato Eclesiástico.

BILBAO

SR. DON MANUEL DE EGILEOR.

Presente.

Mi distinguido amigo: contestando a su grata de hoy, debo manifestarle que, aunque—como usted sabe—no fui testigo presencial de la tragedia de Durango, del 31 de marzo último, me consta, por testimonios fidedignos, que (y así se lo hube de comunicar con honda pena a mi reverendísimo prelado en telegrama que dirigí a Roma) el bombardeo aéreo de aquel día fué tan terrible que destruyó gran parte de la población citada, y entre otros edificios, la parroquia de Santa María, que estaba entonces habilitada para el culto, la iglesia de San José, llamada también del Corazón de Jesús, que ocupa el centro del edificio de los Padres Jesuítas, dedicado anteriormente a hacer ejercicios espirituales a obreros, y la Santa Susana del Convento de Religiosas, en parte del cual seguía residiendo la Comunidad de Madres Agustinas.

Me consta, asimismo, que, además de muchos vecinos de aquella villa vizcaína, sucumbieron también, víctimas de la metralla, catorce de estas religiosas y dos sacerdotes, el párroco Dejove (Asturias), refugiado en Durango, y el reverendo padre Villalabeitia, de la Compañía de Jesús, que perecieron, el primero estando celebrando la Santa Misa, y el segundo mientras repartía a los fieles la Sagrada Comunión.

Creo que estos datos, tan gráficos, los más relacionados con mi cargo de vicario, bastan para expresar el alcance de la reprobable tragedia de este día.

El amor a la verdad, norma indeclinable de toda conciencia honrada, es la que me impele a hacer estas manifestaciones, aunque al exhibir mi nombre en ellas tenga que vencer mi innata inclinación a la vida modesta y silenciosa; pero lo hago complacido, por esperar que con ello he de contribuir a que

desaparezcan para siempre de entre nosotros esos horribles procedimientos bélicos, tan en pugna con el sentimiento de misericordia y fraternidad propios de todo corazón cristiano y sacerdotal.

Con este motivo tengo el gusto de reiterarme de V. affmo. amigo y capellán,

Bilbao, 5-5-1937.

RAMÓN GALBARRIATI.

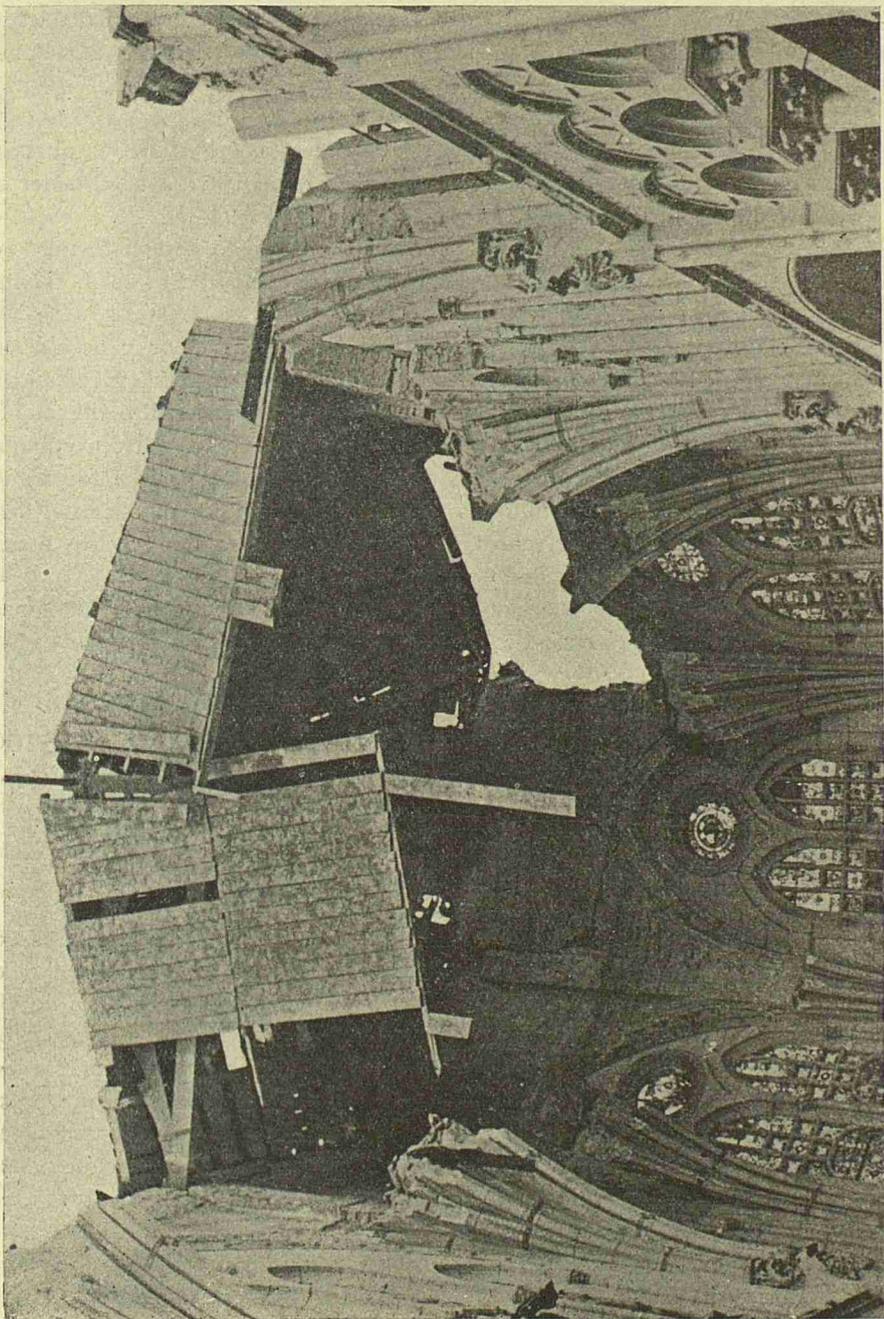
ALOCUCIÓN DEL PADRE ARONATEGUI, PARROCO DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE GUERNICA

Señor, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Paz a todos los pueblos de buena voluntad. Aunque indigno, es un sacerdote vasco el que en estos momentos dirige la palabra al mundo entero desde la capital de Vizcaya.

Era la media noche del lunes, día 26 de abril; la multitud de guerniqueses, ante el siniestro fulgor de las ingentes llamaradas, que ansiosas devoraban su pueblo, compendio de sus sentimientos más caros, con los corazones henchidos de amores divinos, elevaban sus brazos en cruz, meditando los acerbos dolores que la humanidad pecadora amontonó sobre el mártir del Gólgota.

Guernica ha dejado de existir. La imagen bíblica de Raquel, que llora y no quiere consolarse, corre a mi imaginación. Pero el vasco, que ha concretado en todos sus amores, en el amor a Dios y a la patria, no desespera, sabe elevarse en el dolor, sabe recurrir en momentos en que la desgracia hunde su acerada uña en su pecho, al Dios de las misericordias. Eso, y sólo eso, hizo después de aquel alarde de crueldad inusitada de los aviones fascistas que, durante varias horas, se ensañaron de la manera más inicua, bajando a ras de los tejados y arrojando millares de bombas incendiarias y varios cientos de explosivos. Momentos de desolación y de angustia indescriptibles; se desmorona la iglesia de San Juan, crujen las techumbres de los hogares; cientos de vascos rinden su culto a la muerte, intoxicados por aquel ambiente de humo y de calor. Y cuando mujeres y niños huyen alocados y despavoridos de la muerte, las ametralladoras de los aviones se encargan de segar sus vidas.

El clero vasco supo, en aquellos momentos de angustia, sobreponerse al dolor y, estrujando fuertemente su atribulado corazón, acudió presuroso con el bálsamo del Santo Óleo a ungir a los desgraciados que luchaban con la muerte. Guernica ha dejado de existir; sus hogares, en que los padres forjaban los corazones de sus hijos con el amor al Crucificado, tallando en su fondo, con letras del ejemplo más abnegado, el lema que compendia los amores de todo vasco consciente de su deber... han desaparecido. Han sido pasto de las llamas la iglesia de San Juan, la misma iglesia de Andra Mari, testigo de innumerables fervores eucarísticos, Andra Mari, la predilecta de los guer-



Durango. Iglesia destruida por la aviación alemana.

niqueses, en la que cientos de jóvenes de ambos sexos se recogían para meditar las grandes y trascendentales verdades, que colocan al hombre en un futuro eterno. Andra Mari no oirá el aletear suave de innumerables almas que volaban a sus pies.

Ha dejado de existir Guernica.

Su ferial, testimonio de camaradería, en que se movían cientos de basirritarras en busca de ganado y aperos de labranza, no volverá a extender su risueña mirada sobre espectáculo tan simpático.

Esto han visto, radioescuchas del mundo entero, esto han visto mis ojos en Guernica, en nuestra querida Guernica, y no hacemos en estos momentos otra cosa que una relación sucinta de lo ocurrido.

Soy un sacerdote vasco que, en estos momentos de dolor y desolación, busco un movimiento de compasión hacia mi pueblo y mi patria Euzkadi.

A pesar de lo ocurrido, a pesar de vernos sin hogar, sin culto, sin pueblo, no odiamos a nadie; no anida en el corazón del vasco el odio, sed de venganza ni destrucción. Por eso el clero vasco, en estos momentos en que tantísimos corazones de ancianos vascos, mujeres vascas y niños vascos mastican el duro pan de la miseria y del dolor, eleva su voz de padre hacia los cielos, e imitando a aquél que murió pidiendo perdón para sus enemigos, ruega por los destructores de Guernica, que no repararon en destruir pueblos indefensos y sumir en la miseria cientos de hogares y miles de personas.

LO QUE LA DELEGACIÓN RELIGIOSA BRITÁNICA HA VISTO EN DURANGO Y EN EL PAÍS VASCO

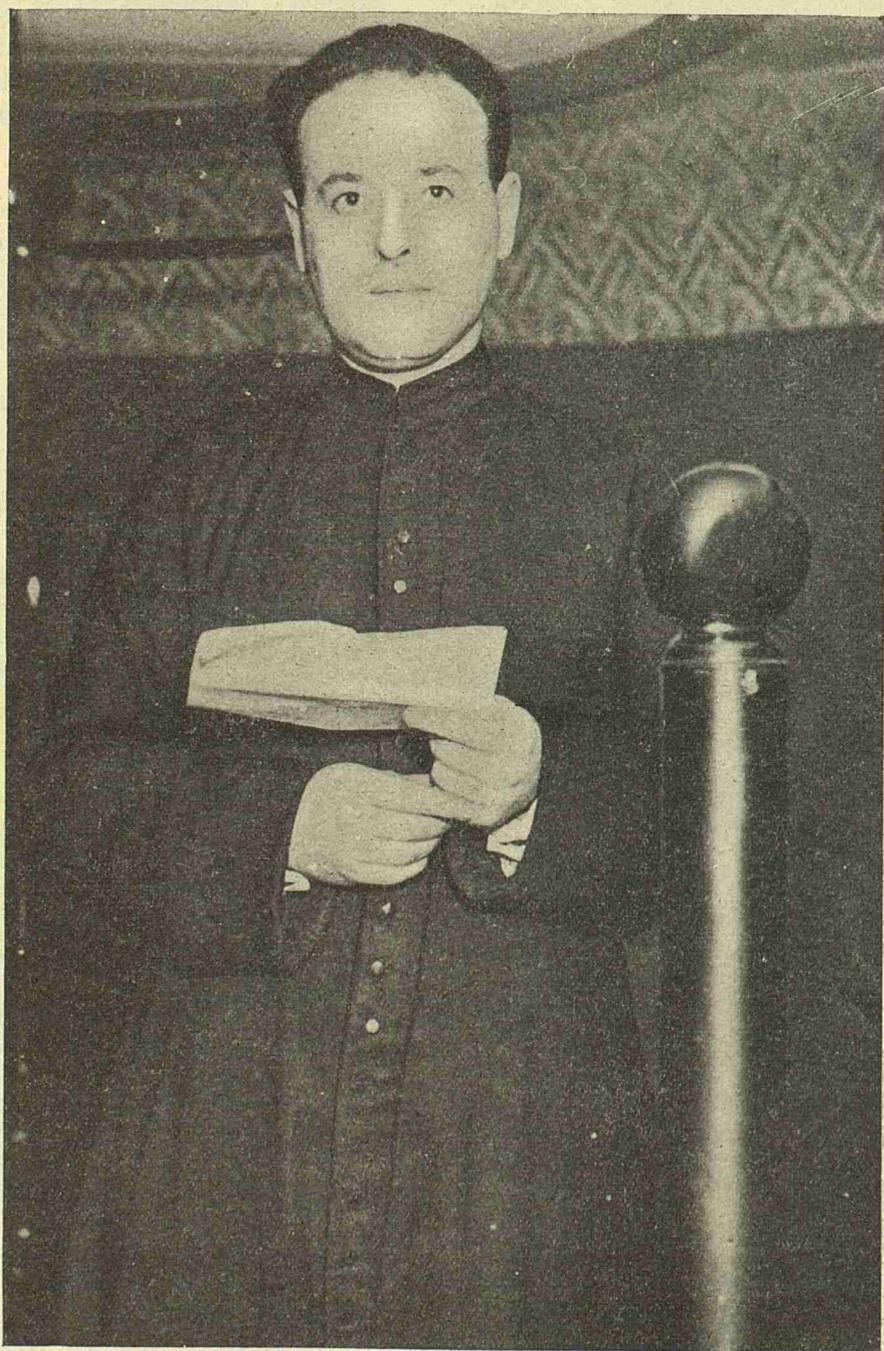
He aquí la importante declaración hecha por la Delegación a un redactor de la Agencia España:

París, 8 de abril.—El día de nuestra llegada a Bilbao, oímos hablar de los espantosos bombardeos aéreos de los insurgentes en la pequeña ciudad de Durango, y supimos que en el primero de estos bombardeos el número de víctimas había sido de más de un millar de heridos, varios centenares de muertos, de los cuales bastantes sacerdotes y religiosos. Estas cifras, que los bombardeos ulteriores habían de elevar a más del doble, no eran todavía más que provisionales. También supimos que un sacerdote había sido muerto mientras decía misa. Por otra parte, las fotografías tomadas inmediatamente después de este primer bombardeo mostraron a nuestra emoción escenas de la más profunda desolación.

Decidimos entonces marchar a Durango, a fin de ver la situación por nosotros mismos, lo que hicimos en la tarde del viernes 2 de abril. Cuando estábamos a una corta distancia de la ciudad, percibimos seis aparatos de



El sacerdote Morilla, víctima de la aviación alemana cuando oficiaba misa en Durango.



El Sr. Aronategui, cura párroco de Guernica.

AE

ARCHIVOS
ESTATALES

bombardeo al servicio de los sublevados, acompañados de un gran número de aviones de caza, los cuales hicieron su aparición por encima de Durango y arrojaron bombas sobre la villa. Vimos la explosión de estas bombas. Cuando los aviones hubieron desaparecido, penetramos en la ciudad de Durango y pudimos constatar los daños causados. Durango estaba casi totalmente destruido. Los bombardeos debieron ser de una intensidad terrorífica. Las iglesias y los conventos, especialmente, se hallaban convertidos en centros de desolación, y era absolutamente claro, incluso para los ojos menos competentes, que los daños no podían haber sido hechos más que desde el aire.

El chófer que nos condujo fué a informarse de si su hermano, que se encontraba en Durango, estaba vivo. Supo que su hermano no había sido muerto, pero que su hermana, que era religiosa de la Orden de San Agustín, se encontraba entre el número de los fallecidos. Esa tarde, una gran parte de la población había huído a campo traviesa para intentar librarse del bombardeo. Cuando llegó la noche, vimos a numerosas personas, con velas en la mano, buscando entre los escombros de la que había sido su casa.

Entre tres y cuatro de la mañana, algunos miembros de la Delegación, volviendo de Durango a Bilbao, vieron sobre la carretera una verdadera muchedumbre de hombres y de mujeres, muchos de los cuales llevaban niños en los brazos y que caminaban a lo largo de los cuarenta y dos kilómetros que separan Durango de Bilbao. Conviene decir que en el espacio de dos días, todos los refugiados de Durango habían sido alojados por el Gobierno vasco.

El Gobierno vasco nos ha dado toda clase de facilidades. Cada deseo formulado por nosotros era inmediatamente atendido. Se nos dió incluso un permiso especial para hacer una visita a los prisioneros políticos y para hablar a solas con ellos, a una hora en que la prisión estaba cerrada a los visitantes.

Todos los prisioneros con quienes hablamos, nos dijeron unánimemente que eran bien tratados, y nos pareció, en efecto, que estaban bien nutridos y satisfechos, fumando cigarrillos, riendo y hablando libremente.

Todos los prisioneros tenían celdas separadas con un lecho confortable; pasan la jornada en una gran sala común. Todos hablan con elogios sinceros de sus vigilantes.

Visitamos también un edificio especialmente construido para alojar en él a los prisioneros políticos, y en el que la instalación no deja nada que desear. En las salas, bien ventiladas, las camas son excelentes, y los prisioneros disponen de un amplio espacio de terreno donde pueden pasearse libremente. En esta casa, que está casi instalada, y en la que reina la higiene más moderna, los prisioneros están ciertamente mejor que los mismos soldados vascos en alguno de los cuarteles que hemos podido visitar.

Sin embargo, es incontestable que una gran penuria de productos alimenticios existe en el País Vasco. Y nos ha impresionado la manera equitativa con que el Gobierno vasco organiza la distribución de los víveres de que dispone.

El pueblo vasco es el pueblo más profundamente religioso que hemos encontrado en Europa, y su religión tiene una profunda significación social y humanitaria.

No solamente todas las iglesias están allí abiertas, sino que son diaria y frecuentemente visitadas por los hombres y por las mujeres con fines religiosos. El País Vasco tiene las iglesias destinadas al pueblo entero.

No solamente el Gobierno no impide en modo alguno el libre ejercicio del culto, sino que un gran número de ministros del Gobierno vasco son ellos mismos católicos practicantes.

Al mismo tiempo, el Gobierno atiende a que los servicios educativos y sociales estén sometidos a su control, a fin de que los servicios puedan ser efectuados por profesores y por enfermeras especialmente preparados. Hemos podido asimismo observar una estrecha y amistosa cooperación entre los funcionarios laicos y religiosos de instituciones tales como escuelas, hospitales, sanatorios para niños, etc. En resumen, la situación del País Vasco es única desde todos los puntos de vista. No hay allí la menor separación entre la vida religiosa, la vida social y la vida política. El clero está, en cierto modo, identificado con el sentimiento nacional. En todo el País Vasco no hemos visto una sola iglesia que haya sido dañada por los republicanos.

RELATO DEL DEAN DE LA CATEDRAL DE VALLADOLID

Me encontraba en Bilbao cuando el Gobierno vasco decidió evacuar Guernica, donde tengo amigos y parientes. Llegué a Guernica el 16 de abril, a las cuatro cuarenta de la tarde. Apenas había dejado el coche, cuando empezó el bombardeo. La gente estaba aterrorizada y huía, abandonando el ganado en el mercado. El bombardeo duró hasta las siete cuarenta y cinco de la tarde. Durante este espacio de tiempo no pasaron cinco minutos sin que el cielo estuviera negro de aeroplanos alemanes.

El método de ataque fué siempre el mismo. Primero, fuego de ametralladoras, después, bombas ordinarias, y, finalmente, bombas incendiarias.

El fuego recorrió toda la ciudad; se oían por todas partes gritos de dolor, y la gente, llena de terror, se arrodillaba levantando sus manos al cielo como implorando la protección divina.

Las primeras horas de la noche presenciaron el terrible espectáculo de hombres y mujeres que buscaban a sus familiares y amigos en los bosques circundantes. Muchos de los cadáveres estaban arrodillados.

Como sacerdote católico declaro que no puede infligirse mayor ultraje a la religión que los «Te Déums» cantados en honor de Franco y Mola en la iglesia de Santa María de Guernica, que fué milagrosamente salvada por el heroísmo de los bomberos de Bilbao.

Los rebeldes han destruido las siguientes ciudades y pueblos del País Vasco: Marquina, Elorrio, Durango, Ceánuri, Dima, Yurro, Guernica, Bolívar y Eibar. En los últimos días, los moros han ofendido a veinticuatro mujeres de la ciudad de Ceánuri, tres de ellas pertenecientes a la misma familia. Las autoridades vascas poseen testimonios irrefutables de estos hechos.

OPINIONES DE LOS ESCRITORES EXTRANJEROS

«Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el significado de los partidos que se enfrentan en España, está fuera de duda que el pueblo vasco es católico, y que el culto público no ha sido jamás interrumpido en este país.

»En estas condiciones, a todos los católicos, sin distinción de partidos, les corresponde ser los primeros en levantar la voz para que el mundo evite la matanza sin piedad del pueblo cristiano.

»Nada justifica, nada disculpa los bombardeos de ciudades abiertas como Guernica.

»Dirigimos un angustioso llamamiento a los hombres de corazón de todos los países, para que cese inmediatamente la matanza de los no combatientes.»

Entre los firmantes de este documento figuran los señores François Mauriac, de la Academia Francesa, y Jacques Maritain; la de Luigi Sturzo y la del grupo inglés «People and Freedom».

EL MITO DE LA GUERRA SANTA

Al hablar los facciosos de la guerra que han desencadenado sobre España, le dan el adjetivo de «santa», sin duda para atraerse las simpatías de los católicos. Pero tal apelativo no puede aplicarse a la guerra actual, como han demostrado autoridades católicas de gran altura intelectual.

A este respecto reproduciremos un artículo del gran escritor católico francés Maritain, una conferencia del padre Laborda y una manifestación de Mrs. Mónica Whitley, escritora inglesa, también católica.

UN ENSAYO DE JACQUES MARITAIN

El texto completo de este ensayo constituye el prólogo a un libro de Mendizábal, que se ha publicado en Francia. El trabajo, del que reproducimos algunos fragmentos, se titula «De la guerre sainte».

«Hay muchas gentes que piensan que «desde el punto de vista cristiano» no deben hacerse ciertas cosas, «pero...» Y es precisamente este «pero» el que el diablo emplea para trazar su camino.

»Olvídase que el mal sigue siendo el mal, que el horror consumado queda ya consumado, y que la desesperación de los hombres y su dolor, una sola lágrima y un solo grito arrancados por la injusticia, pueden ser compensados con creces (para eso murió Jesús), pero no puede borrarse, no serán nunca borrados. ¡Nunca!

»Se olvida que los errores y las faltas, las mentiras, las crueldades, las cegueras, y todo el aparato «realista» de medios pecaminosos ordenados «para fines buenos», a que se resigna uno con la satisfacción que un espíritu halla en su propia superioridad, son principalmente, y ante todo, los que han conducido a la cristiandad a lo que hoy es, y al espectáculo de la desgracia universal que nos ofrece la civilización. O la cristiandad se rehace por medios cristianos, o se deshará por completo.

»Este problema de los medios tiene una importancia absolutamente transcendental, compromete toda la moral; es toda la moral. Y en este sentido, precisamente, el cristianismo, si no quiere abdicar, habrá de afirmar, de la manera más aguda, su naturaleza contra las doctrinas de fuerza, para las que son buenos todos los medios y que lo demuestran avanzando con éxito por el camino de la muerte.

»El que a la guerra civil—guerra social, guerra política, guerra de clases, guerra de intereses internacionales y de intervenciones internacionales—se le haya dado en España un carácter más, el de una guerra de religión, es un hecho que se explica por circunstancias históricas, y que contribuye a agravar el conflicto; pero que no basta para transformarlo en una guerra santa, en una guerra consagrada a Dios.

»El P. Menéndez-Reijada D. P., en su obra «La guerra nacional española ante la moral y el derecho», publicada en Salamanca, afirma que «la guerra nacionalista española es una guerra santa y la más santa que registra la Historia», y justifica este aserto diciendo que en la guerra actual están en juego la existencia misma de toda religión natural o positiva, y la del fundamento natural de la sociedad. Séanos permitido dudar que la Providencia no disponga de otro medio para salvar estas bases primordiales de la vida humana más que la victoria de los nacionalistas españoles y sus aliados. En todo caso, el razonamiento en cuestión tendería a probar que se trata de una guerra justa, mas no de una «guerra santa», en el sentido propio que la filosofía de la historia y de la cultura debe reconocer a esta palabra.

»Una fría resignación a la fatalidad mortífera y a todo aquello que el hombre hace «porque la guerra es la guerra», pesa más en el acontecimiento que en el fervor religioso.

»Por su esencia, la guerra forma parte de las cosas que pertenecen al

César; es, por excelencia, algo temporal, puesto que conmueve hasta lo más hondo—hasta el sacrificio de los hombres—la ciudad temporal; toda guerra lleva implícitos intereses políticos y económicos, codicias de la carne y de la sangre. No obstante, en una civilización de tipo sacro, esta misma carga terrenal podría desempeñar un papel «instrumental» en atención a fines espirituales que tuviesen realmente primacía, no digo ya en las intenciones de los corazones solamente, sino en el movimiento objetivo de la Historia. Cuando los cruzados, ávidos y ambiciosos, se ponían en camino para rescatar la tumba de Cristo, esta finalidad religiosa atraía realmente a ella todo lo demás y lo calificaba realmente.

»Sin embargo, aun entonces, dada la manera de realizarse y las impurezas que arrastraba, ¿gustaba la guerra a Dios tanto como se pensaba? En último término, las cruzadas fracasaron en cuanto a su objetivo esencial.

»Con respecto a formas de civilización como las nuestras, en que, según se desprende de las enseñanzas de León XIII sobre esta materia, lo temporal está perfectamente diferenciado de lo espiritual, y es autónomo para lo sucesivo, la guerra santa pierde toda su significación.

»La España de Franco recibe ayuda de la Alemania nacionalsocialista, que persigue a los católicos, y de la Italia fascista, que está abierta a ideologías y corrientes históricas que se proponen cosas muy distintas a ayudar a la expansión del reino de Dios, cuya inspiración es absolutamente distinta, y cuya inspiración es absolutamente política e imperialista. En el programa de F. E. se dice: «La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión ni actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado».

»Justa o injusta, una guerra contra una potencia o una guerra contra conciudadanos, es, necesariamente, lo que es en sí y por esencia: algo profano y no sagrado; no solamente algo profano, sino algo abierto al pecado del mundo de las tinieblas. El hecho de que puedan encontrarse enfrentados valores sagrados, no hace santo ni sagrado este complejo profano; por el contrario, esos valores quedan secularizados y son llevados a sus finalidades temporales. La guerra no se convierte en santa; más aún, lleva consigo el peligro de hacer blasfemar lo que es santo. Y los medios abominables que hace suyos la llevan de modo inevitable a semejante resultado. Supone también el riesgo de llevar los odios antirreligiosos a un paroxismo sin remedio. Si desde algunas iglesias, unos imprudentes tiran sobre el pueblo, éste, por instinto, se sentirá inclinado a aniquilarlas todas, y si unos sacerdotes invitan a sus fieles a la violencia, todos los sacerdotes serán considerados enemigos públicos.

»En la jerarquía de los medios, la guerra está lejos de ser el más elevado, y en virtud del axioma «el orden de los medios corresponde al orden de los fines», la Historia temporal conmina a los cristianos a emplear todo un mundo de medios antes que la guerra.

»A propósito de la guerra, el reverendo padre Gerald Vann, escribe hace poco: «El cristianismo no florecerá por el suicidio de los cristianos, ni siquiera suponiendo que saque provecho del homicidio de los no cristianos. Y, ¿qué ocurre en el caso de una guerra civil, en que el mantenimiento de la religión fuera el objetivo de una de las partes? ¿Podremos, ante hechos contemporáneos que se imponen a nuestra atención, ser ciegos para ver la imposibilidad de conservar la pureza de semejante causa, para que no se mezclara con fines menos dignos? ¿Nos empeñaremos en no tener presente el inevitable peligro de un conflicto mundial, de consecuencias diferentes a las previstas en un principio, y la conclusión inevitable, el caos y la anarquía?»

»Los medios propios del reino de Dios no son ni la fuerza de las armas ni la sangre derramada. ¡Que se invoque, pues, si se la cree justa, la justicia de la guerra que se hace, pero que no se invoque su santidad! Que maten, si creen que deben matar en nombre del orden social o de la nación, lo cual es bastante horrible; pero que no maten en nombre de Cristo-Rey, que no es un jefe de guerra, sino un Rey de gracia y caridad, muerto por todos los hombres, y cuyo reino no es de este mundo. «Si mi reino fuese de este mundo, mis servidores habrían combatido para que yo no fuese entregado». Los habitantes de una aldea negáronse a recibir a Jesús, «y viendo esto sus discípulos» Jacob y Juan, dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?» Entonces, volviéndose él, les respondió diciendo: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las vidas de los hombres, sino para salvarlas.»

»Pío XI, en su discurso de septiembre, dijo:

«¡Dios mío, la guerra, aun en la menos triste de las hipótesis, es siempre algo terrible e inhumano! ¡El hombre busca al hombre para matarlo, para matar el mayor número, para dañarle, así como a todo cuanto le pertenece, con medios cada vez más potentes y más mortíferos! ¿Y qué decir cuando la guerra es entre hermanos?»

»La introducción del mito de la guerra santa en los conflictos presentes que sufre Europa, sería una calamidad irreparable. Al crear aquí heridas morales y resentimientos incurables en lo que atañe a la religión, favoreciendo con ello una alteración interna y una a manera de islamización de la propia conciencia religiosa, este mito asestaría al cristianismo los más duros golpes. Y, por un efecto inevitable de la miseria humana, ¿qué haría sino multiplicar por todas partes el sacrilegio?

»¡Dios me guardé de pronunciar aquí ni una sola palabra que pueda herir a una sola alma de buena fe!

»De hombres que se escandalizan porque no se considera su guerra como una guerra santa, he recibido cartas de insulto que me importan poco. Pero he recibido también cartas de dolor, que me han afligido. Sin embargo, lo que es, es.»

Maritain no oculta su indignación por los excesos cometidos por elementos incontrolables de la zona leal, en los momentos en que la defección militar privó al Gobierno de la casi totalidad de medios coercitivos, y le impidió sancionar debidamente las transgresiones de la ley, pero se indigna más todavía por los atropellos cometidos por los que a sí mismos se llaman defensores del orden y de las instituciones seculares. Claramente se desprende de las palabras con que censura a éstos últimos:

«Es un sacrilegio horrible matar cruelmente a pobres—si son «marxistas», son también el pueblo de Cristo—en nombre de la religión. Es otro sacrilegio—de forma religiosa—cubrir a los soldados musulmanes con imágenes del Sagrado Corazón, para que maten santamente a hijos de cristianos, y pretender enrolar a Dios en las pasiones de una lucha en la que se considera al adversario como indigno de todo respeto y de toda piedad. No es menos sacrilegio fusilar, como en Badajoz, a centenares de hombres, para festejar el día de la Asunción, o aniquilar con bombas de aviación, como en Durango—porque la guerra santa odia más ardientemente que la infiel a los creyentes que no la sirven—, las iglesias y el pueblo que las llena, y los sacerdotes que celebran los misterios; o, como en Guernica, una ciudad entera con sus iglesias y sus tabernáculos, segando con ametralladoras a las pobres gentes que huían.

»Pensando en aquellos que se escandalizan de la protesta de cierto número de católicos franceses con esta destrucción, hago constar también que éstos repudian todo bombardeo de ciudad abierta, proceda de donde proceda. Si la aviación roja destruye algún día, con arreglo a los principios de la guerra total, una ciudad de la zona blanca—como la aviación alemana destruyó Guernica—, no dejarán tampoco de elevar su protesta.

»Empiezan a llegar testimonios del terror blanco, y lo que se conoce hasta ahora, hace pensar que éste alcanza un nivel de crueldad y desprecio a la existencia humana, de una rara elevación. Pero, ¡cómo! Se combate en nombre de la guerra santa, que se lleva a cabo bajo los signos y estandartes de la religión; pero la luz de Jesucristo brilla como un símbolo de guerra sobre la agonía de los fusilados; y ni el corazón del hombre, ni su historia, pueden soportar esto. Un hombre que no crea en Dios, puede pensar: «Si bien se mira, ése es el precio de la vuelta al orden, y un crimen bien vale otro». Un hombre que cree en Dios sabe que no hay desorden peor. Es como si los huesos de Cristo—que no pudieron alcanzar los verdugos del Calvario—hubiesen sido rotos sobre la cruz, por los cristianos.

»Es posible que en España toda guerra tienda a convertirse en guerra santa: en este sentido, la frase «guerra santa» ya no designa cierta cosa de una naturaleza objetiva determinada, sino que se refiere a una disposición del temperamento histórico de un pueblo. Pero, entonces, será preciso decir que los milicianos hacen también su guerra santa. Y por respetables que se

consideren los sacrificios de los nacionalistas, ¿quién se atrevería a hablar sin respeto de los sacrificios heroicos de que España ha dado ejemplo en el lado gubernamental?

»En la consideración de las causas y condiciones objetivas del conflicto, y en la de la justicia, es donde reside el criterio de apreciación de una guerra. Lo que sucede es que una de las plagas espirituales de la guerra civil, sobre todo cuando se refuerza con el mito de la guerra santa, consiste en no dejar ver a un campo más que los errores y los defectos del otro.

»El mito de la guerra santa representa un grave peligro para la civilización. Los hombres que desean realmente la paz y el bien de la civilización, deben esforzarse en proteger los ánimos contra el mito, para salvar de la ruina de una guerra universal lo que todavía subsiste de la cristiandad histórica y los gérmenes de una nueva cristiandad.

»Lo que pide la paz del mundo no es la oposición de una ideología a otra ideología; es un trabajo de inteligencia concreta, que permita a los Estados y fuerzas históricas existentes que se soporten mutuamente sobre el camino del tiempo.

»La guerra que se libra en España es una guerra de exterminio; tiende, no solamente a arruinar por completo a la nación española, sino también a provocar un conflicto universal; en todas partes exaspera pasiones que no perdonan.»

Cualquiera que sea el alcance y la interpretación que se den a las palabras de Maritain, es indudable que envuelven una condenación de la guerra y de su calificativo de «santa», inventado por los rebeldes para cubrir sus apetencias de riqueza y de dominio.

Las gentes de Franco que provocaron la guerra de invasión no pueden ser disculpadas por nadie, y menos por un católico culto y sincero.

CONFERENCIAS DEL PADRE LABORDA

Reproducimos textualmente de «Clarté», importante diario de Montreal:

«Un sacerdote católico romano ha dado una serie de conferencias en Irlanda, sobre todo en Dublín, y se ha tomado la molestia de contestar a los propagandistas de Franco, quien, para cubrirse, afirma que hace una guerra santa, para salvar la iglesia católica de los rojos de Moscú.

»Se trata del padre Laborda, sacerdote vasco, cuya personalidad había producido la mejor impresión en la época del Congreso Eucarístico de Dublín.

»«L'Trist Press» da la siguiente relación del mitin en que ha intervenido el reverendo Laborda:

«El papel que desempeñan las provincias vascas en la situación actual en que se encuentra España—dice el diario—ha sido el tema de una conferencia del reverendo Laborda, sacerdote vasco, en el Gaiety Theatre, de Dublín.

»Había una gran concurrencia. El padre Laborda, que es un cantante de mérito, entonó algunos de los cantos primitivos de su comarca vasca. Su conferencia fué traducida por M. R. Martín. El reverendo Michael O'Flanagen, que presidía, explicó que el reverendo Laborda había participado en el Congreso Eucarístico de Dublín en 1932.

»Sí ha pasado por Dublín un sacerdote que causase extraordinaria impresión, ha sido, sin duda, el reverendo Laborda.

»Interpretó en vasco canciones populares de su país, que posee la lengua más extraña y más interesante de Europa, la lengua vasca, que es única, por cuanto nadie puede averiguar el origen ni establecer las relaciones con las otras lenguas del mundo. El pueblo vasco ha podido mantener y conservar puras sus costumbres, sus tradiciones, su música... ¿Qué debemos pensar de esos hombres—concluye el reverendo O'Flanagen—que tienen la ambición de querer desarraigar un lenguaje peculiar, una civilización original y una región autónoma como el País Vasco?

»He aquí las palabras del reverendo Laborda:

«He venido aquí con el carácter de sacerdote católico vasco, ligado devotamente a mi religión y a mi país, y no he pertenecido jamás a ningún partido político. He venido espontáneamente, por propia voluntad, para defender la actitud de los patriotas católicos vascos, para pedir justicia para la gran comarca vasca, cuya alma cristiana dirige el Partido Nacionalista Vasco.

»Los católicos patriotas vascos merecen todo crédito y toda confianza, porque la fe católica está siempre extremadamente viva en ellos. Gracias a esto, nuestras iglesias y nuestros conventos subsisten hoy, y la totalidad de nuestros 2.100 sacerdotes seculares de la diócesis, viven respetados y ejercen su ministerio.

»Se os pide que creáis y calificuéis de comunista a este movimiento nacionalista porque combate a Franco. Yo os doy mi palabra de honor que conservamos nuestro carácter propio y nuestra ideología cristiana, que defendemos y propagamos con la palabra y con la pluma; al mismo tiempo, con argumentos, pero sin violencias.

»En las últimas elecciones generales el voto de los electores ha sido solicitado en el País Vasco por tres grupos diferentes: las derechas, las izquierdas y el Partido Nacionalista Vasco. Este último no hizo ninguna alianza, marchando adelante con su programa vasco-social-cristiano. Las izquierdas triunfaron y, como siempre acaece en el País Vasco, los católicos triunfaron igualmente. Los frentes actuales en esta guerra civil, son: derechas contra izquierdas en España, y con las izquierdas estamos nosotros en el País Vasco. Antaño las derechas llegaron a negar la catolicidad de los patriotas vascos repetidas veces; pero las autoridades eclesiásticas les obligaron a que publicasen una rectificación, en la cual los católicos vascos eran reconocidos tan católicos como los partidarios de las derechas. Si se tratase de una guerra religiosa,

¿cómo se explicaría la expulsión del obispo de Vitoria, arrojado de su diócesis, y otros atentados contra monjes y sacerdotes cometidos por las tropas de Franco?

»El fascismo no querrá jamás que la Iglesia permanezca neutral en las cuestiones políticas. En cuanto a mí—añade el reverendo Laborda—, no acepto una Iglesia convertida en instrumento de Franco.»

El reverendo Laborda dió fin a sus declaraciones facilitando una lista de trece sacerdotes que fueron fusilados por los fascistas.

DECLARACIÓN DE UNA ESCRITORA INGLESA

En la reunión de la Conferencia Internacional de Ayuda a España, celebrada el 17 de enero de 1937, la escritora inglesa miss Mónica Whitley hizo la siguiente manifestación:

«No puede decirse que esta guerra sea una guerra de religión.

»Hay católicos a ambos lados, pero los hay más al lado de los leales. Pido a Dios que todos los católicos sostengan la causa republicana.»

TESTIMONIOS DE EXTRANJEROS QUE HAN VISITADO LA ZONA FACCIOSA

INFORMES DE UN OBISPO CATÓLICO

Se trata del obispo católico Richard Fitzgerald, que hoy ejerce su cargo en la iglesia católica de Gibraltar, pero que es muy conocido en Salamanca, porque residió en esta ciudad durante algunos años, en la que desempeñó el cargo de profesor del Seminario.

Por estas circunstancias y por su significación de alta autoridad dentro del catolicismo, está muy relacionado con los jefes de la Iglesia en España.

El obispo Fitzgerald ha realizado, recientemente, un viaje a Salamanca, en donde esperaba encontrar una de las más espléndidas sedes de la religión católica. Le acompañaban el sacerdote gibraltareño, señor Montegriffo, y el industrial don Salvador Gómez, destacado personaje del fascismo.

Como el citado obispo fué a Salamanca con tan esperanzado gozo, ha retornado en pleno desaliento. Como justificación de ello, ha manifestado en Gibraltar, a diversas personas, que volvía tristemente impresionado del ambiente anticatólico que había observado en Salamanca, como resultado de la preponderancia de los alemanes en dicha plaza.

No es sólo esa corriente contraria a los católicos lo que los germanos han impuesto en la citada ciudad, sino también un ambiente antibritánico.

Tanto el obispo Pitzgerald como quienes le han acompañado en su viaje, no se recatan en comentar que la injerencia alemana en los asuntos de España ha resultado muy perniciosa para la Iglesia católica, que se ve menospreciada de continuo y amenazada de graves contratiempos.

Claro que algunos católicos todavía se aventuran a contrarrestar en lo posible la actitud y propaganda de los germanos, y para ello hasta crearon unas juntas parecidas a las de Acción Popular, pero la eficacia de estas organizaciones es escasa, por el temor natural a las represalias de los invasores alemanes.

ANECDOTARIO DEL HISPANISTA HOLANDES DR. BROUWER

El Dr. Brouwer es uno de los escritores de más prestigio y más sólida cultura, no sólo de su país, donde figura en primera fila, sino de los demás países europeos, que conocen sus obras admirables y la honda sinceridad de sus convicciones católicas.

Hispanista ferviente y hombre impulsado siempre por la más noble inquietud espiritual, quiso conocer personalmente, desde sus comienzos, la lucha entablada en España entre el fascismo y el pueblo que defiende su libertad. Pasó un mes en el campo faccioso, y más tarde permaneció en la España leal desde la segunda mitad de diciembre al 20 de enero, regresando por segunda vez a Valencia en el mes de julio próximo pasado.

A un hombre de la sensibilidad y la sinceridad insobornable del Dr. Brouwer, no podía caberle ninguna duda, después de las visitas a los dos campos, de que la razón y la justicia se hallaban plenamente en el campo de los leales. Y una vez convencido de esta verdad patente, ha puesto su pluma y su prestigio de católico sincero, al servicio desinteresado del pueblo español.

Preguntado sobre cuál es el motivo, a su juicio, de que los católicos holandeses y, en general, los católicos sinceros de todo el mundo, estén de parte del Gobierno español, no obstante haber presentado a éste la Prensa fascista y reaccionaria extranjera como sectario y enemigo de la Religión, contesta:

«Los católicos verdaderos, es decir, aquellos que saben establecer una diferenciación clara entre la religión y la política, saben que el Gobierno actual de España, como lo hizo ya el primero de la República, respeta la conciencia de los ciudadanos, dejándoles en libertad de elegir sus creencias. Los llamados católicos españoles, que se pusieron abiertamente frente al primer Gobierno legítimo republicano, no tenían el menor motivo para adoptar semejante actitud. Lo que ocurre es que esos católicos no lo eran en realidad.

Se trataba de personas sin ningún contenido espiritual, atentas solamente a sus intereses personales o de clase, propicios a rebelarse contra todo lo que intentara mermar éstos, aunque ello significara un acto claro de justicia social. Burgueses cerriles y egoístas, sin una noción clara de sus deberes de católicos, por una parte, y, por otra, personas mejor intencionadas, pero víctimas del error que supone identificar el respeto que, como católicos, deben a las autoridades eclesiásticas y a la defensa de la Curia y el Vaticano, hacen de unas ideas religiosas política determinada, rebasando de un modo funesto los límites de su función. Éstos son los dos sectores del llamado catolicismo que he podido ver durante mi estancia en el campo faccioso. Por lo que vi en ese viaje, y por lo que luego he llegado a saber gracias a los testimonios de personas que me merecen el más alto concepto de dignidad, intelectual y moral, sé que entre los facciosos se aplican las medidas más severas para imponer los principios del fascismo alemán e italiano, con un matiz peculiar de fanatismo clerical. Esto se demuestra por las medidas tomadas contra protestantes, israelitas y otras personas cuyas creencias religiosas se diferencian de un catolicismo intransigente, tipo siglo XVII español.

»Un católico que sabe lo que exige la Religión cristiana y católica y el sentir social y personal, se cortaría antes la mano que participar en crímenes de lesa humanidad, como son el bombardeo continuo de la población civil de Madrid (cuyos horribles efectos he podido comprobar), y los de Guernica, Durango y otros. Es posible y concebible que un cristiano cometa un crimen bajo la influencia de la ira o de la pasión, que cabe en todos los humanos (nada humano es extraño al hombre); pero quien persista en un crimen pertinaz, sin enmendarse, y, sobre todo, quien persista en un crimen colectivo, deja «ipso facto» de pertenecer a la verdadera Iglesia de Jesucristo.»

*

Al iniciarse la sublevación, el Dr. Brouwer sintió el deseo de venir a España, y cayendo en el explicable error en que han caído tantos católicos repartidos por el mundo, creyó que la defensa de la Religión estaba en el lado de Franco, y se dirigió a la zona facciosa. Allí tuvo que sufrir una serie de sinsabores: insidias, dificultades; al fin, la cárcel. ¿Qué había pasado? Era frecuente que Brouwer expresase su repugnancia y su dolor ante los crímenes del fascismo, pero un día su indignación sube de punto; en un pueblo de Palencia un sacerdote, revestido de ornamento y presidido por la cruz parroquial, bendice solemnemente un tanque, imponiéndole el nombre de una Virgen.

—¿Cómo puede usted—increpa más que pregunta, al sacerdote—bendecir un arma destinada a la muerte de los hombres? ¿Es que puede ser lícito a los católicos resolver litigios por el plomo de las balas?

Arrojado en la prisión, se le presentan unos requetés que le dicen:

—Sabemos que usted es católico, y, como está decretada su muerte, venimos a ofrecerle un sacerdote para que le prepare a bien morir.

Dueño Brouwer de sí mismo, superior, moral e intelectualmente a sus verdugos, formula esta petición:

—No necesito ni quiero sacerdote; lo que quiero es el abogado que me defienda de esta sentencia inicua que ustedes no pueden imponer.

Dos meses, casi, de calabozo, durante los cuales presencia horrores sin cuento, y maltratado por los «nacionales», expoliado de cuanto poseía, vuelve a su país y sale nuevamente para España, para la que él llamará ya siempre «nuestra España», la única que es y que debe serlo.

*

Entre los muchos artículos que el Dr. Brouwer ha publicado en la Prensa de su país referentes a la cuestión de España, recogemos un fragmento de uno aparecido en el «Nieuw Rotterdamche Courant»:

«Si Franco gana la lucha sobre los frentes, tendrá que hacer una nueva guerra en la retaguardia. Esta guerra se hace ya en las regiones por él ocupadas. Se llama esto «limpieza». La mayor parte de los muertos caen en la retaguardia, en la oscuridad. Por medio de artículos odiosos en los periódicos, por medio de noticias sensacionales sobre las atrocidades «de la canalla marxista», se quiere insuflar al pueblo una psicosis que le empuje a pedir la cabeza de todos los jefes de la España republicana. Jefes, escritores y habitantes viven en una atmósfera de alta tensión de odio. Todos están como en estado de fiebre; en todas partes está el peligro.

»Una vez que yo atravesaba un pueblo, un guardia me dijo: «Nosotros **»limpiamos** aquí todos los días».

»—¿Cuántos?—he preguntado.

»—Ocho, y hace un momento; todavía están calientes. ¿Quiere fotografíarlos?

»Contemplo a este hombre: rostro duro, el cuerpo cubierto de medallas. Allá, sobre el camino, se ven ocho cadáveres; son campesinos pobres. Uno está tendido boca arriba; una de sus manos, desprendida, muestra el puño cerrado. Un viejo, de cabeza barbuda, como tallada en madera. Al lado suyo; un joven que parece dormido. Todos tienen la señal de una bala en la frente. Todas las noches oigo tiros en los alrededores del pueblo o de la ciudad en que resido.

»En Burgos, busco obras sobre las cuestiones políticas y sociales de España. Todo lo que no es completamente de derecha ha desaparecido, hasta las novelas del célebre Blasco Ibáñez.»

LOS CATÓLICOS IRLANDESES

El periódico de Dublín «Irish Independent» publicaba un mensaje del general O'Duffy, fechado en Cáceres, en el que razonaba la próxima vuelta de su brigada a Irlanda. El general hacía notar, en primer término, las defectuosas condiciones en que tuvieron que combatir sus hombres durante los meses de invierno. Un gran número de voluntarios pidieron su repatriación.

La aplicación estricta del acuerdo de No Intervención, por parte del Estado Libre, privó de toda reserva al contingente.

El ambiente enrarecido de la zona facciosa fué irrespirable para los irlandeses.

UN COMENTARIO DEL PERIÓDICO CATÓLICO «LA CROIX»

«La Croix», periódico católico y derechista francés, publicaba, en su número del 8 de mayo, un artículo en el que se ocupaba de los sufrimientos de España, del cual entresacamos lo siguiente:

«No sabemos si, como Franco ha dicho, su victoria significaría para España el establecimiento de un régimen totalitario; pero sí estamos seguros de que si semejante régimen se instaurase, despreciando los sagrados derechos de la Iglesia, ésta entraría en lucha contra él, como ya ha entrado contra el nacionalsocialismo.

»El general Goering afirma en Roma que no quiere que se establezca en España una república comunista. Pero nosotros tampoco podemos desear que se instaure en España un régimen totalitario. ¿Estamos ciertos de que los derechos de la Iglesia serían respetados en un régimen semejante?»

REPORTAJES DE VÍCTOR MONSERRAT

El mismo periódico arriba citado, «La Croix», envió a la zona facciosa a su redactor, Víctor Monserrat. Resultado de su estancia en Burgos, fué una serie de artículos en aquel diario conservador. En ellos refleja, no ya la desilusión sufrida al encontrarse entre los franquistas, sino la indignación y el espanto por los hechos presenciados.

Lo primero que pudo constatar, según relata en sus crónicas, es la absoluta ausencia de prisioneros de guerra en el campo faccioso. En el número de «La Croix», aparecido el día 8 de enero, escribe:

«Los nacionales, ¿qué hacen con los prisioneros? Yo he buscado e indagado por todas partes, y no he encontrado rastro de prisioneros ni en las prisiones ni en los campos de concentración. He preguntado y se me ha respondido que los mataban a todos. Esto lo he oído decir a los mismos soldados del frente.

»Un día, un grupo de milicianos cayó en poder de las tropas nacionales. El oficial, capitán de requetés, se aproximó a ellos y les hizo esta pregunta:

»—De modo que vosotros también sois del Frente Popular, ¿no es así?

»—Sí—le respondieron.

»En el mismo instante, una nutrida descarga de un pelotón de soldados, colocados expresamente detrás de los prisioneros, les derribó sin piedad.

»—¿Y los heridos? ¿Dónde están los heridos del campo adverso? — pregunté ingenuamente a los falangistas.

»—Nosotros no tenemos un solo herido enemigo—me respondieron extrañados de mi pregunta—; los medicamentos son escasos y caros. ¿Cree usted que vamos a desperdiciarlos inútilmente con ellos? Nuestros heridos los necesitan. Y como al fin y al cabo hay que matarlos, no merece la pena curarlos. Así procedemos más rápidamente.

»Sentí que el corazón se me oprimía.

»Efectivamente; he recorrido los hospitales y no he encontrado heridos enemigos en ninguna parte.

»¿Dónde están la piedad y los sentimientos cristianos?»

En otro número del mismo periódico decía Monserrat, recordando sus experiencias en el campo faccioso:

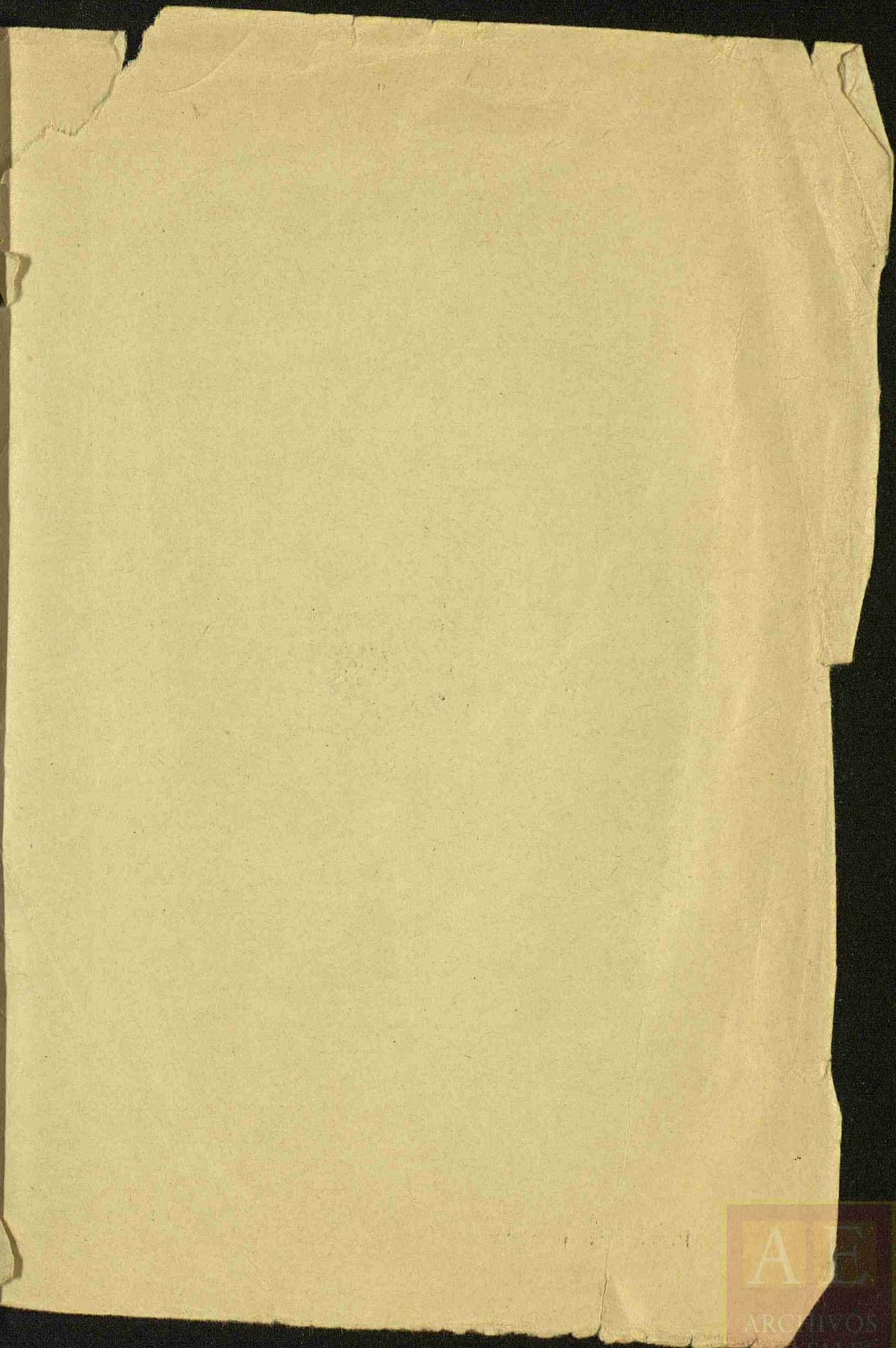
«Se ha dicho que la guerra civil española había estallado para la defensa de la civilización cristiana. Después de las terribles escenas que se han desarrollado en el frente y en la retaguardia, me he parado a meditar estas dos palabras: «civilización cristiana», y he dudado.

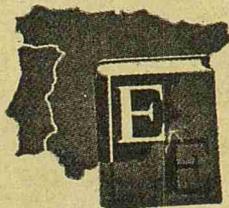
»Si es por la defensa de la civilización, ¿por qué esos actos de barbarie? Si es por la civilización cristiana, ¿cómo conciliarlo con las palabras del Maestro: ¿Amaos los unos a los otros?»

	Págs.		Págs.
Otra opinión del deán de Canterbury.	52	Una información del «Manchester Guardian».	57
La duquesa de Atholl.	53	Declaración de madama Malet-terre-Sellier.	58
Del diario católico checo «Obra-na Prace».	53	Palabras del Ministro de Instrucción Pública ante un grupo de católicos franceses.	59
Con el pueblo español vencerá la verdadera fe cristiana, afirma el católico francés Robert Honnest.	54	Un artículo de Martín Chauffier.	59
¿Por qué están cerradas las iglesias?.	56	Una interviú con el padre Rodés.	62

EN LA ZONA FACCIOSA

<i>Preámbulo.</i>	69	Lo que la delegación religiosa británica ha visto en Durango y en el País Vasco. ...	92
INFORMES SOBRE SACERDOTES VASCOS FUSILADOS POR FRANCO		Relato del deán de la Catedral de Valladolid.	96
Un canónigo condena la destrucción de Madrid.	81	OPINIONES DE LOS ESCRITORES EXTRANJEROS	
Un episodio de la toma de San Sebastián.	82	EL MITO DE LA GUERRA SANTA	
Las monjas se mueren de hambre en territorio faccioso. ...	82	Un ensayo de Jacques Maritain.	97
Una religiosa se ofrece como sirvienta para poder vivir.	84	Conferencias del padre Labor-da.	102
Un comentario faccioso que demuestra el respeto de los republicanos para los religiosos.	84	Declaración de una escritora inglesa.	104
Los jesuitas financian la rebelión.	85	TESTIMONIOS DE EXTRANJEROS QUE HAN VISITADO LA ZONA FACCIOSA	
FUSILAMIENTO DEL PADRE REVILLA		Informes de un obispo católico.	104
UN GOBERNADOR CATÓLICO GUERNICA Y DURANGO		Anecdotario del hispanista holandés Dr. Brouwer.	105
Carta del vicario eclesiástico de Bilbao.	89	Los católicos irlandeses.	108
Alocución del padre Aronategui, párroco de la iglesia de Santa María de Guernica. ...	90	Un comentario del periódico católico «La Croix».	108
		Reportajes de Víctor Monserrat.	108





Precio: 4 pesetas.

Published in Spain.

AE
ARCHIVOS
ESTATALES